



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

FORUM.COM

Crei

prometi. sané

– papeles de formación continua –

Abrimos
CAMINOS

Nº 196 - 24 de octubre de 2022

ÍNDICE

<u>Este número</u>	3
Creí, prometí, sané	
<u>Retiro</u>	4
Salesiano de Don Bosco para siempre	
<u>Formación</u>	12
Bioética y transhumanismo desde la perspectiva de la naturaleza humana	
<u>Comunicación</u>	23
Un periodista en el Concilio	
<u>Carisma</u>	29
“¡Creí, prometí, sané!”	
<u>Pastoral</u>	50
Somos pastores de nuestros hermanos	
<u>La Solana</u>	56
La gracia del tiempo y la alianza de las edades de la vida	
<u>Educación</u>	59
Clase de Religión 3.0	
<u>Por tu Palabra</u>	70
“¡Qué bueno es Dios para el hombre recto, el Señor para los rectos de corazón!”	
<u>El Anaquel</u>	74
Artémidez Zatti, enfermero del corazón	
<u>Historias de probada juventud</u>	79
Difícil de creer y asimilar	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Creí prometí, sané

F El pasado 9 de octubre, en el transcurso de una solemne celebración en la Plaza de San Pedro, en el Vaticano, el papa Francisco canonizaba al salesiano Artémides Zatti. La que en la práctica ha convertido en su máxima vital encabeza este nuevo número de forum.com. También, como ocurría en el ejemplar del mes anterior, en la sección dedicada al carisma salesiano ofrecemos contenido relacionado con el nuevo santo. En este caso ofrecemos de manera íntegra la carta escrita por el Rector Mayor con motivo de esta canonización. También ofrecemos el texto completo de la alocución del papa Francisco en el encuentro con los salesianos en el día previo a la canonización.

Casualmente, siguiendo el evangelio del día, el pontífice destacó que tanto Zatti como su colega de canonización, el obispo italiano Juan Baustista Scalabrini, “nos recuerdan la importancia de caminar juntos y de saber dar las gracias”. Este empeño del caminar junto que impulsa nuestro curso pastoral se enriquece ya desde ahora con la glorificación de este hermano nuestro. Un camino, de gratitud y vivencia intensa de la caridad, que viaja en bicicleta y lleva en nombre de Jesús en los labios o el corazón.

Por el camino de Viedma, de Santiago, de Emaús o de Jericó se entrecruza la urgencia del Reino que viene. La respuesta que nuestra formación continua ofrece a esta misión es precisamente la que hace agudizar nuestra mirada para descubrir las huellas de Dios en nuestro mundo y en los pequeños mundos en los que vivimos nuestra cotidianidad. Este nuevo santo en bata de trabajo y mangas de camisa es sin duda un buen estímulo para recorrer los caminos de los jóvenes más necesitados.

¡Buena lectura! ¡Buen mes!

* *Mateo González Alonso*



Salesiano de Don Bosco para siempre

Un sexenio para crecer en identidad carismática salesiana¹

Pascual Chávez, SDB

1. Oración inicial

- D.:** En el nombre del Padre...
- D.:** Señor Jesús, Camino, Verdad y Vida, tú nos has enviado para ser testigos de tu Resurrección en medio de los jóvenes con nuestra vida resucitada.
- T.:** Aquí estamos, conscientes de la gracia de ser tus apóstoles, sin saber, a ciencia cierta, a dónde nos llevará el compromiso que asumimos al aceptar seguir tus caminos. Pero sabiendo que eres Tú quien nos conduces. Tu vida nos apasiona, tu entrega nos convence: Tú eres nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida. Sabemos que te estás revelando siempre; en cada sonrisa, en cada lágrima, nuestras y de los nuestros. Haz que tengamos el coraje de mirarte en cada rostro humano. Haz que te busquemos no sólo en lo bueno, sino también en lo que hiera o desgasta. Que no deje de herirnos la realidad de nuestros jóvenes. Que no nos acostumbremos a tu ausencia en el mundo que habitan. Que no nos quedemos quietos, de brazos cruzados y corazón frío. Abrenos los ojos, para tener la osadía de ver más allá de las apariencias, y reconocerte crucificado en aquellos que sufren el azote de la pobreza, el paro, el desamparo, el olvido, el rechazo... Abrenos los oídos para escuchar tu latido, tu gemido, tu grito clamando hermandad a nuestro alrededor. A ti el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén

¹ Presentación en vídeo disponible en <https://youtu.be/86m3HOtei00> (duración: 10 min. 23 seg.).

2. Presentación del tema

“El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro. Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía *como si viera al Invisible* (C. 21. Heb 11,27)

El tema de retiro que se me ha pedido desarrollar se centra en la primera línea programática del Rector Mayor para el presente sexenio.

El origen de esta elección, la más importante de las ocho presentadas inicialmente, que posteriormente serían reducidas a cuatro en el Proyecto de Animación y Gobierno, fue la sentida petición de un salesiano de Europa del Este que, al final del CG28, agradeció al Rector Mayor dos cosas: una, “por haber hecho posible la recuperación de estos Santos Lugares Salesianos”, y la otra, “decirte que *necesitamos ayuda para nuestra identidad: ¡no nos dejéis solos!*”. Don Ángel le agradeció y respondió a la primera afirmación recordando que “es un fruto del Capítulo General anterior, con su deliberación, que por muchos motivos creo profética, de renovar y potenciar *los Lugares Santos Salesianos, corazón de nuestro carisma*. Luego, algunos de nosotros hemos podido hacer algo para poner en práctica esta deliberación”... Luego, con respecto a la petición del hermano, le dijo: “Te prometo que no os dejaremos solos *en vuestro camino de identidad*”. Y a partir de ese momento esta cuestión fue considerada por él como el primer y más importante desafío:

“Este es el primer objetivo, *el primer desafío* que tenemos delante: crecer todos, en todas las Inspectorías, en todas las Regiones en la ***Identidad Carismática*** y en la Identidad y en la espiritualidad salesiana. Todos necesitamos esto y, en algunas Inspectorías y en algunas Regiones, de manera particular. Tengamos cuidado: el hecho de tener nuevas profesiones salesianas no es, por sí solo, garantía de una fuerte identidad. Se debe asegurar la identidad salesiana a través de una atención específica y un cuidado mayor. En estos años hemos visto con claridad que, en ciertos casos, pequeñas o grandes dificultades de los Hermanos, dependen, en gran medida, de una falta de identidad, como dije en el informe inicial. Estoy convencido de que, en el programa de animación y gobierno del próximo sexenio, ésta será una prioridad: garantizar la identidad carismática en todos los Salesianos. Como decía, no basta con hacer la primera profesión para decir «tengo toda la identidad salesiana». Esta es un camino, que a veces es muy exigente, pero se trata de un desafío fascinante que da tanta belleza y fuerza a nuestra Congregación.”²

Si bien el origen de esta opción se presenta como una inspiración resultante de la intervención de un Hermano,³ lo que se escribe a continuación nos deja saber que el verdadero motivo que impulsó al Rector Mayor a hacerla fue la constatación de la “falta de identidad” que percibe aquí y allá en la Congregación y que se manifiesta en una pobre identificación con el carisma, que se traduce por tanto en un débil sentido de pertenencia

² Capítulo General XXVIII *Reflexión poscapitular* ACG 433, Anexo 4 Discurso del Rector Mayor don Ángel Fernández Artime en la Clausura del CG28, 16 agosto 2020, Roma, pp.220s cursiva y negrilla originales.

³ “Sentí profundamente, en este momento, que el Señor nos hablaba también por medio de este Hermano nuestro. Y nos hacía comprender la importancia y la urgencia de crecer y consolidar la *identidad carismática* en nuestra Congregación.” *Reflexión*, Líneas programáticas del RM para el sexenio 2020-26. l. *Salesiano de Don Bosco para siempre*, p. 23

y corresponsabilidad, dando lugar a salidas fáciles o a formas de vida burguesas. Ya había hablado de esto en el informe al Capítulo General sobre el estado de la Congregación.

¿Qué pretende entonces el Rector Mayor con esta primera línea programática «Salesianos de Don Bosco para siempre»? ¿Un sexenio para crecer en la identidad salesiana? Según su definición, el reto podría resumirse en dos grandes compromisos: *volver a Cristo como consagrados*, asumiendo el Evangelio como regla suprema y el modo de vida obediente, pobre y casto de Jesús; y *volver a Don Bosco como salesianos*, mediante una decidida identificación con el proyecto apostólico de Don Bosco, las Constituciones.

De hecho, esto es lo que dice: “*El punto de partida esencial y fundamental es nuestra condición de consagrados. El futuro de la vida consagrada, y (de) la vida salesiana como consagrados que somos, tiene su razón de ser en su fundamento, que es Jesucristo. Como consagrados, el seguimiento de Cristo plasma nuestra identidad integrando en ella nuestra formación pastoral. Como consagrados, como Salesianos de Don Bosco, Dios nos hace «memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús».*”⁴ Y *el desafío vocacional*, para toda la vida consagrada, y para nosotros de manera particular como Salesianos de Don Bosco, es «*volver siempre a Jesús*», renunciando a todo lo que no es Él o que nos aleja de Él.”⁵

Es evidente que para nosotros, ambas cosas, «*volver a Cristo*» y «*volver a Don Bosco*» son inseparables, aunque sean distintas. Inseparables, porque cuando hacemos profesión de vida religiosa lo hacemos como miembros de la Congregación de San Francisco de Sales, distinta porque la vida religiosa tiene su propia especificidad que la hace ser lo que es, y la vida salesiana tiene su propia identidad carismática.

El Rector Mayor es muy franco cuando reconoce “que la vía de salida para la crisis de la vida religiosa, de la vida salesiana, de las dificultades de cada Inspectoría, no la encontraremos en los nuevos proyectos, ni en los planes estratégicos, ni en una «programación 3.0». Y esboza el rostro de la crisis: “el desencanto, el cansancio vital, la desmotivación”, etc., para la que no hay más alternativa válida que “*volver a Cristo, a la vida religiosa, a la vida consagrada salesiana.*” Por eso nos previene de la tentación de pensar que en la actividad nuestra vida adquirirá sentido: “sin Jesucristo en el centro de nuestro pensar, sentir, vivir, soñar, trabajar..., no hay futuro, y no podemos ofrecer nada que sea significativo.”⁶

La respuesta que el Señor espera de nosotros como el fruto más valioso de este 28º Capítulo General, después de 162 años del inicio de nuestra Congregación, es la docilidad al “soplo del Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, para *seguir teniendo a Jesucristo el Señor como fundamento y centro de nuestra vida, para renovar la profecía que debe caracterizar nuestra vida*, y para seguir creciendo en humanidad, hasta ser esos «expertos en humanidad» que saben mirar y contemplar, hasta dejarse conmover por el dolor y las necesidades de nuestros hermanos y hermanas (comenzando por los de nuestras comunidades), de los jóvenes, de los chicos y chicas y de sus familias. Hemos de tomarnos muy en serio nuestro servicio profético. Nuestra aportación específica es la de ser iconos del estilo de vida de Jesús, totalmente consagrado al Padre y a su proyecto sobre la humanidad: el Reino.”⁷

Y en este punto don Ángel introduce el tema de la invitación del Señor Resucitado a sus discípulos a volver a Galilea para encontrarse y verle de nuevo, identificando “nuestra Galilea” con Valdocco: “*el encuentro con el Señor hoy, como Salesianos de Don Bosco, pasa por Valdocco*, los inicios de Valdocco, incluso frágiles, pero con esa fuerza y pasión

⁴ *Vita Consecrata*, 22.

⁵ *Reflexión*, Líneas programáticas del RM para el sexenio 2020-26. *Salesiano de Don Bosco para siempre*, p.24, cursiva personal y negrilla original.

⁶ *Ib.* p.24s, subrayados personales.

⁷ *Ib.* p. 25s, subrayados originales y personales

de la frase: «fraile o no fraile, yo me quedo con Don Bosco», que el joven Juan Cagliero expresó con tanto ardor y entusiasmo juvenil”.⁸

Hoy como ayer, Jesús sigue pasando, para mirarnos con amor y llamarnos a seguirle (esta es *la especificidad de la vida religiosa*), y “en la aventura de caminar sobre sus huellas, cada uno puede descubrir el proyecto que Dios ha pensado para cada uno de nosotros de manera original”. El Rector Mayor lee bajo esta luz la causa del abandono de los hermanos de la Congregación: “no haber entrado en contacto con el Señor Jesús y no haber tenido la misma pasión que el joven Cagliero por estar con Don Bosco para seguir a Jesús.” Esta falta de experiencia personal de encuentro con Cristo y de pasión apostólica se traduce, naturalmente, en la entrega a otras ofertas pastorales más satisfactorias, o en la búsqueda de la propia comodidad y seguridad, o, en el caso de los sacerdotes, en la tentación del clericalismo, en el que el ministerio pastoral es visto como poder.⁹

Esta es, pues, la primera línea programática para el presente sexenio: **“un profundo trabajo en la Congregación para crecer en profundidad carismática, en la identidad salesiana, en todas las etapas de la vida, con un serio compromiso en cada Inspectoría, y en cada comunidad salesiana, hasta llegar a decir como Don Bosco: «Tengo prometido a Dios que incluso mi último aliento será para mis pobres jóvenes».**¹⁰

Una vez que hemos comprendido lo que está en el corazón del Rector Mayor, lo que interesa es identificar el trabajo a realizar para que efectivamente haya un “crecimiento de la identidad salesiana” a nivel personal, comunitario, institucional y congregacional.

- El primer elemento es, sin duda, *precisar “los elementos que dan identidad carismática* a cada Salesiano y que nos hacen enamorarnos de Don Bosco y de los jóvenes con el corazón de Jesús Buen Pastor”.
- La segunda es *dar “prioridad a los rasgos de nuestra identidad carismática de personas consagradas* que nos hacen signos proféticos: una vida feliz que hunde sus raíces en el Evangelio, una fe fuerte anclada en Dios; una comunión que hace atrayente la vida comunitaria; una actitud profética ante la injusticia y el mal; y una mirada de esperanza junto al deseo de conversión”.¹¹

2.1. Exégesis viva de la Palabra de Dios¹²

El verdadero malestar que vive la vida religiosa y que también tiene sus expresiones en nuestra Congregación, como reconoce el Rector Mayor, solo se puede superar volviendo al primer amor, aquel con el que el Señor nos agració, volviendo a apasionarnos por Él y por su Reino y haciendo del Evangelio la norma suprema de vida. Y es que desde los inicios del primer monacato hasta las “nuevas comunidades” de hoy, toda forma de vida consagrada nació de la llamada del Espíritu a seguir a Cristo tal y como se presenta en el Evangelio. Para los fundadores, la regla absoluta era siempre y únicamente el Evangelio, y cualquier otra regla sólo pretendía ser una expresión del Evangelio y un instrumento para vivirlo plenamente. Baste recordar que uno de los primeros nombres con los que se definió la vida monástica fue el de “vida evangélica”.¹³

Así era la vida que Jesús ofrecía a los que vivían con él, mientras se dedicaba a predicar el evangelio del Reino. Marcos narra que Jesús propuso a todos los que había llamado que le siguieran (Mc 1,17-20; 2,14) y se quedarán con él (Mc 3,14). El seguimiento de

⁸ Ib. p. 26, subrayados personales

⁹ Ib. P. 27

¹⁰ *MBe XVIII*, 229, (citado también en el artículo 1 de nuestras Constituciones)

¹¹ *Reflexión*, p. 28, cursivas personales.

¹² Cfr., JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, *¿Malestar en la Vida Consagrada?*, Editorial CCS, Madrid, 2021, 183-188

¹³ FRANCISCO, Carta apostólica a todos los consagrados en ocasión del año de la VC. 21 noviembre 2014, 2.

Cristo Jesús es una vocación, no un trabajo voluntario (Lc 9,57-58.61-62) ni simple disponibilidad (Mc 5,18-19). El seguimiento no es una ocupación libremente asumida por el llamado, sino una tarea impuesta por el que llama. Y fue a través de la continua convivencia que aprendieron a ser discípulos, primero (Mc 3,13) y luego apóstoles, es decir, “enviados” (Mc 6,7).

Para ser su discípulo es necesario estar con él, en el silencio de la adoración y así despertar la voluntad y la alegría de compartir su vida, las opciones, la obediencia de la fe, la dicha de los pobres, la radicalidad del amor. Desde ese encuentro de amor, el discípulo lo deja todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos.

Por tanto, no son los votos que se profesan, sino *la Persona a la que se está ligado* -por medio de los votos- *lo que hace que la vida del cristiano sea consagrada*. El corazón de la vida religiosa, y su razón de ser, es el seguimiento de Cristo tal y como se narra en el Evangelio; por lo tanto, no debe quedar al margen por otras tareas y problemas. Todo en la vida consagrada debe fluir hacia Dios desde este centro. La causa de las múltiples crisis de identidad de los consagrados parece estar precisamente en la pérdida de este centro que lo determina todo.

*La respuesta a la gran pregunta sobre nuestra identidad como personas consagradas es sencilla: nuestra identidad es Jesucristo. Y nosotros somos la memoria del Evangelio para el pueblo de Dios. Para que la vida consagrada hoy se identifique mejor, con mayor radicalidad y transparencia, deberá volver a sus orígenes, evangelio sine glossa, es decir, vivir re-presentando, en la Iglesia y ante el mundo, “la forma de vida practicada por Jesús y propuesta por él a sus discípulos”.*¹⁴ Lo decisivo no es el modo de seguir a Jesús -obediente, pobre y casto- sino la Persona a la que se sigue, su experiencia de Dios y su misión evangelizadora, sus opciones radicales y su compañía permanente. Esta es la riqueza única de la vida consagrada.

Él es la única razón que puede justificar la vida consagrada. Es su elemento fundador. Para mantener viva la pasión en la búsqueda y el seguimiento de Jesús, es necesario, por tanto, que los consagrados tomemos el Evangelio, primer gran principio de renovación, como norma de vida, como regla suprema, como concluyen nuestras Constituciones (C. 196), hasta llegar a ser “una exégesis viva de la Palabra de Dios”.¹⁵

2.2. Reavivar el carisma de Don Bosco

En su “bello y programático mensaje”, el Papa Francisco, invitando a “reavivar el don recibido” (**carisma**) nos dice que la realidad cambiante nos invita a “*cultivar una actitud contemplativa...* Esto ayudará a adentrarse en el camino con el espíritu y el aporte propio de los hijos de Don Bosco y, como él, desarrollar una «valiente revolución cultural» (*Laudato si'*, 114)”. Y desarrolla en seguida la elección de la «opción Valdocco» del CG28 considerándola “una buena ocasión para confrontarse con las fuentes y pedirle al Señor: «*Da mihi animas, coetera tolle*» ... *Vivir con fidelidad el carisma es algo más rico y desafiante que el simple abandono, repliegue o reajuste de las casas o de las actividades; supone un cambio de mentalidad frente a la misión a realizar*”. Y lo define como “*el don de los jóvenes*”, “*el carisma de la presencia*”, “*en la pluralidad de lenguas*”, y “*la capacidad de soñar*”.¹⁶

¹⁴ *Vita Consacrata*, 31.

¹⁵ BENEDETTO XVI, Omelia nella Giornata Mondiale della Vita Consacrata, 8 febbraio 2008, AAS, 100, 2008, 133.

¹⁶ *Mensaje de Su Santidad Papa Francisco a los miembros del CG28*, en *Reflexión*, pp. 84. 85s. 87. 88. 91. 96.9 8.

Don Bosco es, pues, nuestro carisma. Lo encarna al máximo. Él se convierte para nosotros en el camino del seguimiento de Cristo y en el criterio de identidad y referencia. Todo se reduce a revivir y avivar su carisma, a hacer de todas y cada una de nuestras presencias otro Valdocco, para hacer en ellas lo que él hizo allí.

¿Cuáles son entonces los elementos esenciales del carisma salesiano?

Intentaremos responder a esta pregunta examinando las grandes dimensiones de la vida religiosa salesiana, tomando como principal punto de referencia el texto de las Constituciones, que son nuestra “Regla de Vida”, nuestro *evangelio salesiano*.

A su luz podemos identificar *los elementos carismáticos esenciales* a través de los artículos: “Don Bosco vivió y nos transmitió, bajo la inspiración de Dios, un estilo de vida y de acción original: *el espíritu salesiano. Su centro y su síntesis es la caridad pastoral*, caracterizada por ese dinamismo juvenil que fue tan fuerte en nuestro Fundador y en los orígenes de nuestra Sociedad: es un impulso apostólico que nos hace *buscar las almas y servir solo a Dios*” (C. 10)

En primer lugar hay que recordar que, en la redacción final del texto constitucional, el CG22 quiso *centrar explícitamente en torno a la Misión los diferentes aspectos de la vida y la actividad de los salesianos*: esto se manifiesta tanto en el contenido de los artículos como en el esquema fundamental. El título de la gran segunda parte es magistral: “**Enviados a los jóvenes en comunidad siguiendo a Cristo**”.

- *Enviados a los jóvenes*

El **contenido** de la misión salesiana es **el Amor de Dios**, del que somos signos y portadores (C. 2), permitiendo así que el amor preventivo de Dios, que es «todo caridad» (D. Bosco, C. 15), brille a través de nosotros. El sistema preventivo “se dona gratuitamente, inspirándose en la caridad de Dios, que precede a toda criatura con su providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida” (C. 20).

Nuestra misión, “*ser testigos y portadores del Amor de Dios*”, incluye **los destinatarios**: “los jóvenes pobres y abandonados” (C. 2), así como **el método**: “la caridad pastoral, síntesis del Sistema Preventivo” (C. 26).

En particular, en cuanto a los destinatarios, son la parte de nuestra herencia y nuestra razón de ser como salesianos enviados por Dios (C. 1).¹⁷ Si la connotación es sociológica, la *perspectiva* es claramente **teológica** (C. 14). En este sentido, los destinatarios son el “**lugar**” donde el salesiano puede experimentar al Dios que lo ha enviado y le ha confiado una misión. Es a Él a quien puede y debe encontrar en ellos, y en ellos puede y debe verificar su propio amor a Dios (C. 95).

Por esta razón, los jóvenes pobres y abandonados, lejos de ser un obstáculo para la experiencia de Dios del salesiano, son el lugar privilegiado para su encuentro.

Intentar buscarle fuera de ellos resulta una engañosa ilusión: estar adorando a un Dios que es proyección nuestra, a la medida de nuestras inclinaciones y gustos (cfr. Mc. 8, 33b; Is. 55, 8s); y poner en peligro nuestra santificación, por autoprivarnos del medio por excelencia que Dios nos dio para ello: “En el cumplimiento de esta misión encontramos el camino de nuestra santificación” (2).

¹⁷ Don Egidio Viganò decía que los jóvenes son “*nuestra patria*”, y el CG27 los identificaba como “*nuestra zarza ardiente*”.

El cumplimiento de nuestra misión implica en nosotros una actitud de profunda e incondicional **amistad con Dios**: pues nuestra vida debe constituir un único movimiento de perfecto amor a Él y a nuestros destinatarios (C, 3, 10, 23, 25). Para ello es imprescindible estar en unión con Dios, haciéndolo todo por Él, para llegar a ser así, como Don Bosco, “*contemplativos en la acción*” (C. 12), capaces de aceptar las exigencias diarias y de soportar cualquier dificultad por la gloria de Dios (C, 18), y de ganar almas para Él (C, 19).

- ***En comunidad***

El hombre proyecta siempre su ideal de realización, de acuerdo con la imagen de Dios que posee. Por desgracia, muchas veces aun los cristianos no ponemos al centro de nuestra fe y nuestra vida al Dios Trino y Uno, al Dios-Amor.

Nuestra fe en el misterio trinitario debe iluminar la existencia humana, en todas las formas en que se vive. En la vida religiosa, esta fe se refleja sobre todo en la vida comunitaria: “En la comunidad se refleja el misterio de la Trinidad; en ella encontramos una respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos convertimos en signos de amor y unidad para los jóvenes” (C. 49). Estos *tres aspectos están indisolublemente unidos (la experiencia de Dios-Comunión; la respuesta a las necesidades del corazón; nuestro ser sacramento de Dios)*, de modo que no se puede dar uno sin los otros: aunque, sin duda, no son lo mismo y la precedencia recae en la dimensión de la fe, que nos permite ser semejantes a Dios-Amor.

- ***Siguiendo a Cristo***

Por medio de los **consejos evangélicos** vivimos y damos testimonio de nuestra adhesión a Dios, amado sobre todas las cosas, superando así radicalmente el funcionalismo: nos proponemos vivir la gracia bautismal con mayor plenitud y radicalidad (C. 60). **Nuestra vida** se convierte así en un testimonio de que Dios existe y de que su Amor puede llenar una vida, la nuestra (C. 62): es un signo de la fuerza de la Resurrección de Jesucristo, que nos ayuda a discernir y acoger la acción de Dios en la historia (C. 63).

- ***En diálogo con el Señor***

Sin **la oración**, nuestra vida se convierte en un activismo funcionalista y caemos en el peligro de entender sofisticadamente la frase “el trabajo es oración”. No se puede ser “*contemplativo en la acción*” (C. 12) si no se es también “**contemplativo en la oración**”.

La oración salesiana está en íntima relación con **la misión**: reaviva nuestra conciencia de la tarea que el Señor nos confía, con vistas a la salvación de nuestros destinatarios (C. 85), nos hace rezar por los jóvenes y con ellos (C. 86), nos da dinamismo y constancia en nuestro trabajo, especialmente en la Eucaristía y en las visitas frecuentes al Santísimo (C. 88). Además, la Penitencia purifica nuestras intenciones apostólicas (C. 90) y sostiene nuestra dedicación al prójimo (C. 93). En particular, el artículo 95 acentúa maravillosamente esta relación de la oración con la misión. Este texto subraya la relación positiva entre la oración y la vida pastoral, y cómo esta última alimenta nuestro encuentro con el Señor, **aprendiendo** a descubrirlo en aquellos a quienes nos envía. Termina indicando cómo el salesiano, percibiendo en su compromiso apostólico la necesidad que los jóvenes y él mismo tienen de Dios, celebra la “*liturgia de la vida*”, siguiendo el ejemplo de san Juan Bosco (cf. C. 21).

Todo esto requiere que el salesiano viva en *estado de formación permanente*, porque la identidad es fruto de la identificación. Y el proceso de identificación permanece abierto hasta que la vida acaba.

3. Oración final

D.: *Dios Padre,*

T.: *Te confesamos como origen de nuestra Congregación
y fuente del carisma salesiano;
concédenos contemplar el mundo de hoy,
en especial el mundo de los jóvenes, con tus ojos y bajo tu luz.
Podremos así identificar lo que estás esperando de nosotros:
que los acompañemos, con la fuerza de tu Espíritu,
en sus penas y alegrías llevándolos hacia ti.
María, Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos,
te creemos “presente entre nosotros...,
nos confiamos a ti...”, para ser entre los jóvenes,
testigos del amor inagotable” (C. 8) de tu Hijo, Jesucristo, nuestro
Señor,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*

D.: *Don Bosco, Padre y maestro,*

T.: *te pedimos que todos nosotros, los salesianos, tus hijos,
y todos los miembros de la Familia Salesiana logremos tener
tus ojos,
para no contemplar otra cosa que a los jóvenes del mundo;
tu corazón,
para amarlos como tú has sabido amarlos y así hacerlos sentir
amados;
tu mente,
llena de fantasía apostólica para responder a sus necesidades y
expectativas;
tus manos,
para hacer realidad tus sueños con nuestro trabajo;
tus pies,
para ir hacia ellos allí donde se encuentren.
Y junto a ellos nos reencontremos un día contigo y con Dios.
Amén*

Bioética y transhumanismo desde la perspectiva de la naturaleza humana¹⁸

Elena Postigo Solana

1. La derogación de lo “sólido” como categoría

El concepto de *modernidad líquida* del sociólogo polaco Zygmunt Bauman (2002) constituye una excelente “caja de herramientas” conceptuales con las que abordar los cambios que se plantean sobre el hombre y la naturaleza humana a partir de los más recientes avances en biotecnología y del reto planteado por el *transhumanismo* (Postigo Solana, 2009; Postigo Solana, 2016). Entendemos por transhumanismo lo que indica la definición que ha dado de él Nick Bostrom, presidente del *Future of Humanity Institute* de la Universidad de Oxford y presidente de la Asociación Transhumanista Mundial: “el transhumanismo es un movimiento cultural, intelectual y científico que afirma el deber moral de mejorar las capacidades físicas y cognitivas de la especie humana, y de aplicar al hombre las nuevas tecnologías para eliminar aspectos no deseados y no necesarios de la condición humana, como son: el sufrimiento, la enfermedad, el envejecimiento e incluso la condición mortal” (Bostrom, 2003). Entraría por tanto dentro de sus fines la alteración, el mejoramiento y el alargamiento de la naturaleza humana: alterar, mejorar, alargar, e incluso, no morir. Para Bostrom, la condición humana es cambiante, no permanente; está en manos de la ciencia y del científico y a estos corresponde conducirla hacia un mayor bienestar, personal y global.

En su obra *La modernidad líquida*, Bauman desecha el concepto de posmodernidad por parecerle que esta expresión remite a algo distinto de la modernidad, como si esta estuviese ya superada. Al contrario, Bauman piensa que la modernidad se identifica con el prurito de cambio de todo tipo de estructuras sociológicas, políticas, económicas, de valores, etc. y, en ese sentido, el autor plantea que no solo no ha quedado derogada ni superada la modernidad en nuestros días, sino que nos hallamos en un período de profundización de la misma, una fase en que lo característico no es la remisión de los cambios sino más bien su intensificación. Se intensifica la rapidez con que se producen y, al mismo tiempo, el deseo de superación de una barrera que incluye los límites naturales o biológicos del ser humano.

La barrera a la que Bauman se refiere es la del objetivo al que se orientan los cambios. Mientras que en sus inicios la modernidad propiciaba cambios en aras de una mayor

¹⁸ Artículo publicado en la revista “Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura”, vol. 195 (792), abril-junio de 2019, a507.

estabilidad, en nuestra época los cambios se realizan para que en el nuevo escenario la innovación sea más fácil. Es decir, se cambia en aras a la inestabilidad. La modernidad en estas condiciones es, según Bauman, estructuralmente cambiante; no es mera búsqueda de cambio sino que es constitutivamente cambio. Por tal motivo, la solidez ya no forma parte del horizonte epocal de Occidente en ningún sentido que no sea el de su superación. Consecuentemente, el fundamento ya no es de ningún modo sólido sino líquido; estamos instalados en una fase del devenir de Occidente que no puede sino denominarse modernidad líquida.

A partir de aquí, y desde su perspectiva sociológica, Bauman relata en qué consisten estos cambios, cómo afectan a nuestras vidas y qué podemos esperar en el campo económico, institucional y geopolítico. Nos habla por lo tanto de categorías tales como la globalización de la economía, la disfunción entre poder y política, el devenir de las democracias, el colonialismo cultural, etc. Perspectivas todas ellas de gran interés pero que no corresponden al ámbito del presente estudio cuyo entorno disciplinar se circunscribe al de la bioética, entendida como el “estudio sistemático e interdisciplinar de las acciones del hombre sobre la vida humana, vegetal y animal, considerando sus implicaciones antropológicas y éticas, con la finalidad de ver racionalmente aquello que es bueno para el hombre, las futuras generaciones y el ecosistema, para encontrar una posible solución ética, clínica, o elaborar una normativa jurídica adecuada” (Postigo Solana, 2003).

Por lo tanto nuestra línea de investigación escoge desplazarse al polo opuesto del que ocupa Bauman; explora no el aspecto “macroscópico” -sociológico, político, económico de las consecuencias de la modernidad líquida sino que se orienta hacia el de sus implicaciones “microscópicas”, es decir, hacia las transformaciones que están teniendo lugar sobre la idea misma de hombre. Trataremos sobre la nueva antropología incoada por los últimos avances en biotecnología y sobre cómo podría afectar al concepto recibido de naturaleza humana.

2. La *physis* como superación de la *moira*

Para llevar a cabo esta investigación, es necesario comprender dos procesos: primero cuál es el periplo de cambio antropológico por el que el hemos llegado a tener un concepto de naturaleza humana. Segundo, cuál es la transformación que experimentó el propio concepto de naturaleza humana hasta nuestros días.

El primero de estos procesos va unido indisolublemente con el alumbramiento de la idea de *physis*, de naturaleza. Podríamos confundir naturaleza con lo que hay cuando uno sale a espacios abiertos y sin urbanizar. Pero eso sería en todo caso el mundo animal, vegetal y geológico-mineral sin calificación categorial alguna. La idea de naturaleza no solo se refiere a lo que existe independientemente de la acción humana, sino que implica dos presupuestos sobre este conjunto de seres: que esté ordenado y que se pueda conocer. El primero es el presupuesto cósmico; es el cosmos, la presunción de que “lo que hay” está ordenado. El segundo es la idea misma de *physis*, de naturaleza, y consiste en pensar que eso que está ordenado, ese cosmos, presenta rasgos isomórficos con una cualidad del ser humano llamada *nous*, en virtud de la cual eso “que hay” puede aflorar en el *nous*, es decir puede llegar a conocerse. Este es un descubrimiento que convencionalmente se concede a Tales de Mileto y se data en torno al 650 a C.

No se olvide por tanto que naturaleza es el orden de las cosas asequible a la penetración del entendimiento. Esta idea endosa el cosmos, es decir, se suma a la idea de cosmos que es mucho más antigua (su origen se pierde en la noche de los tiempos pero aparece ya claramente articulado en las primeras civilizaciones). Naturaleza es, pues, una apostilla sobre el cosmos; no es solo orden, es orden cognoscible por el hombre. Es muy importante darse cuenta de que la idea originaria de cosmos no implica conocimiento sino

intermediación: antes del alumbramiento de la *physis* lo que hay es un orden cósmico al que el hombre puede acceder por intermediación de los dioses a través del oráculo. En estas condiciones “lo que hay” no es naturaleza entendida como *physis*, sino *moira* -el oscuro fondo del que se extraen los tenues reflejos del orden cósmico gracias a la intervención de los dioses por el oráculo-. Según esto la naturaleza es una idea profundamente emancipadora pues concede al hombre la capacidad de llegar al fondo mismo de las cosas por sí mismo, sin necesidad de consulta a los dioses. El hombre ya no depende del signo oracular y de su incierta interpretación. A partir del alumbramiento de la idea de naturaleza, el hombre contará con su “propia tecnología” de acceso al fondo de las cosas e irá abandonando poco a poco el oráculo en favor de su propio método, cuyo supuesto es el *nous* y que, en un proceso progresivo de independización del capricho de los dioses, le hará desechar las religiones cósmicas hasta llegar al monoteísmo y a la ciencia: a la idea de que la certeza sobre las cosas es posible porque Dios las ha creado con la misma herramienta que ha puesto a disposición del hombre: la razón.

2.1. Naturaleza humana de Homero a Píndaro

Ahora bien, una vez alcanzado el descubrimiento de la *physis* por superación de la *moira*, cabe preguntarse: ¿en qué posición queda el hombre como tal respecto de la naturaleza?, ¿es el hombre un objeto natural más –y por lo tanto completamente asequible al conocimiento– o cabe concederle un estatuto ontológico diferente? O dicho de otra forma: ¿existe algo que se pueda predicar del hombre con la misma certeza con que lo hacemos de una piedra o de un perro?, ¿existe algo que podamos llamar *naturaleza humana* y es esta naturaleza humana susceptible de ser conocida por el propio hombre?

La respuesta de la filosofía griega a este interrogante será en último término positiva y dará como saldo tres notables resultados: por un lado, la confirmación de la vieja antropología homérica en el sentido de que el hombre alcanza la excelencia y la perfección mediante el cultivo de la virtud o *areté*; por otro, que este rasgo que le eleva de lo material no es solo atributo del héroe guerrero sino de todo hombre sabio; y por último, que esta naturaleza dual pertenece intrínsecamente al hombre como tal, independientemente del favor o del concurso de los dioses.

Convencionalmente podemos cifrar el arco de esta transformación entre Homero y Píndaro ya que a este último se le atribuyen los clásicos dichos sapienciales que remiten al autoconocimiento; mientras que los textos homéricos, y en particular la *Ilíada*, han sido justamente considerados desde siempre como el humus nutricional de la visión antropológica del hombre griego arcaico.

Las herramientas que hacen posible este proceso son dos: un supuesto inamovible y un vector transformador. O, si se quiere, un suelo (de creencias) y un horizonte (de ideas) que hay que conquistar. El primero, el suelo, será la certeza homérica en la posibilidad de una antropología dual (material/inmaterial); el segundo, el horizonte, consistirá en concretar los detalles del tránsito entre ambas. Dicho tránsito, naturalmente, estará presidido por la evolución de la idea de virtud. Veamos en detalle cómo sucede esta transformación.

En Homero el hombre puede trascender los atributos de la variedad racial a la que pertenece -mirmidón, troyano, aqueo, etc.- mediante el ejercicio de la excelencia aristocrática, de la *areté*, cuyo rasgo principal es el arrojo en la batalla. En efecto, el hombre antiguo sentía como una evidencia indiscutible que algunos hombres son capaces de alcanzar grandeza, por lo que la naturaleza humana no puede ser un asunto cerrado. Esa apertura a lo trans-natural es la virtud: la potencialidad del hombre para realizar acciones en el límite de su naturaleza física y equipararse a los dioses. Los animales, al no tener posibilidad de virtud, son incapaces de grandeza. Por ejemplo, un perro siempre

será un perro, no podrá salir de lo que le marca su naturaleza perruna, mientras que el hombre (llamado a ser grande) podrá realizar acciones heroicas.

Ahora bien, mientras que en Homero esta grandeza implica de una forma u otra el concurso de los dioses, con el advenimiento de la *physis* se abre la posibilidad sapiencial, es decir, se abre la posibilidad de que el hombre llegue por sí mismo a determinar su propio destino a través del descubrimiento de su virtud, de aquello para lo que sirve óptimamente, una idea a la que llega por trasposición del concepto de utilidad material de las cosas funcionales.

2.2. Naturaleza humana: principio constructivo de la identidad personal

Nada más expresivo de esta nueva etapa que los consabidos dichos pindáricos “conócete a ti mismo” y “aprende a ser el que eres”. El hombre sabio ha de buscar su virtud por analogía con la de las cosas materiales: si la virtud del cuchillo es cortar, ¿cuál es la mía?

¿Cuál es mi propia virtud? O, dicho de otra forma, ¿a qué estoy llamado? ¿Qué tipo de virtud estoy llamado a ejercer? Por lo tanto, quedará establecido ya desde un estadio muy primitivo una secuencia “natural” en el orden de lo que le es dado saber al hombre sobre sí mismo. Esta secuencia se fundamenta sobre el suelo de la naturaleza animal, es fácilmente apreciable mediante sus funciones y se eleva por encima de esta mediante las facultades propiamente humanas y la virtud, hasta alcanzar una plenitud humana que linda con la de los dioses.

De Homero a Píndaro, esta virtud –llave de paso de una parte a otra de la naturaleza humana– sufre una doble transformación: se “democratiza” y se difumina. Se democratiza porque deja de ser un atributo aristocrático para convertirse en un rasgo antropológico. Se difumina, porque deja de estar unívocamente identificada con la proeza bélica y pasa a ser objeto de investigación al que el hombre sabio puede acceder mediante la introspección y la puesta en práctica de la filosofía sapiencial. El hombre no es aún dueño de sí mismo, pues permanece ligado a la maquinaria cósmica que rige su destino, pero sí ha conseguido emanciparse del capricho de los dioses con sus ambiguos oráculos. Ahora las estrellas no le determinan, solo le condicionan, pues el hombre sabio/sensato sabe cómo regir sus astros. Su poder es, pues, cada vez más equiparable al de los dioses sobre la vieja *moira*: no puede determinarla pero sí llegar a conocerla.

He aquí que la pregunta por el hombre suscitada como consecuencia del advenimiento de la idea de *physis* da como resultado una brecha antropológica, un abanico de posibilidades por el que cada hombre tiene su propio destino, aún pegado a la antigua *moira* y por lo tanto misterioso, apenas cognoscible. Solo los grandes hombres tendrán un destino claro; para el resto, la vida apenas será distinguible de la de los animales.

Con el paso del tiempo la máxima virtud de cada hombre, esa virtud-mistérica de la que Píndaro es portavoz, quedará poco a poco explayada en una serie de virtudes menores que convienen a todo hombre que merece el nombre de tal, al hombre libre habitante de la *polis* susceptible de desarrollar una vida propia netamente distinta de la que desarrollan los animales¹⁹.

¹⁹ Es interesante destacar que la raíz del prefijo *bio*, que hoy se usa para designar la mayoría de las disciplinas que tienen que ver con la vida, en griego antiguo se refería solo a la vida del hombre reservando la raíz *zoos* para la vida de los animales. Con este uso es como si los animales quedaran “antropometamorfosados”.

2.3. Naturaleza humana de Píndaro a Aristóteles

El horizonte de autocontrol y conocimiento incoado en el ideal pindárico perderá toda carga misteriosa en Aristóteles, quien deslinda ya claramente la índole dual, hilemórfica, de la naturaleza humana entendida como principio de operaciones, describe sus partes constitutivas y propone un catálogo de virtudes para lograr su armonización. Partiendo del viejo ideal sapiencial, Aristóteles reconocerá que la plenitud de todo hombre consiste en la actualización de lo que le es propio, lo que es propio de su naturaleza humana, también a través de la virtud.

Define esta como el ejercicio práctico de la razón -la cualidad específicamente humana de la que carecen el resto de los seres de la naturaleza- en la búsqueda y actualización del bien propio de su naturaleza, y precisa que solo mediante su aplicación en el mundo el hombre puede llegar a dominar su oficio de hombre y a ser feliz. De esta forma al final de la antigüedad el hombre quedará definitivamente emancipado de la *moira* y sus agentes misteriosos -el oráculo o signo de los dioses- y se definirá como un ser de naturaleza dual (el animal racional aristotélico) donde la fisura entre ambas partes queda suturada por la virtud, prerrogativa que el hombre sabio es capaz de ejercer por sí solo, sin intervención divina, pero eso sí: en compañía de otros hombres -en el seno de la ciudad-. La *polis* es el contexto necesario para que el hombre pueda llegar a conquistar lo específicamente humano de su naturaleza y, elevándose desde su naturaleza puramente animal, pueda llegar a ser verdaderamente hombre. Se enlaza así con la idea de *zoon politikon*, la pieza que viene a completar el arco antropológico que se inicia con el descubrimiento de la *physis*. En efecto, el duplo aristotélico animal racional/ *zoon politikon* supone la cúspide de la evolución antropológica que libera al hombre de la subyugación a un orden cósmico ignoto e incognoscible, accesible solo mediante la triangulación oracular que graciosamente otorgan los dioses.

Esta nueva antropología de la independencia cósmica que se abre con la *physis* llega, pues, a su apogeo en Aristóteles. La antropología aristotélica del animal racional/ *zoon politikon* sintetiza perfectamente la idea de que el hombre es, ciertamente y en primera instancia, un animal como los demás pero que en él existe la posibilidad de elevarse desde su naturaleza hasta un estadio superior que le confiere un mayor rango ontológico. Esto es posible gracias a uno de sus elementos constitutivos, la inteligencia, que el hombre sabio es capaz de desplegar en un abanico de virtudes cuya única condición de posibilidad es la vida en la comunidad perfecta de la *polis*. Solo así el hombre puede alcanzar la vida que le es propia, la dignidad de la vida propiamente humana, muy distinta de la vida animal. *Sensu contrario*, el hombre desgajado de la vida cívica -ya sea por herencia o accidente (designio de la Fortuna)- está abocado a una regresión de su humanidad. Es el caso del bárbaro, del esclavo o de aquel que ha caído en desgracia. El suicidio es, en estas condiciones, la única salida lógica; el último acto de dignidad humana antes de ser subsumido completamente en la categoría animal.

2.4. Naturaleza humana en el cristianismo

Es muy importante reconocer con toda nitidez que el cristianismo se integra sin fisuras en este arco evolutivo de la antropología occidental que se da desde el alumbramiento de la idea de *physis* y que viene a completar el proceso de independencia cósmica del hombre²⁰. Igualmente importante es darse cuenta de que dicha independencia solo pudo completarse plenamente mediante el recurso a un elemento paradójico que solo el cristianismo supo aportar. Este elemento no es otro sino la externalización completa del

²⁰ Es de rigor mencionar el carácter desmitificador del cristianismo y llamar la atención sobre el error común entre un cierto pensamiento científico, que no solo ignora este hecho sino que atribuye al cristianismo la orientación oscurantista-misteriosa de las antiguas religiones cósmicas que, precisamente, el cristianismo dejó obsoletas.

elemento ultramundano de la naturaleza humana hacia una región exterior propiamente ultramundana, la Ciudad de Dios, en cuya construcción desde el mundo todos los hombres participan con igual dignidad inalienable. El cosmopolitismo de finales de la antigüedad encuentra así justamente la salida a sus aporías mediante la metáfora urbanística de San Agustín. Una nueva mirada a la gran síntesis aristotélica del animal racional/político revela la profundidad de la solución agustiniana: en tanto que racional, el animal-hombre puede alcanzar una dignidad superior específicamente humana mediante el ejercicio de la virtud que posibilita la *polis* y que le equipara a los dioses. Pero si el ámbito de esa *polis* es exclusivamente intramundano los inevitables enfrentamientos y diferencias entre los hombres hacen imposible que todo hombre alcance la dignidad de la virtud. La humanidad ha de dividirse necesariamente entre los que sí y los que no; dignos e indignos; salvos y réprobos. Por este motivo solo el recurso a una Ciudad de Dios es capaz de salvar las diferencias de dignidad entre hombres, pues solo fuera de este mundo es posible hallar la perfección. El cristianismo señala esta ciudad ultramundana como el verdadero destino del hombre, allá donde la verdadera Vida - trasunto de la vieja *bios* aristotélica es posible en todo su esplendor y a cuya construcción debe orientarse *hic et nunc* la vida humana en esa otra ciudad, intramundana, donde los fallos están descontados desde el principio pues no son sino mero reflejo de las necesarias inconsistencias individuales de todos sus miembros.

En estos tiempos de pertinaz materialismo filosófico²¹ se dirá que el recurso a la ultramundaneidad es irrelevante. Nada más lejos de la realidad. El concurso del duplo categorial mundano/ultramundano es tan inevitable en antropología metafísica como es la mención idealista/realista en las discusiones de filosofía primera. No es posible erradicarlos del debate; afloran *velis nolis* tan pronto el punto de vista alcanza un grado de abstracción suficientemente alto. La prueba de ello es que en el intento contemporáneo por inmanentizar completamente la vida pública, la idea de *utopía* aflora sin remisión en todas las ideologías. Como el profesor Dalmacio Negro ha recordado en numerosas ocasiones, “lo Político salió del seno de lo Sagrado, de lo religioso, para velar por el orden social” (Negro 2010, p. 33), y en la tensión que genera la irreductibilidad de estos dos polos esenciales se engendra el resto de las categorías de la vida pública: el derecho, la justicia, lo social, etc. No es el momento para profundizar sobre las luengas consecuencias de esta inoportuna inmanentización de la vida pública en nuestros días, cuyo desarrollo discurriría sin duda a lo largo de algo tan familiar para todos nosotros como es el engaño político, es decir, la mentira erigida como polo categorial complementario al de la utopía. Sin embargo, sí creo relevante destacar que el cristianismo, al llevar a cabo la mencionada “externalización” de los elementos ultramundanos que conforman la naturaleza humana, extrae la dignidad humana de los condicionamientos y ambigüedades del ámbito de la praxis para entronizarla definitivamente y sin ambages en el campo ontológico. Esta es, a todas luces, la aportación específicamente cristiana al desarrollo de la antropología occidental²². En efecto, al cifrar la perfección humana como un límite que apunta hacia lo ultramundano y se alcanza colectivamente por suma de empeños perfectibles, el ejercicio de la razón y de la virtud no preceden a la dignidad humana, sino que esta se revela como estrictamente

²¹ Medios proclives al cientifismo –generalmente de corte biotecnológico– gustan de proyectar la imagen de que las cuestiones relativas al debate filosófico entre realismo e idealismo han quedado obsoletas en favor de un amplio abanico de inconsistencias que se vienen etiquetando como materialismo científico. La realidad es que los intentos serios –profesionalmente competentes desde un punto de vista filosófico– por suturar esta secular división de escuelas filosóficas son escasos, marginales y no han conseguido concitar grandes consensos.

²² Este ámbito dialéctico de mundaneidad/ultramundaneidad no es solo el lugar donde históricamente se descubre la dignidad humana sino que es su hábitat natural, fuera del cual sus cimientos se muestran tambaleantes e inseguros. Así es como hay que ver el intento de inmanentización de la dignidad humana que supone la emisión de “derechos humanos” por parte de algunas instituciones supranacionales. En estas condiciones, estos supuestos derechos no son más que concesiones subjetivas que lo mismo pueden ampliarse que recortarse según el capricho –o el interés– de los que deciden en estas instituciones paraestatales.

constitutiva de la condición humana y, en consecuencia, es anterior a la acción y condición de posibilidad de esta²³.

3. De la naturaleza humana como orden constructivo a la “naturaleza líquida”

La breve investigación anterior sobre el devenir histórico de la idea de naturaleza humana no está ni mucho menos concluida. La Reforma y la modernidad incluirán cambios considerables cuyo tratamiento desborda el ámbito del presente artículo. Lo que sí es importante destacar llegado este punto con vistas a la investigación que nos interesa es que desde el principio el concepto de naturaleza humana supone un orden constructivo según el cual al hombre le es dado atisbar el aspecto personal y dinámico de cada cual sustentándose en los aspectos trivialmente asequibles al entendimiento - aspectos físicos y funcionales que el hombre comparte con los animales y que Bauman calificaría de “sólidos”.

A lo largo de toda la evolución del concepto de naturaleza humana -que, como hemos visto, corre en paralelo con los avatares históricos de la civilización occidental desde Tales de Mileto hasta el advenimiento del cristianismo este orden constructivo permanece inalterado pues nunca dejó de considerarse que al conocimiento de la dimensión personal variable y dinámica del ser humano se llega sobre la firme base natural común a todos los individuos de la especie.

Siglos después, a día de hoy, según J. M. Burgos (2007), desde el punto de vista filosófico, las posiciones acerca del concepto de naturaleza humana podrían resumirse en tres grandes acepciones: la naturalista en sus distintas formas: materialista, empirista, mecanicista (desde el hombre-máquina moderno hasta el *cyborg*), neoempirismo, positivismo, neurobiologicismo o reduccionismo genético. Todas ellas, a la postre, idénticas en lo esencial, a saber, la reducción del hombre a mera materia, a *factum* físico, genético o neuronal. La mayor parte de los autores transhumansistas y quienes promueven el mejoramiento liberal radical, tienen este concepto de naturaleza humana. En segundo lugar, la naturaleza entendida en sentido sociocultural, donde esta no es un *factum* dado sino que se construye mediante la cultura y la libertad. De esta segunda perspectiva brotan dos vertientes, la sociocultural (el hombre se construye culturalmente y en sociedad), o bien donde la conciencia y la libertad son quienes constituyen el ser y la existencia (Sartre). En esta perspectiva se produce lo que he denominado *deriva* de la persona del ser al obrar, del ser al pensar o elegir, produciéndose un olvido o desconocimiento total de lo que es el hombre ontológicamente. El olvido de una metafísica del ser y la reducción de este a sus actos (pensar o elegir libremente) ha llevado a algunos autores a afirmar que la persona es tal solo cuando piensa y elige autónomamente, así por ejemplo P. Singer o H. T. Engelhardt.

En bioética las consecuencias son patentes: una persona en coma o un grave discapacitado mental no serían personas de pleno derecho. Contrariamente a estos autores, sostenemos la validez del aserto clásico *agere sequitur esse*, el obrar sigue al ser, para obrar y actuar (pensar y elegir), hay que ser o existir previamente. Por último, entre esas tres versiones del concepto de naturaleza, tendríamos la versión clásica, teniendo esta a su vez dos formas diferenciadas. Una, la versión aristotélico-tomista, en sus formas clásicas o en sus formas contemporáneas (A. MacIntyre, R. Spaemann, M. Ronheimer o A. M. González); y otra, que sería la personalista con elementos de ontología clásica y fenomenología contemporánea; en esta última acepción tendríamos a J. Seifert, K. Woityla y J. M. Burgos,

²³ Varios grupos de influencia utilitarista y funcionalista sostienen que la dignidad humana no es un valor intrínseco, ontológico, inherente a la naturaleza humana, sino algo que depende de ciertas condiciones mentales, funcionales, celulares, materialistas y biofísicas. Según este criterio, se produciría la desaparición de la dignidad humana bajo determinadas condiciones como la demencia senil o la carencia de estados prolongados de conciencia, adscribiéndose a este punto de vista por el que la dignidad humana no es constitutiva sino circunstancial.

entre otros. Según esta última concepción de la naturaleza humana sería necesaria una reformulación del concepto de naturaleza clásica. Esta no debiera ser reducida bien a *factum*, o bien a conciencia, sino a una síntesis entre estas dos dimensiones. La naturaleza posee un dinamismo (apertura, no fisicismo), no está terminada, tiene una serie de virtualidades por explicitar. Posee inclinaciones naturales que orientan su obrar y una “autoteleología” (no solo teleología). La razón práctica, libre, abierta e histórico-cultural, iría reformulando lo bueno y conveniente para el hombre, mediante una interioridad e intencionalidad (resonancia clásica, F. Brentano, E. Husserl y P. Ricoeur) que juega un papel importante a la hora de valorar bioéticamente las intervenciones sobre esta naturaleza humana, tanto para el hombre que vive hoy como para las generaciones futuras. Desde esta perspectiva, en mi opinión, la más adecuada porque no reduce a la persona ni a materia ni a conciencia, porque capta aspectos del ser constante del hombre, de su naturaleza, y otros cambiantes, indeterminados, el hombre encontraría en sí mismo un ser dado, una serie de inclinaciones que dan orientaciones fundamentales para guiar la existencia humana (vivir, comer, pensar y buscar la verdad, etc.). Así, mediante su razón práctica, decide en cada situación qué es lo bueno para orientar su existencia hacia el bien en sentido global, de toda la persona, y en sentido social, hacia el bien común de las personas.

Con el abandono del concepto clásico de naturaleza en su formulación contemporánea, y con la aceptación mayoritaria del concepto empirista y su reducción a lo biológico, se ha producido la incapacidad para entender completamente la naturaleza humana como “principio de operaciones”, como *physis*, como un *factum* dado que a su vez incluye y es guiado por la recta razón, no completamente autónoma sino en el reconocimiento de lo que esta es previamente a su conciencia (inclinaciones naturales que el hombre no puede obviar). En esa unidad-dual de la naturaleza humana, con una vertiente corporal y otra no reductible a lo corporal, íntima y primigeniamente unidas, en unión constitutiva originaria, dinámica, cambiante y autoteleodirigida por el mismo hombre, este puede elegir o rechazar esos procesos (realizar aquello que los clásicos llamarían actos *contra natura*: no beber, no comer, etc.), incluso puede intentar ir contra procesos biológicos naturales como el envejecer, en contra de su devenir.

Nos encontramos en una situación en que el concepto de naturaleza humana clásico y moderno ha sido abandonado o reducido a materia y conciencia, a la postre a actividad neuronal. Una situación en que la biotecnología moldea la naturaleza a voluntad del hombre individual y de la ciencia; es en este sentido en el que creo que el concepto actual que definiría mejor la situación sería el de “naturaleza líquida”, permanentemente cambiante. No se reconocen los límites biológicos de la naturaleza humana y se quieren alterar (vivir indefinidamente, cambiar sus bases biológicas, corregir defectos genéticos, cambiar de sexo o incluso afirmar que no estamos definidos sexualmente, cromosómica ni genéticamente).

Es en este escenario donde se encuentra la bioética contemporánea: para muchos autores, incluidos los transhumanistas, todo es posible, no hay nada dado, y si lo hay es accidental. No comparto esta visión, tanto en sus premisas teóricas como en las implicaciones bioéticas que conlleva. Si bien considero que existen aspectos cambiantes, corresponde a la bioética, una ética aplicada, discernir y valorar qué cambios son buenos para el hombre y las generaciones futuras y cuáles no porque ponen en juego su vida, su libertad, la justicia y la equidad, fundamentalmente.

4. Corolario bioético

El advenimiento de la biotecnología de las últimas décadas y la posibilidad de cambiar las bases biológicas de la vida humana y del resto de los seres vivos ha inducido a pensar que, debido a que la manipulación de aspectos genéticos y fisiológicos hasta ahora tenidos por inalterables es posible, los cambios sobre el orden constructivo de la naturaleza humana

son por tanto deseables y buenos. Se ha producido un salto injustificado desde una posibilidad tecnológica al plano de las valoraciones éticas. No tiene por qué ser bueno para el hombre y para el ecosistema todo aquello que podamos realizar. No es ético todo aquello que es posible científicamente. El tiempo y la experiencia han demostrado la verdad de estas dos aserciones. Corresponde a la persona racional valorar, juzgar con su propia razón de qué manera estos cambios afectan al ser humano y a las generaciones futuras; y decidir, con prudencia, responsabilidad y justicia qué es bueno hacer o no.

El crecimiento en conocimiento científico no ha ido acompañado en paralelo por una reflexión acerca de las implicaciones éticas que estos cambios producirían en las personas actuales y en las generaciones futuras. Al menos no ha sido pensado con el debido rigor y suficiente profundidad. Algunas propuestas radicales de aplicación de estas nuevas técnicas, como son por ejemplo las del transhumanismo, *enhancement* o mejoramiento radical, suponen de hecho la inversión del orden constructivo propio de la naturaleza humana tal y como ha venido considerándose hasta ahora. Se pretende alterar la naturaleza humana para que mejoremos físicamente y alarguemos nuestra existencia eliminando de ella todos aquellos aspectos indeseables como son el sufrimiento, el dolor e incluso la muerte. Lo biofísico dejaría de ser suelo constructivo para convertirse en algo voladizo ornamental. Muchas de las intervenciones planteadas por el transhumanismo y el mejoramiento genético, cognitivo, físico, afectivo o moral van en esta línea (Savulescu 2012; Savulescu y Bostrom, 2012). Una vez desaparecida la idea de una naturaleza determinada, o reducida esta a sus aspectos meramente cuantificables, y ante las posibilidades que nos abre la biotecnología, incluida la posibilidad de alargar la existencia humana o una hipotética criogenización de partes del organismo humano, el problema no es tanto de índole científico-tecnológica cuanto de índole ética y, en última instancia, de antropología metafísica: quiénes somos en cuanto hombres y cuál es el mejoramiento y el perfeccionamiento que nos corresponde en cuanto tales. ¿Hacia dónde queremos llevar a nuestra especie?, ¿hacia dónde dirige sus pasos la ciencia y la filosofía?

El transhumanismo y el llamado mejoramiento humano radical reducen la naturaleza humana a una de sus dos dimensiones, la material; por lo general son fisicalistas. Al mismo tiempo, se produce una desteleologización de la naturaleza (negación de que existan inclinaciones naturales) y una incapacidad para entender qué le pasa al hombre y qué es lo deseable para él. J. Savulescu, T. Douglas, A. Buchanan, N. Agar y todos los *enhancers* interpretan la naturaleza humana desde una perspectiva mecanicista y reduccionista; para ellos la naturaleza no plantea problemas ni acotaciones, ni virtualidades preexistentes a una libertad. La libertad hace al hombre. Desde su perspectiva utilitarista, legitiman cualquier acción siempre que no haga daño a otros y produzca cierta utilidad y beneficios. Estamos ante un *enhancement* utilitarista y libertario. Critican abiertamente a Leon Kass, M. Sandel y a todos los “bioconservadores” diciendo que realizan una apología de la “mediocridad humana”, no permitiendo que el hombre evolucione hacia especies superiores (que sufran menos, que vivan más e incluso que no mueran).

La tesis de la naturaleza reducida a materia, a mi modo de ver, presenta numerosos problemas y ha habido numerosos autores que la han criticado. No solo por el daño a la naturaleza humana hoy, sino por las alteraciones globales que se pueden introducir en la especie y en el ecosistema. Ahora bien, en un modelo en el que el hombre no es más que una pieza independiente, sin valor especial respecto al resto de los entes naturales, no pasa nada si este desaparece y aparece una especie nueva. En su perspectiva desaparecen o se diluyen los conceptos de dignidad humana y de persona.

Estos autores aceptan y asumen la filosofía moderna, especialmente la que se inspira en Hume, el empirismo y el neo-empirismo, y caen en una asunción de la misma totalmente acrítica, porque carece de la confrontación con otras teorías. Afirman que *ens est percipi*, es decir, que el hombre es una realidad material, un cuerpo, una estructura, excluyendo sus inclinaciones naturales, su finalidad intrínseca o la existencia en él de algo inmaterial. Para ellos el hombre es materia, genes, células y neuronas. De este modo se opera un

reduccionismo biologicista que, unido a la “falacia naturalista”, establece que no es posible fijar una ética que surja de la naturaleza humana (finalizada y racional). Los fines, según esta teoría, son elegidos o de modo autónomo por la racionalidad de la persona o bien por criterios extrínsecos de una utilidad pragmática. El hombre, por lo tanto, es considerado como un mecanismo material complejo, que funciona como una máquina. A este reduccionismo materialista se une además un segundo nivel de reduccionismo, el reduccionismo neuronal. Somos sobre todo conexiones neuronales. Para estos autores, el día en que el hombre pueda descifrar con claridad cómo funciona el cerebro, habremos descubierto cómo funciona el hombre entero.

5. Conclusión

El concepto de naturaleza humana se remonta al origen de la filosofía y a la idea de *physis*. Desde el principio supone un esfuerzo por precisar la articulación entre dos tipos de elementos de antaño percibidos en el hombre e irreductibles entre sí: los asimilables a aspectos biológico-funcionales compartidos con el resto del reino animal, y otros, de más difícil concreción, que apuntan hacia la apertura de posibilidades asociada a la creatividad y las funciones intelectuales superiores específicas del hombre. Desde el principio estas dos series de elementos se estructuran como un orden constructivo donde lo biológico-funcional sirve de basamento a lo psicológico-creativo-intelectual. En un primer momento este orden superior se adscribirá a la influencia mágica de un orden ultramundano concomitante sobre algunos individuos concretos. La evolución posterior del pensamiento occidental llegará, en época helenística, a la admisión de que todos los hombres se hallan en el mismo plano de perfectibilidad pero que este supone un camino incierto al estar condicionado a su inserción en el seno de un ámbito político especial, la *polis*, y ser muñeco, además, del vaivén de las circunstancias de cada biografía particular cuyo saldo en fracaso prescribe el suicidio antes que la indignidad. La naturaleza humana no alcanzará su independencia completa -tanto del cosmos como de la fortunasino con el advenimiento del cristianismo. La modernidad introduce nuevos elementos a la hora de conocer y apreciar la naturaleza humana y a la postre esta queda reducida para muchos a algo meramente cuantificable, con piezas intercambiables según la voluntad humana guiada por los criterios de la ciencia.

El advenimiento de la biotecnología contemporánea está propiciando la creencia falaz en una “naturaleza líquida o invertida” según la cual, mediante la aplicación de ciertas nuevas técnicas (de manipulación genética y celular, de intervención fisicobioquímica y de combinación de elementos biológicos y nanoelectrónicos), sería posible redefinir la identidad del ser humano tanto a nivel individual como al nivel de especie. Si no hay una naturaleza humana dada, está en nuestras manos y en nuestra conciencia decidir qué es lo bueno y deseable. Estas intervenciones plantean numerosos problemas bioéticos, entre los cuales deseo destacar la eugenesia mejorativa radical y las intervenciones sobre el patrimonio genético en su línea germinal, no somática. Apuestan por la eliminación de embriones o fetos humanos con patologías no solo graves o severas. Esto supone obviamente contravenir algunas de las reglas fundamentales que las sociedades modernas se han dado y conculcan derechos fundamentales entre los que están el derecho a la vida, a la libertad y a la justicia. Otras intervenciones supuestamente mejorativas todavía no están avaladas por suficientes estudios a largo plazo y además no respetan el principio de precaución y de responsabilidad en ética de la investigación. Todo esto no quiere decir que no sea ético cierto mejoramiento biotecnológico. Hemos de ver qué significan cada una de esas intervenciones, qué conllevan, qué intención y finalidad tienen y qué medios utilizan. Una por una, estudiándolas con detalle.

En las próximas décadas las tecnologías irán cambiando, igual que ayer se descubrió la nueva técnica CRISPR/Cas9 de *gene editing*, mañana será otra técnica y dentro de 50 años otras. Hay que estar abiertos a estas posibilidades siempre que no dañen al ser humano (*primum non nocere*), estén al servicio del progreso humano y del bien común

y siempre que no conculquen derechos fundamentales o violen normas fundamentales de la ética y de la convivencia humana. Las posibilidades terapéuticas de la biotecnología son magníficas e irán en aumento, la medicina regenerativa de tejidos humanos ofrece unos horizontes realmente positivos para la curación de ciertas enfermedades. Probablemente llegaremos a vivir muchos más años y tendremos implantes nanotecnológicos en nuestro cuerpo. Tendremos que valorar, paso a paso qué significan estas intervenciones. En las décadas futuras nos esperan problemas nuevos, técnicas nuevas que plantearán interrogantes éticos acerca de la conveniencia y de la bondad de dichas intervenciones, tanto para la persona concreta en la que estas se producen como para las generaciones futuras y para el ecosistema.

Estamos cambiando las bases biológicas de la especie humana y de otros seres vivientes; todo ello, a menudo, sin la debida virtud de la prudencia y de la precaución que valoren a medio y largo plazo cuáles serán las consecuencias de dichas intervenciones. A mi modo de ver, es necesario que la bioética se interrogue sobre cada una de ellas, no basta que el fin de la intervención biotecnológica sea bueno para el ser humano en quien se realiza. Es necesaria una valoración pormenorizada que tenga en cuenta muchas variables, entre ellas el respeto debido a toda vida humana, la libertad, la justicia y la equidad a la hora de realizar ciertas intervenciones, así como el impacto de estos cambios en la ecología y el ecosistema global. Es un desafío suficientemente amplio e importante para que los estudiosos de bioética estén ocupados en este siglo y milenio apenas comenzado. Tenemos algo grande en nuestras manos y hemos de proceder con la responsabilidad que le corresponde al hombre sabio consciente de ello. En suma, acompañar el desarrollo biotecnológico de una reflexión sapiencial paralela que valore el alcance de estas intervenciones y todo lo que está en juego.

BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Bostrom, N. (2003). The Transhumanist FAQ. A General Introduction. [En línea]. Disponible en: <http://www.nickbostrom.com/views/transhumanist.pdf>

Burgos, J. M. (2007). *Repensar la naturaleza humana*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.

Negro, D. (2010). *Historia de las formas del Estado. Una introducción*. Madrid: El Buey Mudo.

Postigo Solana, E. (2003). Bioética y didáctica: fundamentos, método y programa. *Cuadernos de Anuario Filosófico*, 164, pp. 53-67.

Postigo Solana, E. (2009). Transhumanesimo e postumano: principi teorici e implicazioni bioetiche. *Medicina e Morale*, 2, pp. 267-282.

Postigo Solana, E. (2016). Naturaleza humana y problemas bioéticos del transhumanismo y el mejoramiento humano. En: Cortina, A. y Serra, M. A. (coords.).

Humanidad infinita. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 233-256.

Savulescu, J. (2012). *Decisiones peligrosas*. Madrid: Tecnos.

Savulescu, J. y Bostrom, N. (2012). *Human Enhancement*. Oxford: Oxford University Press.

COMUNICACIÓN

Un periodista en el Concilio²⁴

José Luis Martín Descalzo

La primavera ha venido

El Concilio Vaticano I concluyó con una impresionante tempestad. El Vaticano II ha tenido como prólogo un, al parecer, inacabable aguacero. Toda la tarde de ayer -después de unos deliciosos días otoñales- el cielo de Roma se vio oscurecido por una lluvia cerrada y espesa. Como si la Providencia tratase de encadenar este Concilio con el precedente.

- Si sigue así, mañana la lluvia deslucirá el cortejo de la plaza- comenta alguien.

- ¡Bah!- responden a mi lado-; esto lo arregla Juan XXIII con rezar diez minutos.

Yo no sé si el Papa rezaría o no por este asunto. Lo cierto es que esta mañana, al abrir mi ventana, a las siete, el suelo estaba aún húmedo, de lluvia reciente; pero ya en el cielo un sol tibio luchaba con la blanda neblina mañanera.

Media hora después todas las calles adyacentes a San Pedro vomitaban caravanas de peregrinos. Y, entre ellos, andando, en coche, con blancos roquetes, con rojos capisayos, con simples sotanas y los ornamentos bajo el brazo, obispos, cardenales, patriarcas, mujerucas, chiquillos, embajadores, se encaminaban hacia la basílica. Ante mí se cruzan las sandalias de unas Hermanitas de Foucauld y la resplandeciente púrpura del cardenal Quiroga, un chavaa arrastrado por su madre y una vieja periodista americana, a la que empujan en un carrito de ruedas. Hay en todos los ojos una centelleante alegría, en la que se mezclan el gozo de asistir a un inolvidable acontecimiento sobrenatural con la prisa de conseguir un buen puesto en la basílica.

Cuando nuestros carnets de Prensa nos abren paso hacia el interior, quienes deberán quedarse en la plaza nos miran con envidia. Falta una hora para la ceremonia y hay ante la basílica unas cien mil personas.

El interior de San Pedro era un prodigio de luz y de color. ¿Excesivo? Sí, un poco excesivo; pero no íbamos sólo a celebrar una liturgia, sino también una fiesta. Un algo de decorado teatral le iba casi bien.

En el Aula Conciliar algunos monseñores revisaban los últimos detalles. Los miembros de las 85 misiones iban llegando con sus bandas nacionales, con sus entorchados levemente

²⁴ Texto del 11 de octubre de 1962 publicado en el libro *Un periodista en el Concilio*, volumen I (Editorial PPC, 1963).

fuera de sitio. Y, ante la tribuna de las embajadas, los 28 observadores, en los que se posan todos los ojos en este momento. ¿Qué pensarán estos hombres ahora? ¿Qué sentirán ante este prodigioso espectáculo de unidad? ¿Sabrán adivinar, tras el esplendor de los cortinajes, la sencillez del Pescador, la de todos los verdaderos católicos?

A través de un pequeño transistor intentamos seguir la ceremonia que está celebrándose en estos momentos, en la Capilla Sixtina. Apenas lo conseguimos. La basílica está materialmente cubierta de cables eléctricos y telefónicos que convierten en ruido las emisiones de Radio Vaticana. Logramos al fin oír el “Ave Maris Stella”, con el que comienza la ceremonia. Son las ocho y treinta y cinco. Bajo la invocación de María, la esposa del carpintero, comienza la más solemne aventura del siglo. Buena estrella del mar va a conducirnos.

Un río de mitras blancas ha comenzado a entrar en la basílica. Una procesión de un kilómetro de largo, semejante a un desfile de balandros en el mar. Vistas desde la cúpula nos darían, después, una impresión de antorchas oscilantes.

Y al fin -son las nueve y media- el Papa llega en la silla gestatoria. Todos lo hemos visto: entró llorando. Sus hermosos ojos alegres brillaban hoy más que nunca entre las lágrimas de la felicidad.

Toda la basílica se puso entonces en pie. Un cardenal pidió los prismáticos a su secretario y los dirigió hacia la figura del Papa. A cuatro de los observadores les pudo la curiosidad, abandonaron su sitio y se precipitaron materialmente hacia el centro para ver la llegada del Papa. Y los inflexibles guardias suizos, quizá por primera vez, rompieron la ceremonia dejándoles pasar. Los obispos dudaban si aplaudir al pasar el Papa ante ellos; alguno lo hacía como con miedo a faltar el respeto a la mitra que tenía entre las manos. Los preladados se miraban un poco indecisos unos a otros, como sin saber qué hacer. “A la hora de la verdad, en esto de los Concilios somos todos novatos”, me decía ayer uno. Cientos de fotógrafos improvisados disparaban sus máquinas. Y los profesionales, con sus teleobjetivos, largos como cañones, apuntaban sin cesar hacia todos lados como si de un momento a otro se les fuera a terminar el Concilio.

Luego volvió la calma a la basílica y comenzó la más solemne misa que recuerde la Historia. Sólo la presencia personal de Jesús hizo más soberanamente importante la del primer Jueves Santo. ¿O quizá era simplemente la misma ceremonia que se prolongaba veinte siglos después? Sí, esto era lo más hermoso que allí estaba sucediendo. No el esplendor, no el número, ni las luces, ni los colores. Uno sentía que lo importante de la ceremonia a la que estaba asistiendo era el calor que nos unía a todos, los unos a los otros, los vivos con los muertos, subiendo a lo largo de la historia de los veinte Concilios hasta llegar al día en que Jesús envió a sus apóstoles a predicar.

Uno sentía allí, viva como nunca, la alegría de ser hijo de la Iglesia. Y veía a esta Madre, más hermosa que nunca, adornada, no con oro, ni colgaduras, ni tapices, sino con las cuatro joyas únicas de su unidad, de su santidad, de su catolicidad, de su empalme directo con los apóstoles.

La procesión de los obispos, el rezo unánime del Credo cantaban la unidad de la Iglesia; todos hermanados en una misma fe, en una inalterable devoción hacia el Romano Pontífice, hacia el anciano que, bajo el baldaquino, reía entre lágrimas. ¿Qué pensarían, al contemplar esto, los 28 observadores? ¿No cruzaría por su corazón la más viva nostalgia de la unidad perdida? ¿Qué sintieron en el momento en que Juan XXIII se detuvo ante ellos e, inclinándose, les saludó con los brazos abiertos, con el corazón mucho más abierto que los brazos?

Allí estaba la Iglesia santa. A lo largo de la misa observé tenaz, curiosa, inquisitorialmente casi, los rostros de los obispos. Eran hombres que sabían orar, os lo aseguro. Pero oraban sin tensión, sin posturas falsamente ascéticas, naturales, humildes. Una santidad feliz,

tanto que, cuando durante el rezo de las letanías los nombres de los santos recorrieron la basílica, subieron a lo largo de los muros, lamiendo las estatuas de los santos fundadores, uno no sentía división entre la Iglesia militante que nosotros formamos y la Iglesia triunfante que ellos constituyen. Eran ambas dos Iglesias triunfantes, una, que ya descansa en el triunfo definitivo, y otra que, día a día, construye el humilde triunfo de Dios sobre la tierra.

Allí estaba también la Iglesia católica, la que no distingue de razas, de naciones, de colores, de pueblos, de edades, de modos de ser ni de pensar. Durante el desfile íbamos reconociendo a las figuras más egregias o conocidas del Episcopado: “Aquel es el obispo de Hiroshima”. “Aquel es el de Argel”. “Aquél, el de Nueva Orleans, que hace poco condenó a los racistas.” “Aquel es monseñor Mendoza, el obispo peruano, benjamín del Concilio con sus treinta y cuatro años,” “Aquél, monseñor Carinci, que el 9 de noviembre cumplirá los cien años”. Allí estaban todos, jóvenes muchos, nacidos más de la mitad en nuestro siglo, con una larga ancianidad los otros; con muchos años de episcopado bastantes, dos nombrados hace tan sólo cuatro días. Todos allí: los cercanos obispos de la Curia romana, y el lejanísimo de Nueva Zelanda que recorrió miles de kilómetros con el cuerpo, pero que no precisó traer su corazón, que siempre estuvo junto al de Pedro.

Allí estaba la Iglesia apostólica. En el lugar de honor de la basílica, la estatua de bronce del apóstol-piedra, coronada con la triple corona y el anillo del Pescador enfilado en el dedo. Allí su pie, gastado por el beso de los católicos desde hace ocho siglos, unidos, empalmados todos a los viejos apóstoles, a los doce pescadores que un día abandonaron las redes y comenzaron la locura de predicar las bienaventuranzas por el mundo y que han tenido desde entonces millones y millones de hijos locos en la fe. Allí las tumbas de los Papas contemplarían con gozo esta Iglesia por la que ellos lucharon, mas esplendorosa, más crecida que nunca, en la figura de los 2.488 preladados que asistieron a la apertura esta mañana.

Sí, uno sentía, como nunca ha sentido, la alegría de ser católico, la felicidad, jamás merecida, de haber sido llamado a esta casa de todos que es Roma.

Y en verdad que nunca ha sido Roma tan casa de todos como hoy, a las once y cinco de la mañana, mientras los cardenales, obispos, abades y patriarcas prestaban la obediencia a Juan XXIII. ¿Pero acaso era aquello una ceremonia de “obediencia”? El Papa los abrazaba a todos, les daba palmaditas en el hombro, les hablaba uno a uno, les contaba quién sabe qué cosas divertidas, veíamos brillar los blancos dientes de monseñor Rugamwa entre la risa, y las lágrimas resbalando por las mejillas del cardenal Wyszynski, lágrimas alegres, como las que disimuladamente se secó por segunda vez el Papa. ¿Y esto es la “obediencia” entre los católicos? ¿No hay ninguna solemnísima, seria, adusta inclinación? No, nada de eso, hasta el beso a los pies se hacía gesto casero, graciosamente filial ante la humanidad impresionante del hombre que Dios ha puesto al frente de su Iglesia.

Comenzaron después las letanías. Durante ellas dí una vuelta por las naves laterales de la basílica. En uno de los rincones había un gentilhombre que parecía una estampa arrancada del siglo XVI, con su vestido barroco, con su gorguera blanca. No se creía visto por nadie. Rezaba. Allí, lejos de la solemnidad, del colorido de la nave central, en una pequeña capilla arrinconada, un cristiano rezaba simplemente. En él sentí representados a los miles y millones de cristianos que habrán vivido esta mañana “su” concilio desde “su” rincón. Las monjas de clausura, los misioneros que en Africa sueñan aún con conocer la televisión, el labrador que esta mañana ha tenido que salir a arar los campos.

He salido después a la plaza. Son ya más de las doce y hay aún unas 50.000 personas que esperan la salida de los Padres. El cielo está abierto, clarísimo, en uno de estos días otoñales que justamente han hecho famosos los octubres romanos cuando el sol es alegre y todas las cosas toman “un color de hoja seca”.

La Oficina de Prensa está llena de periodistas que no han podido entrar en la basílica y siguen por televisión la ceremonia. Muchos de ellos -los que escriben para periódicos de la tarde- la ven ante la máquina de escribir, redactando sus crónicas al mismo ritmo que los acontecimientos se producen. Al fondo suenan los telex, comunicando ya con todas las redacciones del mundo. Hay un periodista a quien oigo redactando su crónica para Ginebra por teléfono. Otros hojean el discurso del Papa, que acaban de entregarles ya traducido, antes incluso de que el Papa lo pronuncie, con el compromiso de honor de no transmitirlo a sus periódicos hasta que no haya sido pronunciado.

Con el discurso en una mano y un pequeño transistor en la otra, me alejo de la basílica y me interno en las calles de Roma. El centro de la ciudad sigue su vida cotidiana. Los comercios abiertos, la gente sentada a las puertas de los bares. “Los romanos -dicen- ya lo han visto todo.” Y son muchos los hijos de la Iglesia que aún no han descubierto lo que está sucediendo. Oigo las palabras del Papa sobre este trasfondo de autobuses, de hombres precipitados que van a sus negocios, pasando ante un bar desde el que atruena la última canción de moda. Y pienso que nunca he comprendido mejor la necesidad de este Concilio. Una inyección de fe es necesaria. Sonríe al ver a una viejecilla que vende lotería en un rincón y que está escuchando, como yo, el discurso desde su transistor. “¿Usted no va a San Pedro, reverendo? -me pregunta- Yo -añade- ya hubiera querido ir, pero... hay que ganar para comer.”

Vuelvo a encaminarme hacia San Pedro, ahora más feliz. Quizá muchos de los que están lejos tienen el corazón más cerca de lo que pensamos. Y el discurso del Papa me va calando dentro. Estoy casi pálido de alegría de las cosas maravillosas que oigo. Sí, esto habrá que releerlo despacio, minuciosamente. Porque no es un discurso de cumplido, es todo el programa para un mundo distinto, un siglo en el que el mundo y la Iglesia no volverán a ser enemigos. Habrá que releerlo, reestudiarlo, saborearlo, sí.

Y heme aquí ya de nuevo en la basílica, justo a tiempo de recibir la última bendición del Papa. Es la una y veinte de mediodía. El Papa, traza sobre el mundo su bendición, y luego sus manos hacen un gesto curiosísimo: las echa hacia adelante, como si tratase de empujar su bendición para que llegara más lejos.

Después se aleja sobre la silla gestatoria, bendiciendo aún más, íntegramente feliz, con los ojos luminosos, sin lágrimas ahora.

El Concilio ha empezado. Releo ahora la preciosa oración que San Isidoro de Sevilla escribió para los Concilios de Toledo y que esta mañana ha rezado el Papa como apertura de este Vaticano II: “Hémos aquí, Señor, Espíritu de Santidad, cargados bajo el peso del pecado, pero reunidos en vuestro nombre. Venid y quedaos entre nosotros. Purificad nuestros corazones; inspirad nuestros actos y nuestra conducta; mostradnos lo que debemos hacer para, con vuestra ayuda, hacer en todo lo que vos queráis. No permitáis que faltemos a la justicia, vos que sois la misma equidad. Que la ignorancia no nos haga errar, ni la simpatía nos desvíe. Que ni el interés ni el favoritismo nos conduzcan al mal. Atanos con la eficacia de tu Gracia para que en nada nos apartemos de la verdad”.

Dios no podrá menos de escuchar esta humilde oración que toda la Iglesia ha levantado a El hace unas horas. Su Evangelio, como único guía, ha sido el centro de esta asamblea, colocado en un hermoso trono, más solemne, más central que el del mismo Pontífice. Porque el Evangelio dará al mundo la luz que el mundo necesita ahora que la Iglesia se dispone a mirarse en él como en un espejo. “Se dice que el mundo envejece -decía hace unas fechas el Papa-. No es verdad en absoluto, no envejece. Cristo lo rejuvenece todas las mañanas”.

Así es como un once de octubre de 1962, en medio del otoño, para la Iglesia nació una nueva e inesperada primavera. El sol que brilla en las alturas en el momento de escribir estas líneas, el hermoso cielo romano que ha recogido por vez primera bajo su cúpula a

2.500 obispos de todo el mundo, son testigos: la primavera ha venido. La nave del Concilio ha comenzado a bogar.

La caricia del Papa

“Cuando lleguéis ahora a vuestras casas encontraréis a vuestros hijos pequeños. Hacedles una caricia y decidles: “Esta es la caricia del Papa”. Al decir Juan XXIII esta frase ha estallado en la plaza de San Pedro uno de los más cálidos aplausos que la plaza conozca. Aplauso mezclado con risas, con gritos de júbilo, con flamear de pañuelos.

Si en estos momentos, mientras la noche de este memorable día cae sobre Roma, tuviéramos que resumir la impresión que permanece en el corazón de todos, sería sin duda ésta: el filial y apasionado amor hacia Juan XXIII. Sus torrentes de simpatía, su paternidad campechana, su alegría, pero sobre todo su espíritu evangélico, su amor universal y sencillo, le colocan en el corazón de todos. Parece imposible que se pueda conseguir mayor popularidad que la que tiene Juan XXIII entre los romanos.

La escena de esta noche ha sido inolvidable. El aspecto de la plaza de San Pedro, con la cúpula iluminada por grandes reflectores que parecían hacerla de alabastro, las dos fuentes lanzando un chorro de luz incandescente, las estatuas que coronan la columnata como puntos de luz entre las tinieblas. Y unas 400.000 personas en la oscuridad, expectantes, con la mirada vuelta hacia la ventana del Papa.

Serían las siete de la tarde cuando de tres de las calles que conducen a San Pedro ha comenzado a llegar la procesión de antorchas. Unos 25.000 jóvenes de Acción Católica y de la J. O. C. han trazado con sus llamas una gigantesca cruz en el centro de la plaza, una cruz oscilante y viva que venía a significar el júbilo con que el pequeño pueblo quiere festejar a los Padres conciliares en memoria de la gran procesión de antorchas con la que el pueblo de Éfeso celebró en el año 431, y en esta misma fecha, la proclamación de la divina maternidad de María.

A las siete y cuarto el Papa aparecía en la ventana de su cuarto. Y su palabra, rebosante de salud, nos llegaba a todos. Era un discurso como los clásicos de Juan XXIII: una charla improvisada, jugosa, paternal; dicho todo desordenadamente, montando unas ideas sobre otras, según surge todo del corazón de un hombre que lo tiene en los cielos. He procurado recogerlas lo más textualmente posible, respetando sus saltos de tema, sus golpes ocurrentes:

“Queridos hijitos: Oigo todas vuestras voces. La mía es una sola, pero resume todas las del mundo que está aquí representado. Fijaos: hasta la luna ha querido asomarse a este espectáculo. Terminamos una jornada de paz. Gloria a Dios en las alturas y en la tierra al hombre paz. Repetid muchas veces estas palabras de augurio. Y cuando veáis que la paz ya os une, pensad: he aquí lo que siempre debía ser la vida, y lo que será la eternidad.

Estoy contento de estar entre vosotros. Mi persona no cuenta nada. Es un hermano quien os habla, un hermano que, si se ha convertido en Padre, ha sido por pura voluntad de Dios.

Continuad queriéndoos los unos a los otros. Dejad a un lado todo lo que separa. Amarse es lo que importa. Somos hermanos. Lo de esta mañana ha sido magnífico. Un espectáculo que ni la basílica de San Pedro en sus cuatrocientos años de historia había conocido.

Os bendigo, e invoco a la Virgen para que os bendiga conmigo. Hacéis esta procesión como recuerdo del Concilio de Éfeso. Yo he estado allí y lo he visto con mis propios ojos. Bueno, no en los tiempos del Concilio, naturalmente.

El espectáculo que me ofrecéis ahora es magnífico, os aseguro que no se borrará jamás de mi memoria. Ahora, al volver a vuestras casas, os encontraréis a vuestros hijos pequeños. Hacedles una caricia y decidles: esta es la caricia del Papa.

Y ahora atended, que ya voy a daros la bendición a la vez que os doy las buenas noches. Entramos ahora en un año en que tendremos que vernos muchas veces. Un año. Bien, el Concilio ha empezado ahora. Veremos cuándo termina. De momento trabajaremos hasta Navidad. Pero a lo mejor no acabamos. Hay muchas cosas de que hablar, e igual en dos meses no terminamos de ponernos de acuerdo en todo. Dios dirá. Hala, y ahora os doy mi bendición.”

Pero aún no había terminado, pocos segundos después de entrar en su cuarto volvió a salir de nuevo a la ventana. “Vuelvo otra vez -dijo- porque quiero presentaros a mis colaboradores. Estoy aquí, trabajando con ellos y quiero que también les mandéis un aplauso a ellos y que vean este magnífico espectáculo.”

Y, volviéndose hacia dentro, añadió: “Venid, venid afuera. Este es mi Secretario de Estado. Un gran hombre, ¿sabéis? No creáis que se ha formado ahí, al lado. Ha corrido medio mundo y ha trabajado mucho. Hasta en América, fijaos. Bueno, ha recorrido todos los continentes. Y ahora quiero daros otra bendición, y luego ya os dejo ir, porque se va haciendo tarde y la buena noche también hay que respetarla”.

Así acaba esta jornada, que comenzó bajo el signo de la Iglesia y termina bajo el de este Padre inolvidable. La Iglesia está en buenas manos. Si esta mañana el Evangelio estaba en el centro de la basílica, en un trono, esta tarde ha encontrado un trono aún más hermoso en el corazón de Juan XXIII, perfecta encarnación del Buen Pastor.

Ahora ya sabemos lo que será este Concilio: un esfuerzo por poner el Evangelio en el centro del mundo. Esta sí que será la más hermosa de las aventuras que un cristiano ha podido soñar.



“¡Creí, prometí, sané!” Artémides Zatti: Evangelio de la Vocación e Iglesia del Cuidado

Ángel Fernández Artime, SDB

“El mosaico de nuestros santos y beatos, aun siendo bastante rico en cuanto a representatividad –Fundador, Cofundadora, Rectores Mayores, misioneros, mártires, sacerdotes, jóvenes– carecía todavía de la pieza preciosa de la figura de un Coadjutor. Ahora también esto se está realizando”²⁵.

Así comenzaba don Juan Edmundo Vecchi, octavo Sucesor de Don Bosco, su carta con motivo de la beatificación de Artémides Zatti.

Si al «mosaico de nuestros santos» le faltaba una pieza, hoy este mosaico tiene un brillo muy especial porque, dentro de unas semanas, se nos dará un gran regalo del Señor: ver a uno de los hijos de Don Bosco, Coadjutor salesiano, emigrado italiano en Argentina y enfermero, canonizado por el papa Francisco el próximo 9 de octubre de 2022.

Artémides Zatti será, por tanto, *el primer santo salesiano no mártir en ser canonizado*. Sin duda la canonización del primer santo salesiano y de un salesiano Coadjutor da y dará un toque de plenitud a la serie de modelos de espiritualidad salesiana que la Iglesia declara oficialmente como tales.

Reporto el hermoso testimonio personal, lleno de hondura espiritual y de fe, realizado por Artémides Zatti en 1915 en Viedma, con motivo de la inauguración de un monumento funerario colocado sobre la tumba del padre Evasio Garrone (1861-1911), un salesiano misionero benemérito y considerado por Artémides insigne bienhechor.

«Si estoy bueno y sano y en estado de hacer algún bien a mis prójimos enfermos, se lo debo al padre Garrone, Doctor, que viendo que mi salud empeoraba cada día, pues estaba afectado de tuberculosis con frecuentes hemoptisis, me dijo terminantemente que, si no quería concluir como tantos otros, hiciera una promesa a María Auxiliadora de permanecer siempre a su lado, ayudándole en la cura de los enfermos y él, confiando en María, me sanaría.

²⁵ J. E. VECCHI, *Beatificación del coadjutor Artémides Zatti: una novedad interpelante*, en ACG 376 (2001), 3.

CREÍ, porque sabía por fama que María Auxiliadora lo ayudaba de manera visible.

PROMETÍ, pues siempre fue mi deseo ser de provecho en algo a mis prójimos. Y, habiendo Dios escuchado a su siervo, **SANÉ**. [Firmado] Artémides Zatti».

Vemos que la vida salesiana de Artémides Zatti, según este testimonio, se basa en tres verbos que testimonian su solidez generosa y confiada. Para valorar el don de la santidad de este gran Salesiano Coadjutor, queremos meditar estos tres verbos y sus extraordinarios frutos de bien, para que toquen profundamente los anhelos, los sueños y los compromisos de nuestra Congregación y de cada uno de nosotros y promuevan en todos una renovada y fecunda fidelidad al carisma de Don Bosco.

Perfil de Artémides Zatti²⁶

Artémides Zatti nació en Boretto (Reggio Emilia) el 12 de diciembre de 1880 de Albina Vecchi y Luigi Zatti. La familia campesina lo educa para una vida pobre y laboriosa, iluminada por una fe sencilla, sincera y robusta, que orienta y nutre la vida.

A la edad de nueve años, Artémides, para contribuir a la economía familiar, trabaja como jornalero en una familia acomodada.

En 1897 los Zatti emigraron a Argentina y se establecieron en Bahía Blanca. Artémides llega a esta ciudad a la edad de diecisiete años y, en el ámbito familiar, aprende pronto a afrontar las penurias y responsabilidades del trabajo. Encuentra trabajo en una fábrica de ladrillos y, al mismo tiempo, cultiva y madura una profunda relación con Dios, bajo la guía del salesiano don Carlo Cavalli, su párroco y director espiritual. Artémides encuentra en él un verdadero amigo, un confesor sabio y un auténtico y experto director espiritual, que lo educa en el ritmo diario de la oración y en la vida sacramental semanal. Con don Cavalli establece una relación espiritual y de colaboración²⁷. En la biblioteca de su párroco tuvo la oportunidad de leer la biografía de Don Bosco y quedó fascinado. *Fue el verdadero inicio de su vocación salesiana.*

En 1900, a la edad de veinte años, Artémides, invitado por el padre Cavalli, pidió ingresar al aspirantado salesiano de Bernal, localidad cercana a Buenos Aires.

Sin embargo, en 1902, ya próximo a entrar en el noviciado, Artémides contrajo tuberculosis. Don Vecchi cuenta en su carta: «Seguros de su responsabilidad, los Superiores le confiaron la asistencia de un joven sacerdote enfermo de tuberculosis. Zatti desempeñó con generosidad el encargo, pero poco después acusó la misma enfermedad»²⁸.

Gravemente enfermo, regresó a Bahía Blanca y don Cavalli lo envió a Viedma, encomendándolo al cuidado del salesiano don Evasio Garrone, competente –gracias a su dilatada experiencia– en las artes médicas y director del hospital San José fundado por Mons. Cagliero.

Me parece muy significativo recordar que Artémides en Viedma se encontró con Ceferino Namuncurá –hoy beato– procedente de Buenos Aires y que como él padecía

²⁶ He decidido trazar un perfil breve y sobrio. Los que quieran conocer más sobre la vida de Artémides Zatti pueden encontrar varias biografías sobre el próximo Santo y también leer el perfil biográfico de la carta de don Vecchi a la que me he referido anteriormente.

²⁷ Cf. *Positio*, p.35.

²⁸ Cf. J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 16 y Cf. *Positio*, p. 47.

la tuberculosis. Los dos, aunque de edades diferentes, viven en una relación cordial y amistosa, hasta que Ceferino partió en 1904 para Italia con Mons. Juan Cagliero.

Después de dos años de tratamiento en Viedma con resultados insatisfactorios, don Garrone invita a Artémides a pedir la curación por intercesión de la Santísima Virgen, haciendo voto de dedicar toda su vida al cuidado de los enfermos. Formulado el voto con fe viva, Artémides obtiene la curación y, en 1906, comienza el noviciado.

Debido a los riesgos asociados a su estado de salud anterior, Artémides tuvo que renunciar a la intención de ser sacerdote y profesar como Coadjutor entre los Salesianos de Don Bosco el 11 de enero de 1908. Este hecho supuso para Artémides un gran crecimiento en la fe. De hecho, no abandona el deseo de ser salesiano sacerdote y sigue pensando en la vocación sacerdotal en la Congregación Salesiana, especialmente cuando la salud parecía mejorar. Por eso es conmovedor constatar el apego inquebrantable a la propia vocación, manifestado incluso cuando la enfermedad parecía impedir absolutamente este camino. Leemos, por ejemplo, lo que escribe a sus familiares el 7 de agosto de 1902: «Os hago saber que no era solo deseo mío, sino también de mis Superiores, el vestir la santa sotana; pero hay un artículo en la Santa Regla que dice que no puede recibir el hábito uno que padezca la más pequeña cosa en la salud. Así que, si Dios no me ha encontrado digno del hábito hasta ahora, confío en vuestras oraciones para sanar pronto y de este modo satisfacer mis deseos»²⁹.

Pero al final los Superiores, dadas todas las circunstancias de enfermedad e incluso de edad (23-24 años), deben proponer a Zatti que profese como Salesiano Coadjutor. Es cierto que «era la entrega total a Dios en la vida salesiana a lo que Artémides aspiraba en primer lugar»³⁰.

También, en este punto decisivo de su vida, Zatti hace un camino de madurez. Leemos de nuevo en la carta de don Vecchi: «¿Sacerdote? ¿Coadjutor? Decía él mismo a un hermano: “Se puedes servir a Dios sea como sacerdote sea como Coadjutor: delante Dios una cosa vale tanto como la otra, con tal que se la viva como una vocación y con amor”»³¹.

El 11 de febrero de 1911 hizo sus votos perpetuos y, en el mismo año, tras la muerte de don Garrone, asumió, primero como encargado de la farmacia anexa al hospital San José de Viedma, y, luego, –a partir de 1915– como responsable del mismo hospital. El hospital y la farmacia se convertirán en el campo de trabajo de Artémides.

Así, a partir de 1915, durante 25 años, con gran energía, sacrificio y profesionalidad, Zatti será el alma del hospital que, sin embargo, deberá ser demolido en 1941: los superiores Salesianos deciden utilizar los terrenos ocupados hasta entonces por la estructura sanitaria para la construcción del obispado. Artémides sufre intensamente ante la idea del derribo, pero con espíritu de obediencia acepta la decisión y traslada a los enfermos a las instalaciones de la Escuela Agrícola de San Isidro donde crea una nueva estructura para el cuidado y asistencia de los enfermos y los pobres.

Tras otros años de intenso servicio, ya exonerado de las responsabilidades de la administración sanitaria, en 1950, tras una caída durante un trabajo de reparación, los exámenes clínicos encontraron un tumor en el hígado para el que no había cura. Acoge y vive con conciencia la evolución de la enfermedad. De hecho, ¡él mismo prepara, para el médico, el certificado de su propia muerte! Los sufrimientos no fueron pocos, pero pasó los últimos meses esperando el momento final preparado para el encuentro con el Señor. Él mismo dice: «Hace cincuenta años vine acá para morir y he llegado hasta este

²⁹ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 19 y *Positio*, p. 79.

³⁰ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 20.

³¹ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 22 y *Summarium*, p. 310, n. 1224.

momento, ¿qué más puedo desear ahora? Por otra parte, me he pasado toda mi vida preparándome a este momento...»³².

Su muerte se produjo el 15 de marzo de 1951 y la difusión de la noticia movilizó a la población de todo Viedma para un homenaje de agradecimiento a este Salesiano que dedicó toda su vida a los enfermos, especialmente a los más pobres. De hecho, «toda Viedma saludó al “*pariente de todos los pobres*”, como le llamaban desde hace tiempo; aquel que siempre estaba disponible para acoger a los enfermos especiales y a la gente que llegaba de los campos lejanos; aquel que podía entrar en la más dudosa de las casas a cualquier hora del día o de la noche, sin que nadie pudiera insinuar la mínima sospecha sobre él; aquel que, aun estando siempre en números rojos, había mantenido una relación singular con las instituciones financieras de la ciudad, siempre abiertas a la amistad y a la colaboración generosa con los que componían el cuerpo médico de la pequeña ciudad»³³.

El funeral, con la impresionante afluencia de público, confirmó la fama de santidad que rodeaba a Artémides Zatti y que solicita la apertura del proceso diocesano en Viedma (22 de marzo de 1980). El 7 de julio de 1997 Zatti fue declarado venerable y el 14 de abril de 2002 fue proclamado beato por san Juan Pablo II.

La pedagogía de Dios en sus santos

Para acercarse a la figura de Artémides Zatti, es preciosa la guía de un principio teológico, denso de significado y repetido por Hans Urs von Balthasar,

«Solo la imagen [de Jesús] que el Espíritu presenta a la Iglesia ha sido capaz, a lo largo de milenios de historia, de transformar a los hombres pecadores en santos. Precisamente sobre la base de este criterio del poder de transformación se debería medir el valor de una interpretación de Jesús que pretenda transmitirnos un conocimiento de Él»³⁴.

Con estas palabras, Balthasar subraya una evidencia que ha acompañado siempre la historia de la Iglesia: la acción del Espíritu se manifiesta como fuerza transformadora de la vida humana, dando testimonio de la perenne actualidad y vitalidad del Evangelio. De este modo la buena noticia de Jesús sigue viviendo y difundiéndose según la regla de la encarnación y, especialmente en la carne y en la vida de los santos, por su profundo consentimiento al Espíritu, la Pascua resplandece en la actualidad histórica del *qui* y del *ora* siempre, nuevos, donde maduran los prodigios que confirman la fe de la Iglesia.

Los santos son, pues, realizaciones del Espíritu que ofrecen, con la sencillez de una vida transfigurada, rasgos precisos del Hijo, entregados por el Padre al trabajo del mundo, en la actualidad de un tiempo y en la proximidad de los lugares necesitados de salvación y de esperanza.

Si Dios guía a su Iglesia a través de la vida obediente de sus hijos más dóciles y audaces, en la historia de cada uno de ellos deben resplandecer, ante todo, reflejos del Evangelio que transforman *una biografía ferial en hagiografía* y luego se deben reconocer semillas pascuales, capaces de suscitar caminos renovados eclesiales en el pueblo de Dios.

³² J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 27.

³³ *Ibidem*, p. 27-28.

³⁴ H.U. VON BALTHASAR, *Gesù ci conosce? Noi conosciamo Gesù?*, Morcelliana (= Il Pellicano), Brescia 1981, 95. [Hay traducción española: *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?*, Editorial Herder, Barcelona 1982].

Artémides Zatti confirma esta regla de la santidad: la hagiografía es la luz del Espíritu liberada por la sencillez de su biografía, tan convincente porque está habitada en plenitud de humanidad, y tan sorprendente como para hacer visible «un cielo *nuevo* y una tierra nueva» (Ap 21, 1); así, las semillas pascuales, donadas por la vida de este Salesiano Coadjutor al campo del mundo, han transformado lugares de sufrimiento – los hospitales de San José y de San Isidro– en semilleros de la esperanza cristiana, extraordinariamente radiantes. «Se trata de una presencia en lo social, toda animada por la caridad de Cristo que lo impulsaba interiormente»³⁵.

Es posible entonces meditar sobre el don que el Espíritu da al mundo, a la Iglesia, a la Familia Salesiana con la santidad de Zatti, deteniéndose primero en el brillo de su biografía –un Evangelio, plenamente encarnado de la vocación, de la confianza y de la entrega– para considerar, después, la fuerza pascual de su apostolado que ha edificado, en sus hospitales, la Iglesia del cuidado, de la proximidad, de la salvación, de la corredención, para alimentar la fe del pueblo de Dios.

Si queremos expresar brevemente el secreto que inspiró y guio la vida, los pasos, las obras, los compromisos, la alegría, las lágrimas... de Artémides Zatti, las palabras de don Vecchi al respecto son exhaustivas: «*En el seguimiento de Jesús, con Don Bosco y como Don Bosco, en todas partes y siempre*»³⁶.

1. Un hombre de evangelio

1.1. El Evangelio de la vocación: «Creí»

La historia de Artémides Zatti llama la atención, sobre todo, por su particularidad vocacional. Una vocación luminosa porque fue purificada por una misteriosa pedagogía de Dios que se despliega en su vida a través de mediaciones y situaciones diversas y exigentes. La vida cristiana es el aliento compartido de la familia de Artémides, que lo lee todo a la luz del misterio de Dios; será la segunda patria argentina, alcanzada con la emigración, donde se muestre el enraizamiento de los Zatti en una fe poco común. El cardenal Cagliero escribe:

«Nuestros compatriotas, incluso los que pertenecen a las poblaciones más religiosas de Italia, han llegado aquí y parece que cambien de naturaleza. El amor desmedido por el trabajo, la indiferencia religiosa dominante en esos pueblos, los muy frecuentes malos ejemplos [...] obran una increíble transformación en el espíritu y en el corazón de nuestros buenos campesinos y artesanos, que a cambio de algún escudo que ganan, pierden fe, la moralidad, la religión»³⁷.

La familia Zatti no sucumbirá a la influencia del ambiente, señalándose al contrario por una práctica religiosa ferviente, sincera, valiente, libre de respeto humano; y Artémides seguirá alimentando en la familia una intensa relación con Dios, sustentada en la oración, la laboriosidad, la rectitud, para que

«todo nos lleva a creer [...] que la formación religiosa que el siervo de Dios recibió desde niño y en su primera juventud [...] debió ser privilegiada y tal que explica las actitudes espirituales que, después, mantuvo a lo largo de su vida»³⁸.

La experiencia de Artémides refleja la luminosa discreción de la «alta medida» de la vida cristiana ordinaria» «(*Novo millennio ineunte*, 31), fruto de un arraigo exclusivo

³⁵ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 29.

³⁶ *Ibidem*, 30.

³⁷ *Positio*, 31.

³⁸ *Ibidem*, 21.

en Dios, de una fe vivida como una obediencia valiente y radiante porque es libre, feliz y fecunda.

Cuando el Salesiano don Cavalli, párroco y guía de Artémides por los caminos del Espíritu, deberá apoyar su orientación definitiva de vida, el discernimiento será sobrio y claro: notará que la llamada a entregarse totalmente a Dios, como sacerdote, resuena en el corazón de ese joven de un modo íntegro y puro, no contaminado por la búsqueda de sí mismo y del propio interés, sino encendido por el deseo de servir al Evangelio del Reino.

Y Dios, por la singular disponibilidad de Artémides al don de sí mismo, no se limita a llamar, sino que puede extenderse, con el signo incontrovertible de su presencia: la cruz del Hijo. Así, el sello de la predilección de Dios se hace reconocible en el corazón del discernimiento vocacional de este joven deseoso de ser sacerdote: Artémides, acogido en Bernal como aspirante, es solicitado para un arriesgado servicio, el cuidado de un sacerdote tuberculoso –como se mencionó anteriormente–. El servicio sin cálculo lleva a Artémides a contraer a su vez la enfermedad que requerirá el sacrificio del sueño vocacional: Zatti será Salesiano, pero no sacerdote.

Aquí reconocemos el poder del Evangelio aceptado incondicionalmente en la vida de los santos; un poder que suscita una respuesta vocacional pura porque está custodiada por un corazón no solo desprendido del mal –condición esencial para escuchar la voz de Dios– sino capaz de libertad también respecto al bien, condición esencial de una fe pétrea en el Absoluto de Dios.

Caminando en oscuridad luminosa de la fe, Artémides sacrifica el deseo de servir a la Iglesia en la forma ministerial del sacerdocio, abrazando, sin embargo, su esencia, según Cristo, «quien, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha» (*Heb 9.14*).

Las características del *Evangelio de la vocación* se reconocen así, indelebles, en la plenitud del sacrificio de sí mismo que sella el principio de la vida salesiana de Zatti mucho antes de coronar su plenitud.

Y la fidelidad a la forma laical de vida salesiana, abrazada por puro amor de Dios, será plena y convencida, lejos de todo pesar, desenvuelta en una existencia convincente y contenta.

Este es el evangelio de la vocación, la buena noticia de la llamada de Dios reservada individualmente para cada uno de sus hijos, llamada de la que solo Dios conoce el significado, los motivos, el destino, el desarrollo concreto. Una llamada que se hace perceptible solo en la pura correspondencia del amor que, a su vez, «quiere librarse del adversario más peligroso: la propia libertad de elección. Todo amor verdadero tiene, pues, la forma interna del voto: está ligado al amado, en razón del amor y en el espíritu del amor»³⁹.

El Evangelio de la vocación, en la santidad de Zatti, es el evangelio de la pura fe: la buena noticia del respirar sano del corazón que saborea la libertad en la obediencia al plan de Dios, custodio del misterio de cada vida llamada a ser rama fecunda de la Vid verdadera, encomendada a la sabiduría del «Labrador» (*Jn 15, 1*).

Leída con las «categorías» de nuestro tiempo, la santidad de Artémides Zatti suscita así «miedo vocacional», un miedo que oprime el corazón en la desconfianza ante el misterio de Dios. *El Evangelio de la vocación* anunciado por la vida de este santo Salesiano Coadjutor muestra que, solo correspondiendo al sueño de Dios, es posible, en cada edad

³⁹ H.U. VON BALTHASAR, *Gli stati di vita del cristiano*, Jaca Book, Milano 1985, 34. [Hay traducción española: *Estados de vida del cristiano*. Ediciones Encuentro, Madrid 1994].

y en cada situación, vencer la parálisis del yo, con la pobreza de su mirada y de sus medidas, con la angustia de su incertidumbre y de su miedo.

Cuando don Garrone –Salesiano él mismo de eminente virtud, así como de gran competencia médica, adquirida en el generoso servicio a los enfermos– exhorta a Artémides, enfermo de tuberculosis, a pedir la gracia de la curación por intercesión de la Virgen y con voto de dedicarse durante toda la vida a los enfermos, la fe de Zatti da buena prueba de sí misma: sencilla, desinteresada, sin reservas, encerrada en una palabra: «¡Creí!».

«Creí», o cuando basta una palabra para decir la fe, porque la fe es pura; y solo esta fe es vocacionalmente generosa, por la ligereza de su pureza que «da alas al corazón y no cadenas a los pies».

La santidad de Artémides Zatti llega a nuestros caminos vocacionales, a veces cansados y pesados, con la fuerza interpelante de un «creí» que nunca ha fallado: el presente de la fe que se hace continuo a lo largo de la vida y la hace creíble. La suya era una fe con una *continua unión con Dios*. En los testimonios recogidos así se expresa monseñor Carlos Mariano Pérez: «La impresión que recibí fue la de un hombre unido al Señor. La oración era como la respiración de su alma, todo su comportamiento demostraba que vivía plenamente el primer mandamiento de Dios: lo amaba con todo su corazón, con toda su mente y con toda su alma»⁴⁰.

Estamos llamados a valorar el testimonio de Zatti para renovar el ardor de nuestra pastoral vocacional y para ofrecer a los jóvenes el ejemplo de una vida que la solidez de la fe hace plena, sencilla, valiente, por la fuerza del Espíritu y la docilidad del llamado.

1.2. El Evangelio de la confianza: «Prometí»

El Evangelio de la vocación, del que Zatti es testigo, anima un segundo verbo de fundamental importancia: prometer.

Hoy experimentamos a menudo la debilidad de las promesas humanas, el miedo a la falta de fiabilidad, constatamos la incapacidad de ser definitivas: de ahí los inviernos vocacionales que están afectando a la familia, a la Congregación en muchas partes del mundo, a la Iglesia, y que hacen urgente el anuncio del Evangelio de la llamada de Dios y de la respuesta del creyente.

Von Balthasar, reflexionando sobre la esencia de la vocación, fruto de la fe auténtica, escribe así: «No hay ningún camino hacia el amor sin, al menos, un indicio de este *gesto de entrega*. [...] [El amor] definitivamente quiere recuperarse, entregarse, confiarse, encerrarse. Quiere depositar en el amado, de una vez por todas, su libertad de movimiento, para dejarle una prenda de amor. Tan pronto como el amor despierta verdaderamente a la vida, el momento temporal quiere *ser superado en una forma de eternidad*. Amor a tiempo, amor a interrupción nunca es verdadero amor»⁴¹.

Artémides Zatti, aún joven y precisamente en un gran momento de prueba, siente la llamada a la plenitud del compromiso de sí mismo en una promesa irrevocable y radical; cuando en edad madura, dando testimonio de su gratitud hacia el padre Evasio Garrone, su benefactor, recuerda los inicios de su propio camino de consagración, Zatti podrá ser

⁴⁰ *Summarium*, p. 43, n. 160.

⁴¹ H.U. VON BALTHASAR, *Gli stati di vita del cristiano*, 34. [Hay traducción española: *Estados de vida del cristiano*. Ediciones Encuentro, Madrid 1994].

sucinto al presentar el corazón de su juvenil adhesión a la llamada del Señor: «Creí, prometí».

El «prometí» de Zatti sigue a su «creí», pero también configura su radicalidad y su calidad humana y cristiana. Artémides cree porque promete y no solo promete porque cree: en él vemos cumplida la regla de la fe que, si no puede contar con la disponibilidad para prometer, para entregarse, cae en el interés espiritual, en la previsión y en el contrato religioso.

Zatti no espera garantías para dedicar arriesgadamente su vida, no pide cobrar el derecho al «céntuplo aquí abajo» como condición previa para echar las redes; más bien «se ofreció con pronta disponibilidad para asistir a un sacerdote enfermo de tuberculosis y contrajo la enfermedad: no dijo una palabra de queja, aceptó la enfermedad como don de Dios y sobrellevó las consecuencias con fortaleza y serenidad»⁴².

Así, la generosidad de Artémides es pagada, incluso antes de la profesión religiosa, y el precio es alto: una enfermedad debilitante, un sueño vocacional destrozado, un sufrimiento agudo y, sobre todo, una incertidumbre total. Pero en la encrucijada de la fe y la promesa el *Evangelio de la vocación* realiza en esta vida, desde la juventud, prodigios de santidad.

La promesa de Zatti es pura, desinteresada, como su fe, y hace resplandecer la integridad del abandono al plan de Dios y la generosidad de la entrega y del compromiso de sí mismo, mostrando auténtica profundidad teológica: Artémides hace suya la vida del Hijo obediente que se deja totalmente decidir y destinar, por el amor del Padre, a la salvación del mundo.

El alfabeto vocacional de Zatti es tan profundo como sencillo y claro: «Creí, prometí. Zatti cree y promete con radicalidad evangélica porque ya ha practicado la Pasión del Señor como regla de su fe y entrega, como no se cansa de repetir en sus cartas a su familia: “Nuestros gozos son las cruces, nuestro consuelo es sufrir, nuestra vida son las lágrimas, pero con la compañera siempre querida e inseparable a nuestro lado, la esperanza de llegar al hermoso paraíso, cuando se complete nuestra peregrinación en la tierra”»⁴³.

La cruz es la regla de la fe, y enseña cómo el creer cristiano no es simplemente saber algo, sino confiarse a Alguien, prometiéndole no algo, sino uno mismo. Formado por la cruz, Artémides, incluso antes de emprender el camino de la vida religiosa, no *promete* sino que *se promete*, no *hace voto*, *se vota*, y así refleja los rasgos del Hijo que «al entrar en el mundo, [...] dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo. No aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: “He aquí que vengo –pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí– para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad» (*Heb 10: 5-7*).

Y, siempre en la escuela del Señor Jesús, Zatti aprende que la radicalidad de la promesa de sí mismo corresponde a la creciente audacia de la fe. Quien se entrega completamente a Dios puede abandonarse a la certeza de recibir todo de Él, y Artémides no se cansa de recordar esto en sus cartas: «Os recomiendo que no tengáis miedo ni vergüenza de pedir gracias. Pedid y obtendréis; y cuanto más pidáis, más obtendréis; porque el que pide mucho recibe mucho, el que pide poco recibe poco; y el que nada pide, nada recibe. [...] No os voy a enumerar las gracias que tenéis que pedir; bien lo sabéis vosotros. Solo pongo una ante vuestros ojos: y es esa, que todos nosotros podamos amar y servir a Dios en este mundo y luego gozarle en el otro»⁴⁴.

⁴² *Positio*, 206 (Perfil espiritual del siervo de Dios).

⁴³ *Positio super scriptis* 12.

⁴⁴ *Carta al padre*, Viedma, 15 de junio de 1908.

1.3. El Evangelio de la dedicación: «Sané»

«Sané» es el verbo con el que Zatti sella el acontecimiento que lo introduce en la vida salesiana.

¿Qué significa «sané»? Ciertamente la tuberculosis que había minado su salud fue superada por Zatti y de una manera que sorprendió a los médicos: «En el proceso de Viedma el tribunal se pregunta si la curación fue milagrosa. Hasta donde sabemos, la instantaneidad no pudo calificarla como tal, pero, según los médicos [...] que conocieron bien a Zatti hasta su muerte, fue extraordinaria por la escasez y la poca eficacia de los tratamientos en ese momento, por la continuidad de la curación y por la más que normal fortaleza física de la que disfrutó siempre el siervo de Dios, a pesar de su vida de penurias. La intervención de la Virgen parece innegable, ya fuese un milagro o una gracia extraordinaria»⁴⁵.

El dedo de Dios, sin embargo, actuó según su estilo inconfundible: no erradicó el mal devolviendo la vida de Artémides a las condiciones anteriores a la enfermedad, ni desentrañó el misterio propio de todo designio divino y de toda existencia humana. Así, como sabemos, «los Superiores, aun constatando las mejorías en la salud del siervo de Dios, no debieron de estar plenamente persuadidos de sus futuras posibilidades. La tuberculosis, en aquellos días, no daba nunca seguridad de curación definitiva; el curriculum de estudios que el Siervo de Dios habría debido afrontar, a su edad (23-24 años), era todavía largo y ciertamente no conveniente para un tuberculoso. Él, por otra parte, ya había comenzado a trabajar, y todo lo hace suponer, con éxito y con satisfacción recíproca en la Farmacia en una ocupación propia de un seglar; tal vez el mismo padre Garrone hacía alguna presión para tenerlo consigo en su trabajo. Los Superiores, dadas todas estas circunstancias, debieron de proponer a Zatti –que ciertamente, por todo lo que consta en sus escritos, había decidido dejar el mundo y consagrarse a Dios– que perseverara en su propósito de consagrarse a Dios, que profesara como salesiano coadjutor (hermano laico): la solución parecía la más prudente en vista de su salud aún incierta: un trabajo material requería menos esfuerzo que el exigido por un largo período de estudios severos»⁴⁶.

El misterio de Dios se espesa con la curación; y, a la fe de Artémides, se le pide una purificación quizás más severa que la que impone la pérdida de la salud: el sacrificio de la orientación vocacional. Así, Artémides es llevado a profundizar el camino de purificación que Dios le exige: la liberación de la enfermedad no es una recuperación de las fuerzas, que permite a un joven emprendedor «recuperar la vida». A su manera, la curación es el desierto de una nueva pobreza, para que la vida de Zatti sea un espacio libre para Dios en la radicalidad de un nuevo abandono.

Dios cura a Artémides de la tuberculosis para renovar en él el prodigio de la salvación del apego a sí mismo, del desapego incluso de sus propios proyectos de bien: «Es de creer que el abandono de la aspiración al sacerdocio fue para el siervo de Dios un gran sufrimiento espiritual, tal era el entusiasmo y el espíritu de sacrificio con que había emprendido el camino hacia esta meta. Sin embargo, es maravilloso, y un indicio de extraordinaria fuerza espiritual, que nunca aparezca una palabra de lamentación o incluso de pesar y de nostalgia [...] por este cambio en la perspectiva de su vida»⁴⁷.

«Sané» es entonces la voz de la coherencia del alfabeto vocacional de Zatti. Cuando Dios llama y su criatura responde, el Espíritu no se limita a reparar la precariedad humana sino que cumple el sueño de Dios: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

⁴⁵ *Positio*, 75-76.

⁴⁶ *Positio*, 80; cf. J. E. VECCHI, *o.c.*, p.19-20.

⁴⁷ *Positio*, 81.

Así, si la enfermedad inclina al corazón humano a replegarse sobre sí mismo, el creer y el prometer de Zatti, alimentados por el amor al Señor Jesús y a la Cruz, producen la verdadera salud: un mayor olvido de sí mismo y una condescendencia incondicional hacia Dios, que lo lleva ser el humilde apóstol de los más pobres, de los enfermos y, entre ellos, convertirse en apóstol de los casos más extraños; en fin, de los abandonados y desechados de este mundo.

Artémides renacido a una mayor pobreza se entrega más, en plena y activa confianza, al plan del Padre: «*Ex auditu* puedo decir que [en la vida del siervo de Dios] hubo una voluntad general de que Dios fuese glorificado. Por lo que le conocí puedo asegurar que vivía para la gloria de Dios»⁴⁸.

La subordinación de todo a la gloria de Dios y el sacrificio de los propios proyectos – incluidos los proyectos de bien– en favor de la sabiduría de Dios, que es la única que realiza la plenitud del Amor, serán esenciales no solo para la experiencia espiritual de este Salesiano extraordinario, sino también a la *pedagogía del dolor* que deberá practicar por la especificidad de su misión.

En el «sané» de Zatti se cumple no solo una gracia sino una escuela, y ambas son moldeadas por el dedo de Dios para el bien de los hermanos: libre de la enfermedad, Artémides servirá a los enfermos toda la vida, después de haber pasado por la *verdadera curación* que le hará *verdadero médico* de las criaturas sobre las que se inclinará.

«Hacía a menudo la señal de la Santa Cruz y se la hacía hacer a los enfermos, le encantaba enseñársela a los niños. En él la fe y las medicinas formaban una simbiosis, sin fe no curaba y tampoco sin medicinas. Tampoco veía una dicotomía entre el alma y el cuerpo; el hombre era una sola cosa, y cuidaba de este hombre: cuerpo y alma»⁴⁹.

Solo porque fue llevado de la mano de Dios a experimentar la curación como morir a sí mismo, Zatti podrá acercarse a los enfermos con el fármaco del Amor Encarnado y Crucificado, dispensando consuelo, luz y esperanza.

2. Un testigo de la Pascua

Si en la vida de Zatti —por el modo en que fue alcanzado por la llamada de Dios— resplandece de forma original y muy actual el *Evangelio de la vocación*, su siembra apostólica se realiza como arte del cuidado en la luz de la Pascua.

La coherencia pascual es la regla de fidelidad de todo apostolado cristiano: en los santos, la práctica de esta regla alcanza su esplendor, llevando la vida de Dios a las fatigas de los hombres, de la historia, del mundo, edificando así la Iglesia.

Zatti practicó con pasión pascual el cansancio del sufrimiento humano y construyó así la Iglesia como un verdadero hospital de campaña (como sigue repitiendo hoy el papa Francisco), precisamente transformando dos hospitales que surgieron «en el fin del mundo» en células vivas del Iglesia.

Los hospitales de San José primero y de San Isidro después fueron, entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, un recurso sanitario precioso y único para la atención, sobre todo, de los pobres de Viedma y de la región de Río Negro: el heroísmo de Zatti los convirtió en lugares de irradiación del amor de Dios, donde el cuidado de la salud se convierte en una experiencia de salvación.

⁴⁸ *Summarium* 15.

⁴⁹ *Ibidem*, 80.

Zatti ha imitado en su vida la *parábola del buen samaritano*. El samaritano es Cristo, el Dios cercano (en su Hijo amado) que no conoce la indiferencia y el desprecio, sino que se ofrece a sí mismo, de antemano, para curar hasta al último de sus hijos e hijas, por medio de la proximidad del amor, para que el mal de la historia no condene a ninguno de estos pequeños a perecer fuera de Jerusalén.

Aquí está el milagro de Dios: en ese trozo de tierra patagónica, donde discurre la vida de Zatti, cobró vida una página del Evangelio. El Buen Samaritano encontró rostro, manos y pasión, sobre todo por los pequeños, los pobres, los pecadores, los últimos. Así un hospital se ha convertido en la Posada del Padre, se ha convertido en signo de una Iglesia que ha querido ser rica en dones de humanidad y de gracia, a través de la donación, el servicio y la vivencia del mandamiento del amor a Dios y al hermano.

Son numerosos los testigos que nos permiten contemplar la experiencia de Iglesia accesible en aquel hospital de campaña vivificado por el corazón inflamado de Zatti: al darles la palabra, surge de nuevo la fascinación de Artémides, preocupado por curar a quienes se encomiendan a él, sea con los remedios del arte médico, sea tanto con la presencia, la simpatía, la oración por todos y con todos, como con la expresión cotidiana de fe de este humilde Salesiano. Todo esto sin duda demostró ser más eficaz que muchas medicinas.

2.1. Cuidado pascual y servicio (*diakonia*) de la vida herida

Donde hay santidad se propaga la Iglesia, y donde se edifica la Iglesia hay santidad. Quien conoció a Zatti, todo el que fue acogido en su hospital, tuvo una experiencia de fraternidad y en esta fraternidad una experiencia de Iglesia.

Zatti vivió con radicalidad evangélica la certeza de que el servicio, que era su característica vocacional –la *diakonia*– hace creíble, reconocible, amable, el rostro de la Iglesia. La puerta del servicio atrae al corazón humano, especialmente cuando es probado por la vida y el sufrimiento, y se abre a la experiencia del encuentro con Jesús, el verdadero Buen Samaritano, y Zatti se esforzaba por vivir como un buen samaritano. «El hospital y las casas de los pobres, visitados noche y día yendo en una bicicleta, considerada ahora como elemento histórico de la ciudad de Viedma, fueron el horizonte de su misión. Vivió la entrega total de sí a Dios y la consagración de todas sus fuerzas al bien del prójimo»⁵⁰.

Zatti es testigo de servicio, y así como Jesús se entregó hasta el final, Zatti realizó hasta el heroísmo, siguiendo las huellas de su Señor, una donación y una *diakonia* plenamente cristianas. Merecen ser subrayadas, con las palabras unánimes de los testigos, las extraordinarias características de la *diakonia* evangélica de Zatti: la universalidad de su entrega, la totalidad del don de sí, la generosidad nacida con Dios a su lado, en la obediencia a Él, realizada en Él, y para Él.

Que el servicio de Zatti no conocía particularidades y no hiciese preferencia de personas queda a la vista de cuantos le conocieron: «Sé que visitaba la prisión para curar a los enfermos. Con los incrédulos y los enemigos de la Iglesia se manifestaba disponible y amable. Recuerdo la frase de un médico que comentando el título del libro del padre Entraigas “El pariente de todos los pobres”, decía que debería haber sido corregido en “pariente de todos” por la ecuanimidad con que [Zatti] no hacía distinción entre todos los que le buscaban»⁵¹.

⁵⁰ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 23.

⁵¹ Testimonio de Carlos Tassara, *Summ.* 126-127.

Si en el servicio y en la donación de sí mismo de Zatti hubo una preferencia por alguien, esta fue la preferencia enseñada por el Buen Pastor, sensible sobre todo a la suerte de las ovejas más heridas y perdidas: «Era una de sus predilecciones [de Zatti] su total donación a Dios en estas personas humildes, indefensas o con enfermedades repugnantes, a tal punto que cuando alguien quiso enviarlas a un hospicio porque llevaban muchos años en el Hospital San José, respondió que no se debía abandonar estos verdaderos *pararrayos* del Hospital»⁵².

Zatti, además, servía con todo su ser, consumiéndose en una generosidad sin cálculo en las más diversas formas de una actividad febril, orientada solo a corresponder a las peticiones de todos: «Como todos conocían su bondad y su buena voluntad en servir a los demás, todos acudían a él para las cosas más dispares. [...] Los directores de las Casas de la Inspectoría escribían para pedir consejos médicos, le mandaban hermanos para asistir, encomendaron a su hospital- cuidados crónicos a las personas que habían quedado incapacitadas. Las Hijas de María Auxiliadora no fueron menos que los Salesianos en pedir favores. Los emigrantes italianos pedían ayuda, hacían escribir a Italia, solicitaban prácticas; los que habían sido bien atendidos en el hospital, como si fuera una expresión de agradecimiento, enviaban a familiares y amigos a que los asistiera por la estima que tenían de sus cuidados. Las autoridades civiles tenían, a menudo, personas incapacitadas para rehabilitarlas y recurrían a Zatti. Los presos y demás personas, viéndolo en buenos términos con las autoridades, le recomendaban que pidiera clemencia para ellos o les hiciera proceder a la solución de sus problemas»⁵³.

El servicio de Zatti era, además, continuo y se olvidaba de sí mismo y, precisamente por eso, no se vio frenado por la susceptibilidades, ingraticudes, correspondencias perdidas o peticiones insistentes: «En el siervo de Dios era extraordinaria la preocupación por el prójimo en el trabajo diario; de la mañana a la tarde vivía para sus amados enfermos. Estas circunstancias se multiplicaron durante la noche, cuando, a cualquier hora que lo llamasen, acudía rápidamente. [...] Me consta que a menudo ha tenido que sufrir de pretensiones excesivas de algunos enfermos, exigencias desmesuradas, caprichos, como es el caso [...] de los enfermos mentales. El siervo de Dios nunca perdió la paciencia. Recuerdo haberle visto en más de una ocasión subir con mal tiempo, frío y lluvia con su vehículo, una bicicleta no último modelo, para curar a los enfermos de la población andando calles poco transitables»⁵⁴.

Para marcar profundamente la *diakonia*, el servicio a todos de Zatti era el hacerlo en la compañía del Señor. A nadie escapaba la competencia de este generoso enfermero, pero era igualmente evidente su estar en misión con Jesús: «Un dato personal muy concreto: siendo novicio y luego nuevo sacerdote, vine a Viedma a causa de unas pústulas que me salían sobre todo en el cuello y en el rostro, y el siervo de Dios me acogía siempre sonriente, me curaba cauterizándome con una punta caliente, tarareando el *Magnificat* mientras trabajaba y luego animándome a ofrecer aquellos sufrimientos por la santa perseverancia en la vocación»⁵⁵.

De nuevo, en Zatti resplandecía la obediencia a Dios y a su designio como alma de un servicio humilde y confiado, que debía suscitar en los pobres y enfermos sentimientos de abandono en Dios. Todo encontraba inspiración en Dios, y Zatti realizaba todo según al mandato de Dios, de modo que el servicio de este gran Salesiano fue una práctica continua y fascinante del precepto del amor: «Amó a Dios sobre todas las cosas. Para él todas las cosas de esta tierra eran transitorias y secundarias. Para mí Zatti era constante, sin cejar en su amor a Dios y en su piedad. No solo en los actos de piedad, sino en todo servicio al prójimo tenía siempre el nombre de Dios en la boca. Exhortó a todos los que

⁵² Testimonio de monseñor Carlos Mariano Pérez, *Summ.* 52.

⁵³ LUIGI FIORA, *Biografía, Positio* 132.

⁵⁴ Testimonio de monseñor Carlos Mariano Pérez, *Summ.* 43-47.

⁵⁵ Testimonio de monseñor Carlos Mariano Pérez, *Summ.* 43.

estaban cerca de él a vivir la piedad. Zatti era permanentemente un ejemplo, su piedad fue superior a la ordinaria»⁵⁶.

La de Zatti, sin embargo, como ocurre siempre en los santos, es una *diakonia*, un servicio ciertamente realizado en obediencia a Dios, pero sobre todo en el nombre de Dios, prestando a Dios su rostro, su corazón, sus manos, con certeza –fuente de gran audacia– de ser un pequeño instrumento de su gran Poder y Providencia. Así Zatti trabaja con una generosidad extraordinaria, pero con un abandono total porque sabe que en él actúa su Señor: «Esperó y confió siempre en Dios. La serenidad con la que superaba las dificultades era una demostración de su esperanza en Dios. Siempre dijo: “Dios proveerá”, pero lo decía con plena confianza y esperanza»⁵⁷.

Zatti, creyente y hombre auténtico, era «movido por la caridad hacia el prójimo porque ve a Cristo sufriendo en cada enfermo. Tal era la bondad que usaba con los enfermos que no les negaba nada»⁵⁸; «Para el siervo de Dios el amor se manifestaba en la caridad con que asistía a los “otros Cristos”. En su concepción evangélica de que todo lo que sus discípulos hagan a sus prójimos se lo estarán haciendo al mismo Cristo, el siervo de Dios solía comportarse con todos con caridad, incluso cuando se trataba de incrédulos o indiferentes»⁵⁹.

O viviendo en salida una Iglesia del servicio, capaz de llegar en bicicleta a sus pobres, o sirviendo a todos los que llamaban a su hospital –primero de San José y luego de San Isidro– para que allí encontrasen el amor de Dios. Zatti se dio completamente a Dios, haciéndose siervo del Señor, auténtico misionero de la Iglesia en el nombre del Señor Jesús.

2.2. Fraternidad pascual y comunión (koinonia) en la vida compartida

La santidad de Zatti nos lleva al corazón de la Iglesia no solo por la singularidad de su *diakonia*, sino también por la calidad de la comunión florecida en su donación a los demás. Lo que fuese la comunión para Zatti está atestiguado tanto por los testimonios de quienes vieron su acción, como por la forma en que atravesó los momentos más agotadores que marcaron su vida.

Un hecho especialmente doloroso para él se produjo cuando los superiores se inclinaron por el derribo del Hospital de San José, al que Artémides había consagrado todas sus energías; en Viedma no había lugar para el obispado; y, para construir una residencia episcopal adecuada, se decidió demoler el antiguo hospital, con la carga de trasladar todos los servicios sanitarios a los espacios de la Escuela Agrícola de San Isidro, sede de la otra obra salesiana en Viedma.

Para Zatti, el derribo no fue una simple operación constructiva, fue una prueba cruda y crucificante: ante sus ojos no solo tenía los escombros de un antiguo hospital, sino la duda de que con esos muros se había derrumbado su vida y allí habían terminado también sus renunciaciones y privaciones, incomprensiones y vigiliaciones, dolores de cabeza y sudores, entrega al prójimo y sacrificio de sí mismo. A Zatti no se le perdonó el cáliz, pero permaneció de pie, con fortaleza y dulzura cristiana: «en el momento del derribo del hospital de San José se había propuesto primero que se construyera el palacio episcopal en otro lugar y se permutaran los terrenos; luego, ante lo inexorable del

⁵⁶ Testimonio de Óscar Juan García, *Summ.* 113.

⁵⁷ Testimonio de Fernando Enrique Molinari, *Summ.* 151.

⁵⁸ Testimonio de Noelia de Tofoni Morero, *Summ.* 259.

⁵⁹ Testimonio de don Luis De Roia, *Summ.* 271.

derribo, que [...] sentía enormemente dada su extrema sensibilidad humana, no se rebeló ni protestó; al contrario, tranquilizó a los que intentaban que se rebelase»⁶⁰.

Como siempre sucede en la vida de los santos, la prueba es a la vez un crisol oscuro y una demostración luminosa: Zatti con su serenidad de espíritu y con la presteza puesta en montar la nueva sede de los servicios de salud, demostró la base de su entrega: el verdadero hospital que construía no podía reducirse a escombros, porque era una invención de la caridad, de esa caridad que «no tiene fin» (1 Cor 13,8), y que expresa el milagro de la comunión, reflejo de la eterna Vida de Dios. El verdadero hospital de Zatti no era un edificio terreno, dedicado a San José o a San Isidro; en esos ambientes su profesionalidad acogía a todos, a través de la puerta del servicio, para que pudieran tener una verdadera y plena experiencia de la ternura de Dios.

Zatti no predicó el catecismo de la comunión, pero con su santidad lo encarnó; y su hospital no era un edificio imponente, sino un milagro evidente y cotidiano de servicio y de comunión. Aquí «el siervo de Dios dirigía al personal, que estaba formado por varias personas que vivían en el hospital, como un superior de una comunidad religiosa [...] El personal lo amaba, lo veneraba y seguía al pie de la letra sus reglas. A nadie les ha faltado nunca lo necesario: moral, espiritual y técnico para el cumplimiento de sus compromisos, y esto por la preocupación personal del siervo de Dios»⁶¹.

Es una convicción de todos que la estatura espiritual de Zatti lo convirtió en el artífice de la comunión: «En los años que estuve en la escuela en el Colegio San Francisco de Sales, el hospital era una dependencia del Colegio y sabíamos todo lo que pasaba aquí como allá. Nunca he oído hablar de rencillas o incomprensiones entre los colaboradores de Zatti que pudieran tener alguna relevancia y provocar habladurías en el pueblo o en la escuela»⁶².

Cuando se realiza la comunión cristiana, no pasa desapercibida por su belleza que trastorna al mundo postrado por el rencor y por la división; son solo los santos, sin embargo, quienes conocen a fondo el precio de la comunión, su extrañeza a la espontaneidad, a la inmediatez de la simpatía, a la facilidad sin sacrificio. Los santos saben cuánto cuesta la comunión porque saben cuál es su fuente: el costado desgarrado del Señor, que realiza la obra de reconciliación entre los hombres y con los hombres.

Zatti sabe que solo la Sangre del Señor crea comunión, y elige el camino de la participación fiel y cotidiana en el sacrificio del Hijo, con la sonrisa en el rostro, la fuerza en el alma, la paz en el corazón, las manos atravesadas por el trabajo y la fatiga. Haciendo casi imperceptible el compromiso que exigía su inmolación, Zatti «era un hombre que irradiaba paz, [hombre] de acción, dinámico, no mostraba nerviosismo, alegría. Era frecuente el uso de bromas [...] para animar a un enfermo [...]. Era un hombre que no vacilaba en sus prácticas religiosas, [...] señal de su esfuerzo por superarse a sí mismo. Personalmente, lo que más noté en él fue su caridad y humildad»⁶³.

La humildad de Zatti construye la Iglesia y hace cristiana la comunión de la que él mismo es artífice; quien no muere a sí mismo todos los días, lleva consigo el peso del egoísmo que hiere la comunión; solo la humildad cura las relaciones y supera la tentación del poder, del control, de la seducción y de la prevaricación. Zatti, sin multiplicar palabras ni discursos, sabe que solo con humildad puede ser creador de la verdadera *koinonia*, fruto y condición de una *diakonia* eficaz y discreta, que no crea dependencia sino que restaura la dignidad; solo la humildad sirve de manera generativa, promoviendo una comunión que cuida el vínculo y promueve la autonomía. La humildad es virtud de Dios

⁶⁰ Testimonio de Enrique Mario Kossman, *Summ.* 10.

⁶¹ Testimonio de don Pedro Antonio F. Fernández, *Summ.* 61.

⁶² Testimonio de don Mario Brizzola, *Summ.* 75.

⁶³ Testimonio de Óscar Juan García, *Summ.* 113.

porque es el secreto de todo padre, la esperanza de todo hijo, el espíritu de toda vida verdadera.

Zatti puede ser servidor y constructor de comunión por la humildad que hace de él un sencillo hijo de Dios, vivo de la Vida del Espíritu y padre de todos: «Creo que, en la relación de Zatti con sus colaboradores, nunca ha habido problemas porque era como el padre de todos. Recuerdo que todos le echaban mucho en falta cuando él estaba ausente por haber ido a Roma para la Canonización de Don Bosco»⁶⁴. «La relación de don Zatti con el hospital era como la de un padre. No conozco malentendidos ni dificultades: si las ha habido, creo que no han sido de su parte. De las enfermeras con las que he tratado [...], no he oído más que elogios y ninguna queja»⁶⁵.

2.3. Cercanía pascual y martyria de la vida sin fin

Nuestro hermano Artémides Zatti testificó realmente con su vida (*martyria*) que el Señor ha resucitado. «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8,12) dice el Señor de sí mismo. El Evangelio es Luz que quiere penetrar en la vida de los hombres, y la Iglesia, sacramento vivo de Dios, es Luz para el mundo. La santidad de Zatti, alimentada por la Pascua de Jesús, es también luz, y lo experimentaron, especialmente, los pobres y los enfermos de Viedma. Zatti los acoge a través de la puerta del servicio, los mantiene dentro de los muros de la comunión, pero para ofrecerles, con su testimonio de vida, la luz del Evangelio, el esplendor de la Pascua que ilumina a la Iglesia.

Creyentes y no creyentes quedan impactados por las palabras y por los gestos de Zatti; su testimonio es sin sombras, extraordinariamente salesiano, llega a todos y anuncia, a través de dos nombres, dos rasgos decisivos del Dios de Jesús: Providencia y Paraíso.

No hay Iglesia donde no haya anuncio explícito del nombre de Dios, anuncio pagado con el martirio de la vida, en el signo de la sangre o de la caridad; donde se impulsa el servicio y la comunión de Zatti resuena el anuncio del nombre de Dios, de estos dos nombres, tan cristianos y tan salesianos: Providencia y Paraíso.

Zatti anuncia con su vida que todo en Dios es amor, pero amor concreto, atento, ilimitado y minucioso por cada criatura: el amor de Dios es Providencia. Sin embargo, la Providencia de Dios no es temporal, sino eterna, y he aquí el segundo nombre: Paraíso. Paraíso es el nombre propio del deseo de Dios que en la historia provee a sus criaturas para tenerlas consigo para siempre, por la eternidad.

Zatti es un maestro de este alfabeto cristiano: «era su deseo constante que el Señor fuera conocido y amado. La atestiguaba la alegría que expresaba cuando un nuevo paciente, que no sabía nada de Dios, se convertía en un cristiano devoto. Su primera preocupación fue cuidar e inspirar confianza en la divina Providencia»⁶⁶.

El sentido de la Providencia no fue la respuesta obligada a las condiciones de precariedad, una especie de última playa ofrecida a los naufragos para no hundirse en los momentos difíciles. Testimoniar la Providencia para Zatti significaba enseñar a hablar con Dios, a llamarlo por su nombre, con confianza cristiana, porque «estaba muy convencido de los principios evangélicos y uno que tenía bien grabado en su corazón y en su mente era “buscar primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás os será dado por añadidura” (Mt 6,33). Había aprendido en la escuela de Don Bosco –habiendo leído mucho su vida–

⁶⁴ Testimonio de José Nicolás Costanzo, *Summ.* 103.

⁶⁵ Testimonio de Amalia Teresa Giraudini, *Summ.* 117.

⁶⁶ Testimonio de Manuel Linares, *Summ.* 92.

a no desconfiar nunca de la ayuda de Dios, sobre todo cuando se le honra como quiere, en cada uno de nuestros prójimos»⁶⁷.

Pero una Providencia sin Paraíso no permitiría que el anuncio del nombre de Dios llevara el peso de la historia, con su carga de cansancio, de sufrimiento, de muerte. Zatti animaba, dentro y fuera del hospital, una Iglesia siempre visitada por el dolor y la muerte, y esto exigía plenitud de fe y de testimonio, pedía anunciar el nombre del único deseo de Dios para el hombre: Paraíso. Cuando daba testimonio del Paraíso, Zatti mostraba la certeza «de la vida eterna y de su adquisición por la gracia y las buenas obras; esto se manifestaba sobre todo ante la muerte [...]. Yo personalmente lo escuché regocijarse por haber podido prestar ayuda religiosa a los enfermos y exclamar [...] “Hoy hemos enviado dos o tres al cielo”»⁶⁸.

Con estos dos nombres de Dios, Zatti evangelizó la vida y la muerte, la alegría y el dolor, la salud y la enfermedad como verdadero testigo cristiano, como mártir, en el martirio cotidiano de la caridad. El anuncio y la *martyria* de Zatti no divulgan un evangelio de circunstancia o de oportunidad, sino que esparcen Sal, Luz, Levadura, prestan rostro, corazón y manos a un Evangelio que pide vida y la impregna toda, resuelve los enigmas y vence las angustias con el calor de la Verdad: «Desde que lo conozco siempre ha dado más importancia a las prácticas religiosas que a su trabajo, aunque lo hiciera con perseverancia. Citaba a menudo las Escrituras, especialmente los evangelios, para consolar a los enfermos o alentar la virtud [...]. Era muy difícil para él no poner un pensamiento espiritual en sus conversaciones. Una vez, hablando con él, le mencioné el descubrimiento de algunas medicinas nuevas como la penicilina y las sulfamidas; el siervo de Dios me escuchó y, cuando terminé de hablar, me dijo: “Es verdad, es verdad, pero la gente seguirá muriendo de todos modos”»⁶⁹.

Y la verdad del Evangelio, en su totalidad, ilumina el hospital de Zatti, como había iluminado el Oratorio en tiempos de Don Bosco: por eso, en el hospital de Viedma como entre los muros de Valdocco, no se teme a la muerte y no hay que multiplicar los expedientes para suavizar el escándalo u ocultar la evidencia, engaños peligrosos para el corazón humano. Zatti afrontaba la muerte con el testimonio del Evangelio de la vida: una vida con los pies en la tierra, por eso trabajadora y concreta, pero con el corazón en el cielo, y por eso confiada y serena: «la única razón de su vida era precisamente la espera de una recompensa celestial, nunca actuó para ganar dinero o reputación, hizo todo en la esperanza de la felicidad futura»⁷⁰.

Su compromiso, a pesar de su sencillez, fue vivir el Evangelio con el corazón enraizado en el Premio final y llevar el Dios de la Providencia y del Paraíso en cada herida y en cada muerte humana, para que allí florezcan la Vida y la Resurrección. Esto bendecía el testimonio de Zatti e invocaba su presencia cuando las preciosas y raras medicinas de la esperanza y del consuelo eran indispensables. Toda la ciudad de Viedma lo sabía, como lo han confirmado los testigos con sorprendente unanimidad: se llamaba siempre a Zatti, y acudía a animar y consolar, dando esta medicina cristiana que bebía, para su vida en gracia de Dios, del mismo Espíritu, el Consolador. Así era «extraordinaria en el siervo de Dios la capacidad de infundir esperanza en los enfermos, hecho que contribuyó casi milagrosamente a la curación elevando el ánimo del doliente»⁷¹. Zatti testimonia, hasta el martirio de la caridad, que el Señor es Dios del cielo y de la tierra. Zatti es testigo de ello, con la pasión de los santos, que no conoce medida: «Recuerdo que un paciente le decía a Zatti que siempre lo preparaba para el cielo y que tenía que prepararlo un poco para la tierra. Otro dato muestra el ambiente del hospital: una enfermera insistió una

⁶⁷ Testimonio de monseñor Carlos Mariano Pérez, *Summ.* 36.

⁶⁸ Testimonio de Enrique Mario Kossman, *Summ.* 14.

⁶⁹ Testimonio de don Mario Brizzola, *Summ.* 79-80.

⁷⁰ *Ibidem*, 80.

⁷¹ Testimonio de Giovanni Cadorna Guidi, *Summ.* 218.

vez en preparar para la muerte a un paciente que no estaba tan mal y que, en efecto, está todavía vivo»⁷².

2.4. Alegría pascual y liturgia de la vida redimida

Artémides Zatti, con su extraordinaria fidelidad a los acontecimientos centrales de la vida cristiana, se alimenta del Pan de la Palabra, del Pan del Perdón, del Pan del Cielo, y su vida se transfigura, cada vez más intensamente, en beneficio de una misión rica de frutos en crecimiento. Así, la vida de Gracia, vivida intensamente por este hijo de Don Bosco, llega a quienes se encuentran con él, sin distinción: enfermos y colaboradores, hermanos y autoridades, pobres y bienhechores; en Zatti tocan la vida del Señor, a través de la fuerza del misterio sacramental que se participa entre las personas en la comunión del pueblo de Dios. Y así toda la Iglesia, en los sacramentos, por el poder del Espíritu Santo, celebra el misterio pascual y asegura a los hombres el alimento por medio de los sacramentos, para el camino, y los remedios que sanan a la humanidad herida por el mal y por la muerte.

Esta es la Iglesia: florece y crece donde el servicio y la comunión anuncian el nombre de Dios, dan testimonio de la Palabra de Jesús, se nutren de su Cuerpo, se curan de su Perdón. Zatti no hace simplemente todo esto, sino que es todo esto; a través de la correspondencia con la Gracia, que santifica su vida, no solo se reconocen en él los gestos y las palabras del Señor, sino que experimentamos Su propia Vida: Zatti es un «tabernáculo viviente», y su testimonio radiante suscita preguntas, resoluciones, conversión, incluso en aquellos que están lejos de una participación íntima en el misterio del Señor.

La dedicación de Zatti, que revela una raíz más que humana, se convierte en una prueba universalmente convincente de la fuerza sobrenatural de los sacramentos; el suyo, en efecto, es «un amor sobrenatural y extraordinario por el prójimo. [...] Estaba dispuesto a cualquier sacrificio y por eso lo difícil le parecía fácil. Pienso que las circunstancias difíciles de su acción caritativa fueron: la falta de personal, la solicitud de asistencia en todo momento, no dejarse influir por mal tiempo, atender a todo tipo de personas. Recuerdo a un familiar mío, enfermo, al que visitó un día de tiempo pésimo y cuando le dijeron: “¿Cómo sale con este tiempo, señor Zatti?” Y me respondió: “¡No me queda otra!”»⁷³.

Es regla de la liturgia cristiana el poder dar buena prueba de sí mismo en la vida del creyente con el orden, la armonía, el dinamismo eficaz, y sobrenatural. Zatti es un cristiano, laico consagrado Salesiano de Don Bosco, es piedra viva de la Iglesia, es testigo de la Pascua, porque en sus obras se hace visible el mandamiento del Amor, que hace reconocer a Dios en el prójimo y al prójimo en Dios; pero Zatti enseña, con su vida, que la fuerza necesaria para la práctica de ese mandamiento es sobrenatural, y solo puede venir de Dios, de sus sacramentos y de la oración y unión con Él. «Zatti ejerció la caridad en circunstancias difíciles por falta de recursos económicos. También porque su actividad excedía lo ordinario, por la cantidad de horas que dedicaba a sus compromisos sin omitir sus obligaciones religiosas. Como le conocíamos, nos preguntábamos cómo podía sostener un esfuerzo tan grande sin el descanso que se suele considerar necesario»⁷⁴.

Dos episodios merecen ser recordados, como ejemplo de la liturgia de la vida de la que Zatti es primero discípulo y luego apóstol del Señor Crucificado y Resucitado; en primer

⁷² Testimonio del doctor Pascual Atilio Guidi, *Summ.* 100.

⁷³ Testimonio de Óscar Juan García, *Summ.* 114.

⁷⁴ Testimonio de Luis de Palma, *Summ.* 135.

lugar, el derribo del antiguo hospital de San José, con la necesidad de trasladar a los enfermos a San Isidro:

«No tengo noticias de que a Zatti le dieran una fecha de desalojo, y seguro que no había recibido nada de su Inspector, de lo contrario lo habría sabido [...]. El estado emocional en el que cayó Zatti cuando fue necesario sacar a los enfermos, para que los escombros no se derrumbaran sobre ellos, podía ser psicológicamente fatal. Lloró amargamente, pero después de haber rezado ante el Santísimo Sacramento, se puso a trabajar con serena energía»⁷⁵; y, luego, el servicio a los moribundos: «Un joven estaba a punto de morir, y Zatti conversaba con él después de haberle hecho comulgar; en un momento el niño comenzó a gritar “¡Zatti, me muero!” y en el mismo momento se levantaba de la cama; Zatti, mirándolo a los ojos, sonriendo dijo: “¡Qué lindo, vete al cielo!” y el joven se dejó caer con una sonrisa que retrataba la de Zatti, y que le quedó impresa en su rostro»⁷⁶.

Esto es lo que sucede cuando la Eucaristía se hace vida y el misterio pascual práctica cotidiana: las grandezas humanas se transforman, por obra del Espíritu, y cada acción del creyente se realiza en Cristo, por Cristo y con Cristo, haciendo de la vida una liturgia, y transfundiendo los santos dones de la liturgia a la vida.

Nuestro querido Artémides Zatti, deudor en todo de los Misterios del Señor, sabe que todo puede ser solo gracias a él; de ahí su humildad: «Recuerdo que, estando mi hermano Salvador muy enfermo de fiebre tifoidea, el siervo de Dios iba a cuidarlo varias veces al día. En una ocasión, al encontrarlo camino a la casa de Salvador, le dije con tristeza: “¡Señor Zatti, por favor, salve a mi hermano! Se dio la vuelta y, mirándome a los ojos, me dijo con severidad: “¡No seas blasfemo, solo Dios salva!”»⁷⁷.

La de Artémides Zatti fue una vida hecha de donación, de comunión, de testimonio del Señor resucitado. Una vida llena de gracias que lo llevó a una muerte plenamente cristiana:

«Preguntándole si sus dolores eran continuos, fuertes o no, sin contestarme directamente, me dijo: “Son un medio de purificación y estoy feliz porque me doy cuenta de que estoy completando la Pasión de Cristo, que tanto he inculcado a los enfermos”»⁷⁸.

Y la oferta de Zatti fue plena, discreta, serena y gozosa, como sello de su liturgia. Merece ser retomada una florecilla en la que, tras el velo de la simpatía, Zatti regala a quienes le asisten el sentido de su vida, que Dios supo expresar hasta el fondo, porque era madura y plena. Unos meses antes de su muerte, sonriendo ante su enfermedad –un tumor en el hígado que le tiñe el rostro de amarillo– Zatti le dice a una enfermera que pronto él también estará maquillado. Sin embargo, el suyo será, como en los limones, el color de la madurez, que hace que esa fruta esté lista para ser exprimida hasta el fondo: «¿Usted se maquilla? ¡Yo también! En seis meses le daré la prueba. De nada sirve el limón si no es amarillo»⁷⁹.

⁷⁵ Testimonio de don Feliciano López, *Summ.* 178.

⁷⁶ *Ibidem*, 174.

⁷⁷ Testimonio de Pedro Echay, *Summ.* 211-212.

⁷⁸ Testimonio de Francisco Erasmo Geronazzo, *Summ.* 274.

⁷⁹ Testimonio de don Feliciano López, *Summ.* 193.

3. Una invitación a un compromiso extraordinario

Este era el título de la última parte de la carta de don Vecchi, a la que me he referido varias veces, y que quisiera conservar y compartir ahora. En las páginas precedentes he tratado de esbozar de manera sencilla, pero incisiva, la extraordinaria figura de nuestro hermano Salesiano Coadjutor Artémides Zatti. Su camino de vida, impregnado y lleno de Dios, es más que evidente. Así como su santidad. Ante esta gran figura, hoy se hace patente en nuestra Congregación la necesidad y la importancia de un compromiso especial para promover esta hermosa vocación. Hago más las palabras de don Vecchi para pedir a cada Inspectoría, a cada comunidad y a cada hermano en los próximos años, desde ya, «un compromiso renovado, extraordinario y específico por la vocación del Salesiano Coadjutor, dentro de la pastoral vocacional: rezando por ella, anunciándola y proponiéndola, llamando, acogiendo y acompañando, viviéndola personalmente y juntos en la comunidad»⁸⁰.

No faltan ricas publicaciones sobre la figura del Salesiano Coadjutor⁸¹; quizás lo que necesitamos en este momento es hacer más convincente nuestro compromiso. He hablado muchas veces en mis visitas a las Inspectorías, y también en mis cartas, de que debemos, ante todo, ser hombres de fe, hoy más que nunca abandonados al Señor. Muchas otras estrategias y planes nos pueden ayudar, pero no nos sacarán de una dificultad profunda. *Solo la confianza en el Señor y el recurso a Él*. El siguiente testimonio de un hermano Coadjutor tiene, en mi opinión, una fuerza particular: «Aún hoy resuena el “Ven y sígueme”. Y siempre un estupor al constatar que aún, hoy, hay jóvenes a quienes no les faltaría nada para orientarse hacia el sacerdocio y, en cambio, hacen la opción del laico consagrado también en la Congregación Salesiana. Por esto, en la pastoral vocacional hay que creer en esta vocación completa en sí misma, y transmitir por ósmosis su estima, sin presionar ni distorsionar en dirección de la figura clerical. Hay que estar convencidos de que hay jóvenes que no se identifican con el modelo presbiteral, mientras que se sienten atraídos por el modelo del laico consagrado. ¿Cuáles son los motivos de esta elección? Todas las motivaciones son insuficientes: en el fondo queda el misterio de la Gracia y de la libertad»⁸².

Llegados a este punto quisiera invitaros a profundizar en las próximas publicaciones que saldrán tanto sobre san Artémides Zatti como sobre la vocación del Salesiano Coadjutor en nuestra Congregación, en las diversas Regiones, y en las propuestas de ambos Sectores de la Pastoral Juvenil y de la Formación que sin duda nos llegarán, en adelante, como ayuda a la intercesión que el nuevo santo Salesiano hará por todos y, sin duda de manera muy particular, por sus hermanos Salesianos Coadjutores en el mundo, los que ya están y los que vendrán, con la Gracia de Dios.

La fuerza y la belleza de una invitación

Creo que no se debe terminar la comparación con la vida de Artémides Zatti sin evocar, una vez más, una carta de 1986, del cardenal Jorge Mario Bergoglio, hoy papa Francisco, escrita a un Salesiano, como testimonio de una gracia recibida a través de la intercesión de Zatti.

La historia es bien conocida: cuando era Provincial de los Jesuitas de Argentina, el padre Bergoglio encomendó a Zatti la petición al Señor de las santas vocaciones a la vida

⁸⁰ J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 54.

⁸¹ Los ofrecidos por don Vecchi están disponibles en ACG 373 (2000) y en «*La Vocación del Salesiano Coadjutor en la pastoral vocacional*», en *El Salesiano Coadjutor: historia, identidad, pastoral vocacional y formación*, Editorial CCS (Madrid), Roma, 1989, pp. 167-201.

⁸² J. E. VECCHI, *o.c.*, p. 57.

consagrada laical para la Compañía de Jesús; y su Provincia tuvo la gracia, en una década, de tener veintitrés nuevas vocaciones de religiosos hermanos.

El episodio es relevante no solo por los protagonistas de la historia –el Dueño de la Mies, un Santo Coadjutor salesiano, el actual Sucesor de Pedro– sino por su contenido: la fuerza vocacional del testimonio de Zatti.

Sorprende que el primer Salesiano canonizado no por el martirio de sangre sea un Coadjutor, y un Coadjutor que renuncia, en radical obediencia a Dios, a la misma forma de la vocación que le había fascinado, la presbiteral, para estar con Don Bosco, realizando, después, un servicio sacrificado en el mundo de la enfermedad y del sufrimiento.

Sin embargo, la fuerte belleza de este testimonio no puede escaparnos; en él resplandecen los amores fundamentales que deben inflamar el corazón del Salesiano: el amor a Dios y a su voluntad, el amor al prójimo, que en sus miembros sufrientes es el Rostro cercano de Jesús Crucificado, el amor a la Madre del Señor, Mediadora de toda gracia, el amor a Don Bosco que promete a cada Salesiano pan, trabajo y Paraíso.

Estos amores resplandecen en la grandeza luminosa de la vida religiosa de Artémides, abrazada con gozosa radicalidad y generosa inventiva.

Nuestro hermano Artémides Zatti nos muestra cuán sensible es el mundo al testimonio de la vida religiosa, siempre que este testimonio sea verdadero, creíble, auténtico: el triunfo de su funeral, la fama de santidad, la veneración de su tumba son signos claros de cuánto hemos reconocido, todos, el dedo de Dios en acción en este Salesiano generoso y fiel: «En proporción a los habitantes de Viedma, la cantidad de personas que acudió al funeral fue impresionante. Gente humilde acudía de todas partes con pequeños ramos de flores. Además de las autoridades, muchas otras personas. En los días [sucesivos a su muerte] la gente estaba convencida de que había muerto un santo; algunos fueron al sepulcro esperando milagros: rezaban, llevaban flores»⁸³.

La vida de Artémides Zatti ha despertado una ciudad, y hoy toca al mundo entero, porque habló de Dios: llevó a los pobres y a los enfermos, con una práctica ejemplar de la castidad, el perfume del amor virginal y fecundo de Dios; ha dado a todos la riqueza de la fe, pagándola con una pobreza amada hasta el punto de ceder su cuarto a un enfermo o traer allí un muerto para apartarlo de la vista de los otros enfermos en un último gesto de ternura y piedad; enseñó la verdadera libertad, obedeciendo la voluntad de los superiores a costa de amargas lágrimas, reconociéndolos como mediadores del plan de Dios.

Religioso ejemplar, con este testimonio, enseña a todos que la salud que hay que guardar por encima de todo bien es la del alma, de esa alma nuestra tan preciosa porque viene de Dios y aspira a él, muchas veces inconscientemente, en el deseo de encontrar, en sus brazos, Amor eterno.

Que los amores de Zatti puedan encender nuestros amores; que su testimonio del Absoluto de Dios, de la grandeza del alma y de nuestra verdadera patria puedan inspirar nuestros gestos y nuestra pasión pastoral, para una nueva fidelidad apostólica y renovada fecundidad vocacional. Que nunca nos falte, como siempre buscó Artémides Zatti, la protección materna de la Auxiliadora, y que la devoción a la Madre en cada casa salesiana del mundo, y en cada rincón donde esté presente la Familia de Don Bosco, sea un camino seguro que nos ayude a vivir una santidad como la de nuestro hermano.

⁸³ Testimonio de Amalia Teresa Giraudini, *Summ.* 115-116.

Concluyo estas palabras proponiendo una oración al Padre por intercesión del nuevo santo Salesiano Coadjutor, san Artémides Zatti.

Oración de intercesión para pedir vocaciones de salesianos laicos

Oh, Dios, que en san Artémides Zatti
nos diste un modelo de Salesiano Coadjutor, que dócil a tu llamada,
con la compasión del Buen Samaritano, se ha hecho prójimo a cada hombre,
ayúdanos a reconocer el don de esta vocación,
que testimonia al mundo la belleza de la vida consagrada.
Danos el coraje de proponer a los jóvenes esta forma de vida evangélica
al servicio de los pequeños y de los pobres, y haz que a los que llames por este
camino respondan generosamente a tu invitación.
Te pedimos por la intercesión de san Artémides Zatti y por la mediación de
Cristo el Señor.
Amén.

Somos pastores de nuestros hermanos⁸⁴

Julio Parrilla Díaz

Obispo emérito de Riobamba

Quienes vivimos en el mundo occidental, fuertemente marcado por un neoliberalismo economicista y una cultura que enaltece el valor de lo individual, tendemos a pensar que nuestro modo de vida y nuestra forma de relacionarnos con los demás es la única manera de asegurar el progreso y el desarrollo humano. Lo mismo pasa con la vivencia de la fe. La sequía espiritual que atraviesa Europa, ensimismada en el mundo del bienestar y del consumo, nos lleva a pensar que la indiferencia ante la religión es algo que afecta a todas las personas y a todos los pueblos. Sencillamente no es así. A la inquietud que el hombre postmoderno mantiene, a pesar de todo, por encontrar el sentido trascendente de la vida se unen un sinnúmero de tradiciones religiosas, antiguas y modernas, cristianas y no cristianas, que impactan fuertemente en la vida y en la organización social de las personas y de los pueblos (piénsese en los mundos hinduista o musulmán, en el catolicismo popular latinoamericano, en la pujanza de las iglesias evangélicas o de las iglesias orientales). Lo políticamente correcto desde la perspectiva del dinero y del poder no coincide necesariamente con las inquietudes de fondo que bullen en el corazón humano. Mucho menos coinciden con el espíritu del evangelio. La fe en Dios se abre camino de la misma forma en que los ríos buscan su salida al mar. Observar la realidad y tratar de comprender las inquietudes más hondas del corazón humano nos hacen desembocar en una experiencia conmovedora: la experiencia del hambre, que es una experiencia profundamente humana, tantas veces escondida en lo profundo de la conciencia y del corazón. Jesús percibe el hambre que las personas tienen de ser ellas mismas, de amar y de ser amadas y de encontrar el pozo del agua viva.

Curioso resulta que en medio de una sociedad empobrecida y hambrienta como la judía Jesús diga: “No sólo de pan vive el hombre” (Mt. 4,1-11). Lo dice en un contexto de tentación, ante alguien que pretende poner a prueba su capacidad de transformar las piedras en alimento y que, además, intenta someter su voluntad al poder del Maligno. En cualquier parte del mundo acontece el mismo chantaje: que Dios se pliegue a nuestra voluntad de poder o que, simplemente, desaparezca de nuestro horizonte. Así ocurre en la plaza Foch de Quito, en los centros comerciales de Pozuelo de Alarcón, en el Jump House de Berlín o en el Eleven Madison Park de Nueva York, en cualquier lugar del mundo en el que el ocio o el negocio redunden en beneficio propio. Sin embargo, el

⁸⁴ Retiro Familia Salesiana. Salamanca, 1 de octubre, 2022.

hambre de sentido y de amor pleno no es fácil de saciar. En cualquier recodo del camino, como si se tratara de un bandolero que asalta nuestra tranquilidad, el vacío, el dolor o la muerte pueden dejar en evidencia lo vulnerables que somos, nuestra sensibilidad ante los sobornos de una cultura que halaga sin tregua nuestro cuerpo y nuestro espíritu. La inequidad que rige el mundo se reproduce también en nuestro interior en forma de fracaso, angustia o depresión. Al empobrecimiento de muchas personas y pueblos que carecen de lo básico para vivir en dignidad, se suman los pobres de amor, de equilibrio y de paz, de cuantos viven ahogados en una humanidad fallida.

Mal haríamos en abandonar al hombre a su suerte, en refugiarnos nosotros mismos en la burbuja del bienestar y de la indiferencia, en caer en el victimismo que supone vivir atrapados por una sociedad deshumanizada, muertos de miedo por tener que desafiar el espíritu de nuestro tiempo. Para los creyentes, la época de cambios acelerados que vivimos (acostumbrados como estábamos a una cultura religiosa de discurso único y obligado) resulta compleja. El gran problema de la Iglesia no es el descenso del número de católicos o la merma de poder que la institución ha experimentado en las sociedades democráticas, laicas y populistas de izquierda o de derecha, sino la tibieza o la incoherencia de aquellos que permanecen en su seno. De la historia de la Iglesia forma parte la dificultad de echar vino nuevo en odres viejos. El caudal del río de la fe dependerá en gran medida de la santidad de vida de los cristianos y de su capacidad de ser ellos mismos en medio del mundo. Hasta que no sepamos bien quiénes *somos*, a quién amamos, quién nos ama y nos salva, seguiremos siendo un barco a la deriva. Frente a la angustia y al miedo que nos puedan generar la ideología y los códigos del sistema establecido, necesitamos vivir momentos verdaderos que nos resitúen ante nosotros mismos, la mundanidad y lo que el Señor en su evangelio nos está pidiendo.

Hoy tenemos pendiente una doble tarea: renovar la propia Iglesia y anunciar el Reino de Jesús. Lo primero pasa por la renovación personal y comunitaria de los cristianos y, al mismo tiempo, por una refundación institucional marcada por el servicio humilde a favor de la dignidad de las personas. El Papa Francisco, que ha desarrollado un magisterio claramente liberador a favor del hombre, la fraternidad, la misericordia, la naturaleza y la Casa Grande en la que habitamos, insiste en la necesaria renovación eclesial (sinodalidad, participación, renovación de la vida ministerial desde el paradigma del Buen Pastor, presencia de la mujer en los órganos consultivos y decisorios, especial atención a los más vulnerables y descartados, pobres, migrantes y refugiados). Sin duda que el Papa ha hecho lo que tenía que hacer: recordarnos a todos la centralidad de Cristo y la alegría de ser cristianos y, además, las opciones preferenciales que deben acompañar la vida de la Iglesia y del creyente. Lo ha hecho y, además, muy bien: utilizando un lenguaje verbal entendible y un lenguaje no verbal provocador, con un tono de cercanía, sencillez y humildad, de forma humana y atrayente incluso para los no creyentes. El suyo es un mensaje creíble. Comprendo las dudas y el rechazo que su pontificado haya podido causar en determinados sectores de Iglesia o en el ámbito de la política conservadora. Pero creo sinceramente que el Papa Francisco nos ha liberado de muchos fardos pesados, cargados sobre las espaldas de los hombres y difíciles de sobrellevar (Mt. 23,4). De su mano, el rostro de Jesús se ha hecho para todos, pero especialmente para los pobres, mucho más entrañable, cercano y liberador.

Y si en todo momento el servicio humilde a los pobres marcó nuestra ruta y nuestra vocación, es ahora, por fuerza de nuestra propia debilidad, cuando la entrega humilde se hace más evidente y necesaria. Ya no hay mucho que pontificar. Más bien se trata de atravesar el puente y pasar a la otra orilla, allí donde el hombre acampa, a la espera de que alguien colme su esperanza. Nos unimos a la gloria de Dios construyendo el cielo nuevo y la tierra nueva en justicia y santidad, pero, ¿cómo hacerlo si nosotros mismos no somos justos y santos? La santidad nos consiente meternos en el corazón del mundo sin prostituirnos, sin renunciar a la utopía del Reino. Puede que por momentos la mundanidad nos desconcierte e, incluso, nos sofoque. A pesar de ello, nuestra presencia en medio del mundo antes que fuerza dominadora siempre tendrá que ser pasión para el corazón.

El anuncio de la salvación que Jesús nos trae se tiñe hoy del color de la esperanza y del gozo. En medio de las dificultades de la vida, esperanza y gozo son los caminos de un cristiano. Y, a pesar de que su sombra nos inquiete, se necesita mirar de frente a la cruz., poner en ella nuestra sabiduría y nuestra fuerza. En ella, sin ingenuidad, tendremos que aprender a mirar de frente, a contemplar el dolor del hombre, a discernir nuestra vida y la vida de un mundo cargado de contradicciones e injusticias. Las palabras de Pablo siempre iluminarán nuestra inquietud (*“nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles”; “mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”,* 1Cor 1, 23-25). En la cruz de Jesús se entrecruzan la injusticia humana y la justicia de Dios, la carne rota y el espíritu encomendado a sus manos, la pobreza humana y la gloria de Dios, el aparente triunfo de la muerte y el aliento de la vida nueva.

De esta sabiduría recibimos fuerza para abrazar la gratuidad, para ser pastores y siervos sin pasar factura, para resistir en medio de la prueba y permanecer fielmente a pesar del dolor. No se trata de arrastrar la cruz como carga y condena, sino, a la luz de la Pascua, ser para nuestras comunidades, para la gran familia del mundo, provocadores del encuentro. A los pies de la cruz convergen los dolores del mundo, representados por la dramática imagen de la Virgen Dolorosa, y el amor desmedido de un Dios que se entrega por amor. Este es nuestro gran desafío: suscitar en el hombre la certeza de vivir amparado y sostenido por el Amor Mayor incluso en los momentos postreros y oscuros de la vida. *“Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lc 23, 43). La pequeña oveja no está sola ni abandonada. Por eso, puede esperar un signo de gracia y seguir siendo signo de contradicción en medio del mundo.

Cuando Jesús habla del buen pastor (Jn 10, 1-16. Lc 15, 4-7) está hablando de sí mismo y se dirige a todo el pueblo. Habla de un ministerio universal, tan grande como el corazón del hombre. Nos recuerda que cada uno tiene que ser pastor de su hermano, lo cual adquiere en el ministerio del presbítero y del obispo una densidad muy especial: somos pastores que caminamos delante, detrás, al costado, en medio, como expertos en huellas; conocemos las ovejas, los pastos, los apriscos, los caminos escondidos que conducen hacia la oveja perdida. Lo nuestro es cuidar el rebaño y, recuperando a las ovejas perdidas, provocar el encuentro. Para poder ser pastores necesitamos ser expertos en los caminos y en las huellas del perdido, sin salirnos de los mapas trazados por el Espíritu. Puede que ayudar a los hermanos a descubrir y a leer estos mapas sea tarea privilegiada de un presbítero, de un acompañante espiritual, que rumia la Palabra en el atardecer de su vida. No se trata de asumir un nuevo papel, sino simplemente de ser nosotros mismos, cautivados al fin por la gracia. Siendo así, también a nosotros el Padre nos amará. Hasta el final tendremos que dar vida y sembrar paz.

Ser pastores nos pide vivir vigilantes, no tanto vigilantes de los demás cuanto de nosotros mismos: que el corazón no se vacíe de contenidos liberadores. Estamos destinados a vivir y a entregar la vida. Unas veces nos tocará bajar al sótano oscuro de la condición humana; otras veces nos tocará compartir los gozos y las alegrías, ese intento permanente de superación que acompaña al hombre cuando intenta vivir en la verdad y hace de él un buen candidato para ser feliz. Cuando eres pastor y siervo no hay tiempo para los amores furtivos, la codicia o la soberbia. Hay tiempo para la vigilancia, para cuidar el rebaño y buscar al hermano perdido. Hay tiempo para el amor y la misericordia y, quizá, para el sufrimiento. No hay misericordia sin dolor, ni dolor sin lágrimas. Así pasa cuando la compasión nos pone en el lugar del otro: su quiebra es la nuestra. Para poder resistir, ¿tendrá el pastor que endurecer el corazón? Más bien tendrá que abrazar la fortaleza, aceptar que el dolor es grande cuando el corazón es grande y descansar en los brazos de Aquel que, sin dudarle, dio la vida.

Le. 15, 4-7 es un texto que se ubica en medio de las parábolas de la misericordia. Las tres parábolas tienen el mismo esquema: son parábolas de pérdida, de búsqueda y de encuentro de una dracma, de una oveja, de un hijo. Lo que queda en evidencia es el amor de Dios y, al mismo tiempo, su gran alegría, capaz de saltar de la tierra al cielo. En la

parábola del buen pastor Jesús nos arranca de la neutralidad y nos mete en la historia de la misericordia de Dios. Esta historia puede ser nuestra historia, bien la de la oveja perdida, que es buscada, encontrada y amada, bien la del pastor que busca, encuentra y ama. El texto de Lucas recupera aquello en lo que el Antiguo Testamento insiste: Ezequiel 34, 11-16.: *“Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré... Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a la majada... Buscaré la oveja perdida y traeré a la descarriada, vendaré a la herida, robusteceré a la flaca”*. Isaías 40, 11: el pastor *“apacienta el rebaño, lleva en sus brazos a los corderos y conduce con delicadeza a las recién paridas”*. Puede que por los caminos de Galilea, cuando Jesús ejercía la itinerancia, fuese rezando el precioso salmo 22: *“El Señor es mi pastor, nada me faltar”*. Un imaginario que acompañó desde antiguo al pueblo peregrino y que fue conformando el corazón pastoral de la Iglesia. Jesús es el Pastor y, de su mano, también nosotros somos pastores.

Quizá lo más hermoso de la parábola sea el amor del pastor por sus ovejas. Resulta conmovedor y nos recuerda como para Dios todos somos hijos únicos, merecedores de todo su amor. No hay tiempos intermedios, ni hipotecados, ni perdidos. Importa la oveja que hay que buscar *“hasta que”* es encontrada. La Palabra será insistente: Jesús *“vino a salvar lo que estaba perdido”* (Lc 19, 10). De aquí la inmensa alegría de Dios: *“En el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión”* (Lc 15, 7). ¿Será esta la actitud del cristiano, del cura pastor, del pequeño discípulo que ora a los pies de la cruz y del sendero que conduce a la vida? La parábola nos dice, al menos, dos cosas importantes: cómo es Dios y cómo quiere que seamos nosotros, hombres y mujeres capaces de arriesgar la vida por el Reino y su justicia. Así, como Él.

Orando la parábola del Buen Pastor me he preguntado si Dios seguiría siendo Dios perdiéndonos y olvidándonos. La parábola tiene una profunda consecuencia pastoral y existencial. Me refiero al tema del riesgo que como discípulos y como Iglesia tenemos que correr. Los tiempos actuales no merecen ni necesitan una iglesia de mantenimiento, endogámica, encerrada en sí misma, obsesionada con su supervivencia, su capacidad de incidencia y de poder. La clave es la misión y la capacidad de arriesgar la propia vida. El Papa Francisco nos pide salir al encuentro, a las periferias, a la intemperie, a la itinerancia. Nos pide romper el círculo de la inercia, de la acomodación y de la mediocridad y, por lo tanto, la capacidad de derribar los muros de la codicia, de la mentira y del afán de poder. Y no sólo. Nos pide también la capacidad de sufrir por aquello que amamos, superando la tentación de convertir el redil en una guarida al amparo de cualquier riesgo. ¿Saldremos del hoyo de la pederastia, de los escándalos financieros, de los abusos de poder, sin que nos cueste nada? Puede que, cuando Jesús habla del buen pastor y de la oveja perdida, muchos se pregunten qué sentido tiene poner en peligro la vida si todavía contamos con noventa y nueve ovejas y un redil confortable. ¿Serán tantas las ovejas? Si pensamos así y consentimos en perder una puede que no merezcamos tener ninguna. Habrá que esforzarse y andar el camino de la búsqueda hasta encontrar la oveja, pues es ella la que nos saca de la acomodación de nuestro redil y nos lanza nuevamente a los caminos. Siempre recordaré, siendo yo joven estudiante de teología, en los albores de Adsis, la pasión que José Luis Pérez ponía al explicarnos la parábola del Buen Pastor. Por primera vez tomé conciencia de lo que significaba perder una oveja o las noventa y nueve y quedarnos sólo con una. Vivo muy agradecido al fundador de Adsis, porque aquella pasión por las pérdidas, pocas o muchas, nos acompañó para siempre.

Y, sin embargo, ser pastores de nuestros hermanos no es tarea fácil. Supone establecer un vínculo capaz de comprometer la vida y de correr riesgos insospechados. Me refiero a la fraternidad sin la cual la Iglesia se desvanece o se reduce. Muchos cristianos experimentan la tentación de dar marcha atrás o de acomodarse al individualismo que hoy pregona la cultura dominante. También Jesús fue tentado nada más comenzar su misión (Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13) y también cuando pendía de la cruz (Mc 15, 31; Mt 27, 42). Posiblemente sus tentaciones sean las nuestras.

El Papa, de forma pedagógica, nos recuerda algunas de las tentaciones de un cristiano que, a pesar de sus limitaciones, quiere ser pastor (*La alegría del Evangelio*, EG, 76-101). Son tentaciones que tenemos que vivir con realismo, sin ignorar nuestra fragilidad, pero conscientes de que no estamos solos en el camino del seguimiento. A nuestro lado camina Jesús y su Iglesia y, al final, aunque la marea de la vida nos arrastre con su resaca, siempre tendremos que estar abiertos y disponibles a la fuerza de la gracia.

Una primera tentación es la de diluir la propia identidad con la consiguiente pérdida de pasión por el Reino. Los cambios culturales han sido tan fuertes y acelerados que apenas nos damos cuenta del proceso de asimilación que, día a día, podemos sufrir. Humanamente hablando somos sensibles a las ofertas de felicidad que se nos proponen. También nosotros hemos normalizado el consumo, el ansia de tener y de disfrutar de la vida. Cuando estas preocupaciones ocupan el centro de nuestros intereses la tensión oblativa disminuye y nuestras tareas y responsabilidades aparecen como una carga de la que, en lo posible, es preciso huir. Nos distanciamos del dolor del hombre y fácilmente caemos en un estilo de vida distante del evangelio.

Una segunda tentación que el Papa señala es la desidia pastoral, consecuencia sin duda de una identidad débil. ¿Será suficiente con hacernos presentes en las parroquias los fines de semana o con motivo de alguna celebración o curso formativo? Ser agentes de pastoral y, muy especialmente, presbíteros, supone vivir y convivir con la gente, con la comunidad, crear vínculos fraternos y ser referencia de vida y de entrega. Frente a ello, la tentación es cuidar y promover proyectos personales, tiempos personales, tareas personales, lejos del fermento de fe y de vida que la comunidad necesita para ser creyente y creíble.

Una tercera tentación es el pesimismo estéril, fruto del distanciamiento del rebaño y del desencanto que nos produce la falta de esperanza. Frente al agua derramada y perdida, el Papa utiliza la imagen del cántaro de agua para poder saciar la sed del hombre. Sin duda que la dificultad que hoy supone para todos la nueva evangelización produce en las iglesias un cierto desconcierto y temor. La tentación endogámica de dedicarnos “a lo nuestro”, de encerrarnos en el pequeño círculo eclesial que conocemos y controlamos, es demasiado grande. Salir al encuentro, compartir, convivir, dialogar y mantener la propia fe en contextos de indiferencia o de adversidad nos resulta penoso y nos desalienta. Tememos ser señalados, incomprensidos y rechazados en la medida en que nuestros planteamientos y valores contradicen lo políticamente correcto.

Estas dificultades, de hecho, generan un cierto resentimiento en muchos agentes de pastoral. Un resentimiento capaz de encerrarnos en nosotros mismos. Por eso, una cuarta tentación, presente hoy también en el clero y en la vida consagrada, es el individualismo, algo que fácilmente nos lleva a escapar de la comunidad, de los jóvenes, de los pobres y de los colectivos vulnerables que suponen, de hecho, un esfuerzo de dedicación y de entrega.

El Papa nos previene contra una quinta tentación que nos afecta de forma un tanto sibilina, algo que se esconde tras la apariencia de religiosidad: buscar la propia gloria en lugar de la gloria de Dios. Jesús rechaza de forma radical semejante hipocresía. Escribas y fariseos son auténticos maestros a la hora de aparentar lo que no son. Los sepulcros blanqueados también son un cementerio de la fe auténtica. El evangelio nos pide una fe sencilla, misericordiosa y compasiva; nos pide una presencia fraterna y solidaria que, más allá de las apariencias, del espectáculo o del cumplimiento formal, libere al hombre de cuanto le oprime y le impide ser hijo y hermano. El Papa rechaza cualquier elitismo narcisista y autoritario que, a la postre, es capaz de robarnos el evangelio.

Evangelii Gaudium nos presenta una última tentación que ha sido siempre un auténtico dolor para la Iglesia a lo largo de su historia y en el momento presente: las divisiones y guerras que existen entre nosotros cuando, por encima del respeto mutuo, de la comunión eclesial o de la pastoral de conjunto, prevalecen la fuerza de la ideología, las

fobias personales, el afán de protagonismo, la búsqueda del poder, del prestigio o de la seguridad económica. Se trata de una grave tentación, causa de sufrimiento para muchos hermanos. Las palabras del Papa nos obligan a aterrizar en lo que, de hecho, marca muchas de nuestras relaciones: *“Me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aún entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?”* (EG, 100). Lo que nos está pidiendo a gritos es que no nos dejemos robar el amor fraterno.

El cuidado de los hermanos y la evangelización no sólo necesitan lucidez en los análisis y en el reconocimiento de nuestras culpas. Necesitamos dejar espacio al viento del Espíritu, dejar que fructifiquen las semillas del Verbo presentes en la historia, sembrar paz y esperanza en el corazón de nuestros hermanos y vivir atentos a la sed de Dios, del sentido último de la vida, que está presente, a veces de forma dramática, en el corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El buen pastor es un hombre de fe que, con su propia vida, indica el camino hacia la Tierra Prometida y mantiene viva la esperanza.

Ser pastores buenos de nuestros hermanos es el mejor premio que se nos puede dar. Siempre podremos hacer algo a favor del rebaño y del pastor, cuidar y rezar y, cuando alguna oveja se pierda, orar más intensamente y llenar de esperanza la nostalgia del que nunca será asalariado, sino pastor responsable de cada una de las ovejas. Especialmente podremos orar por tanta gente perdida en el laberinto de la historia o de la vida cotidiana. Puede que a alguno le podamos contar nuestra verdad: *“Él te cubrirá con sus plumas y hallarás refugio bajo sus alas”* (Sal. 91). Los hermanos mayores no debemos ser presumidos y pensar que, por ser viejos, estamos ya libres de cualquier tentación. Más bien debemos de poner en el cuenco de nuestras manos la propia vida y la de cuantos con nosotros construyen la Iglesia del Señor. La tarde de la vida es también una hora de ofrenda y de súplica a favor de las ovejas y de los pastores.

La gracia del tiempo y la alianza de las edades de la vida⁸⁵

Papa Francisco

Hoy empezamos un recorrido de catequesis que busca inspiración en la Palabra de Dios *sobre el sentido y el valor de la vejez*. Hagamos una reflexión sobre la vejez. Desde hace algunos decenios, esta edad de la vida concierne a un auténtico “nuevo pueblo” que son los ancianos. Nunca hemos sido tan numerosos en la historia humana. El riesgo de ser descartados es aún más frecuente: nunca tan numerosos como ahora, nunca el riesgo como ahora de ser descartados. Los ancianos son vistos a menudo como “un peso”. En la dramática primera fase de la pandemia fueron ellos los que pagaron el precio más alto. Ya eran la parte más débil y descuidada: no los mirábamos demasiado en vida, ni siquiera los vimos morir. He encontrado también esta Carta de los derechos de los ancianos y los deberes de la comunidad: ha sido editada por los gobiernos, no está editada por la Iglesia, es algo laico: es buena, es interesante, para conocer que los ancianos tienen derechos. Hará bien leerla.

Junto a las migraciones, la vejez es una de las cuestiones más urgentes que la familia humana está llamada a afrontar en este tiempo. No se trata solo de un cambio cuantitativo; está en juego *la unidad de las edades de la vida*: es decir, el real punto de referencia para la comprensión y el aprecio de la vida humana en su totalidad. Nos preguntamos: ¿hay amistad, hay alianza entre las diferentes edades de la vida o prevalecen la separación y el descarte?

Todos vivimos en un presente donde conviven niños, jóvenes, adultos y ancianos. Pero la proporción ha cambiado: la longevidad se ha masificado y, en amplias regiones del mundo, la infancia está distribuida en pequeñas dosis.

También hemos hablado del invierno demográfico. Un desequilibrio que tiene muchas consecuencias. La cultura dominante tiene como modelo único el joven- adulto, es decir un individuo hecho a sí mismo que permanece siempre joven. Pero, ¿es verdad que la juventud contiene el sentido pleno de la vida, mientras que la vejez representa simplemente el vaciamiento y la pérdida? ¿Es verdad esto? ¿Solamente la juventud tiene el sentido pleno de la vida, y la vejez es el vaciamiento de la vida, la pérdida de la vida? La exaltación de la juventud como única edad digna de encarnar el ideal humano, unida al desprecio de la vejez vista como fragilidad, como degradación o discapacidad, ha sido el icono dominante de los totalitarismos del siglo XX. ¿Hemos olvidado esto?

⁸⁵ Catequesis durante la audiencia general del miércoles, 23 de febrero de 2022.

La prolongación de la vida incide de forma estructural en la historia de los individuos, de las familias y de las sociedades. Pero debemos preguntarnos: ¿su calidad espiritual y su sentido comunitario son objeto de pensamiento y de amor coherentes con este hecho? ¿Quizá los ancianos deben pedir perdón por su obstinación a sobrevivir a costa de los demás? ¿O pueden ser honrados por los dones que llevan al sentido de la vida de todos? De hecho, en la representación del sentido de la vida —y precisamente en las culturas llamadas “desarrolladas”— la vejez tiene poca incidencia. ¿Por qué? Porque es considerada una edad que no tiene contenidos especiales que ofrecer, ni significados propios que vivir. Además, hay una falta de estímulo por parte de la gente para buscarlos, y falta la educación de la comunidad para reconocerlos. En resumen, para una edad que ya es parte determinante del espacio comunitario y se extiende a un tercio de toda la vida, hay —a veces— planes de asistencia, pero no proyectos de existencia. Planes de asistencia, sí; pero no proyectos para hacerles vivir en plenitud. Y esto es un vacío de pensamiento, imaginación, creatividad. Bajo este pensamiento, el que hace el vacío es que el anciano, la anciana son material de descarte: en esta cultura del descarte, los ancianos entran como material de descarte.

La juventud es hermosa, pero la eterna juventud es una alucinación muy peligrosa. Ser ancianos es tan importante —y hermoso— es tan importante como ser jóvenes. Recordemos esto. La alianza entre las generaciones, que devuelve al ser humano todas las edades de la vida, es nuestro don perdido y tenemos que recuperarlo. Ha de ser encontrado en esta cultura del descarte y en esta cultura de la productividad.

La Palabra de Dios tiene mucho que decir a propósito de esta alianza. Hace poco hemos escuchado la profecía de Joel: «vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones» (3,1). Se puede interpretar así: cuando los ancianos resisten al Espíritu Santo, enterrando en el pasado sus sueños, los jóvenes ya no logran ver las cosas que se deben hacer para abrir el futuro. Sin embargo, cuando los ancianos comunican sus sueños, los jóvenes ven bien lo que deben hacer. A los jóvenes que ya no interrogan los sueños de los ancianos, metiéndose de cabeza en visiones que no van más allá de sus narices, les costará llevar su presente y soportar su futuro. Si los abuelos se repliegan en sus melancolías, los jóvenes se encorvarán aún más en su *smartphone*. La pantalla puede incluso permanecer encendida, pero la vida se apaga antes de tiempo. ¿La repercusión más grave de la pandemia no está quizá precisamente en el extravío de los más jóvenes? Los ancianos tienen recursos de vida ya vivida a los cuales pueden recurrir en todo momento. ¿Se quedarán de brazos cruzados ante los jóvenes que pierden su visión o los acompañarán calentando sus sueños? Ante los sueños de los ancianos, ¿qué harán los jóvenes?

La sabiduría del largo camino que acompaña la vejez a su despedida debe ser vivida como un don del sentido de la vida, no consumida como inercia de su supervivencia. La vejez, si no es restituida a la dignidad de una vida humanamente digna, está destinada a cerrarse en un abatimiento que quita amor a todos. Este desafío de humanidad y de civilización requiere nuestro compromiso y la ayuda de Dios. Pidámoslo al Espíritu Santo. Con estas catequesis sobre la vejez, quisiera animar a todos a invertir pensamientos y afectos en los dones que esta lleva consigo y que aporta a las otras edades de la vida. La vejez es un don para todas las edades de la vida. Es un don de madurez, de sabiduría. La Palabra de Dios nos ayudará a discernir el sentido y el valor de la vejez; que el Espíritu Santo nos conceda también a nosotros los sueños y las visiones que necesitamos. Y quisiera subrayar, como hemos escuchado en la profecía de Joel, al principio, que lo importante no es solo que el anciano ocupe el lugar de sabiduría que tiene, de historia vivida en la sociedad, sino también que haya un coloquio, que hable con los jóvenes. Los jóvenes deben hablar con los ancianos, y los ancianos con los jóvenes. Y este puente será la transmisión de la sabiduría en la humanidad. Deseo que estas reflexiones sean de utilidad para todos nosotros, para llevar adelante esta realidad que decía el profeta Joel, que, en el diálogo entre jóvenes y ancianos, los ancianos puedan ofrecer los sueños y los jóvenes puedan recibirlos para llevarlos adelante. No olvidemos que en la cultura tanto familiar como social los ancianos son como las raíces del árbol: tienen toda su historia ahí, y los jóvenes

son como las flores y los frutos. Si no viene esta savia, si no viene este “goteo” —digamos así— de las raíces, nunca podrán florecer. No olvidemos ese poeta que he citado tantas veces: “Lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado” (Francisco Luis Bernárdez). Todo lo hermoso que tiene una sociedad está en relación con las raíces de los ancianos. Por eso, en estas catequesis, yo quisiera que la figura del anciano se destaque, que se entienda bien que el anciano no es un material de descarte: es una bendición para la sociedad.

EDUCACIÓN

Clase de Religión 3.0 Nuevos tiempos para la ERE⁸⁶

Carlos Esteban Garcés⁸⁷

Hubo un tiempo en el que la enseñanza religiosa fue católica y obligatoria, se entendía como catecismo; sus fundamentos estaban condicionados por un contexto homogéneo y católico en lo social y hasta en lo político. Aquella fue la primera versión de la clase de Religión que se desarrolló, entre otras etapas, durante la dictadura franquista. La historia avanzó hacia una segunda versión en contextos democráticos y de pluralidad, su pedagogía asumía nuevos escenarios de diversidad cultural y, por tanto, se planteaba en diversas confesiones y opcional; sus fundamentos eran jurídicos: libertad de educación y derecho de las familias. Ahora entramos en una tercera versión de la enseñanza de las religiones: Clase de Religión 3.0 es la expresión que simboliza un nuevo tiempo para la ERE y un relato más pedagógico en diálogo con los signos de los tiempos y con un futuro por escribir.

1. La historia de la ERE tiene su lógica (versión 1.0)

En las narrativas que describen la historia encontramos etapas y características que explican cómo se ha configurado la enseñanza religiosa en tiempos pasados. No se trata ahora de justificar ni aquella historia ni las formas en las que se ha planteado la educación, en general, y las clases de Religión, en particular. Pero sí se puede decir que aquellas fórmulas en las que se articulaba la enseñanza religiosa seguían la lógica de su tiempo; lógicas en su acepción de consecuencia esperable. Por tanto, era de esperar que, en las sociedades antiguas de cultura homogénea, en las que la religión formaba parte con naturalidad de la sociedad, todos los roles educadores, no solo la escuela, estuvieran condicionados por aquella identidad y así se transmitieran sin vacilaciones en sus estructuras.

La enseñanza religiosa católica, obligatoria y como catecismo, era una consecuencia lógica del contexto y de la cultura de aquellos tiempos. Lo mismo podríamos decir de la educación en general y de otras costumbres y tradiciones. Si miramos otras latitudes, solo cambiaría la confesión religiosa. El análisis de aquellos tiempos en su contexto, algo que también tiene su lógica, explica el pasado y ayuda a entender el presente. Naturalmente, descontextualizadas, aquellas situaciones resultan más oscuras. Sin negar sus limitaciones,

⁸⁶ Pliego publicado en la revista "Vida Nueva", número 3.284 del 10-16 de septiembre de 2022.

⁸⁷ Director del Observatorio de la Religión en la Escuela.

todos los tiempos pasados forman parte de lo que nos ha hecho llegar hasta aquí y han sido necesarios para ser superados.

Así pues, hubo un tiempo en el que la enseñanza católica formaba parte de la sociedad y de la escuela con naturalidad. La presencia de lo religioso era reconocida como elemento configurador de la cultura y hasta de los regímenes políticos. En nuestro contexto era lo católico, en otros eran confesiones evangélicas o tradiciones judías e islámicas. Estudiosos del tema, como **Teódulo García Regidor**, confirman que toda la acción educativa de aquel tiempo giraba en torno a los principios de la fe cristiana.

Aquella **enseñanza religiosa** que se vivió en contextos sociales de homogeneidad cultural y religiosa la calificamos como **una primera versión**. Algunas evidencias de aquella forma de entender la educación y la religión en la escuela pueden encontrarse con facilidad en los Concordatos de 1851 y 1953.

A partir de entonces, la secularización de la sociedad conllevó ese mismo proceso en la enseñanza. El impacto de la Ilustración y la modernidad abrirá caminos de autonomía respecto de lo religioso, para la política, la cultura y la educación. Ya en el s. XIX se dieron pasos hacia una legítima separación de la Iglesia y el Estado que superaba el monopolio de lo religioso sobre la cultura, la sociedad y la política. En la mayoría de las sociedades occidentales, con sus precedentes, esta emergente laicidad llegó a lo largo del s. XX; en otros contextos no ha llegado todavía en el s. XXI. En España, la dictadura franquista solo retrasó algunas décadas los efectos de este proceso.

El impacto de esta natural secularización alumbraba nuevos escenarios para las libertades individuales, la pluralidad social y la diversidad cultural y religiosa. Un nuevo dominio de la razón con sus implicaciones fundamenta la creciente separación de lo civil y lo religioso. Sus efectos suponían una *desclericalización* de la escuela y *desconfesionalización* de la enseñanza. La Iglesia, que había ejercido durante siglos un servicio a la sociedad a través de la educación, una influencia y un cierto control ideológico, vivirá un significativo retroceso cediendo espacios más al Estado que a la sociedad civil. **María Dolores Gómez Molleda** explica sabiamente cómo esta secularización de la enseñanza puede ser calificada como un proceso propio e irreversible de la modernidad, pero explica que no tenía por qué haber sido necesariamente en contra de la Iglesia.

2. La lógica evolución de la ERE (versión 2.0)

El Concilio Vaticano II supondrá para la Iglesia católica una renovación de sus relaciones con la política, las sociedades y las culturas. Más allá de los documentos que marcan el epicentro del cambio –*Lumen gentium*, *Gaudium et spes* o *Dignitatis humanae*, entre otros–, *Gravissimum educationis* reconoce el derecho fundamental a la educación como pleno desarrollo de la personalidad, la libertad de educación y el derecho preferente de las familias en la formación religiosa y moral de sus hijos de acuerdo con sus propias convicciones.

La Constitución de 1978 culminó una transición política situando a la sociedad española en un nuevo escenario social de pluralidad y democracia. Lógicamente, el Estado dejó de ser confesional y pasó a una nueva situación de neutralidad respecto a las ideologías y religiones. Si se entiende bien, se alcanzó una situación de sana laicidad o de aconfesionalidad en la cuestión religiosa, pendiente todavía hoy de madurar el principio de cooperación de los poderes públicos con las religiones.

Como consecuencia lógica de estos factores de cambio en la Iglesia y en la sociedad española, la religión en la escuela evolucionará hacia una **enseñanza confesional de las religiones**, ya en plural. Así se llega a lo que nosotros denominamos **una segunda versión** de la ERE. Las evidencias de esta comprensión están en los acuerdos del Estado con la Iglesia católica en 1979 y con otras confesiones en 1992, que desarrollan derechos y libertades fundamentales. Esta segunda versión de la ERE comienza en España con la transición democrática y llega hasta nuestros días. Este concepto de enseñanza confesional de las religiones coincide con la realidad que predomina en los países europeos. Se trata de una versión acorde con la democracia, con la pluralidad de la sociedad y con la diversidad cultural y religiosa que configura nuestro tiempo.

La referencia de este modo de comprender la enseñanza de las religiones la encontramos, en el caso de la religión católica, en el documento eclesial publicado el 11 de junio de 1979 por la Comisión Episcopal de Educación. Aquel documento instituyó un nuevo modo de entender la enseñanza de la religión, como explicaba **Francisco Ferrer**, secretario de aquella Comisión, que justificaba la novedad respecto a la enseñanza religiosa católica existente hasta ese momento y que quedaba formalmente superada.

Esta nueva versión de la ERE estaba vertebrada por dos propiedades: su dimensión pedagógica, proponiendo un diálogo entre la fe y la cultura; y su dimensión escolar, definiéndola en el marco de las finalidades propias de la educación, como materia ordinaria, tanto en su forma como en sus métodos. De hecho, la ERE se define como exigencia de la escuela, de la educación integral y se sitúa en línea con la formación humana propia de la institución escolar.

Una característica propia de esta versión de la ERE es su clara diferencia con la catequesis: el carácter propio de esta enseñanza de la religión en la escuela se explica, respecto de la catequesis de la comunidad cristiana, porque son dos ámbitos distintos, tienen diversas fuentes de iniciativa, distinta intencionalidad de los destinatarios, por tanto, objetivos diversos; en definitiva, se define en el marco de las finalidades de la escuela, inseparable de la formación humana. Otra característica de esta versión de la ERE es su confesionalidad católica, se entiende como servicio eclesial en el ámbito de la escuela y, por tanto, es de libre opción para las familias, entre otras posibles religiones, que se ofertan en el sistema educativo.

Esta versión de la ERE ha funcionado razonablemente bien durante más de cuarenta años, como confirman los informes del Observatorio de la Religión en la Escuela de 2010 y 2020. Sus indicadores muestran una buena valoración por sus protagonistas, profesores, familias y alumnos, aunque una imagen estereotipada por algunos sectores socioculturales y políticos. Es decir, estamos ante una realidad que no presenta problemas en su desarrollo cotidiano, aunque sí se detecta una percepción mediática que la problematiza.

Entre las causas que explican esta situación, se apunta el agotamiento de un discurso oficial que justifica la ERE reduciéndose a una argumentación jurídica que ya no resulta suficiente. Sin negar el indiscutible derecho de las familias, este discurso formalista ha desembocado inevitablemente en los Acuerdos Iglesia-Estado, alimentando, de forma indirecta, reminiscencias de la primera versión de la ERE vinculada a la dictadura franquista y socavando así su percepción sociocultural y política. Este reduccionismo del relato sobre la ERE ha derivado también en un cierto aislamiento respecto del sistema educativo que le alejaba del discurso más pedagógico. En alguna medida, como diagnosticamos en *La clase de Religión en salida* (PPC, 2020), la ERE giraba ya demasiado sobre sí misma y parecía cada vez más ajena a lo que estaba pasando en la educación.

3. Una piedra en el camino: los estereotipos sobre la ERE

A pesar de la lógica de la historia, de su evolución y de los indicadores positivos en su funcionamiento, es frecuente encontrarnos con interpretaciones de la enseñanza de la religión como problema. En buena medida, esta percepción se sostiene alimentada por algunos estereotipos, es decir, ideas e imágenes generalizadas e inmutables que proceden de otros tiempos y que se aplican sobre la realidad actual para caracterizarla y condicionarla; los estereotipos pueden contener una parte de verdad, pero proyectan su visión distorsionada que se impone a la realidad. Los estereotipos que afectan a la enseñanza de la religión se explican porque, en su primera versión, la religión estuvo asociada a contextos de dictadura, y la pervivencia de aquella imagen en tiempos actuales es lo que genera los estereotipos.

a. Privilegio vs. libertad

Uno de los estereotipos que se mantienen hoy en el imaginario colectivo procede de la dictadura franquista, que imponía su obligatoriedad. El Concordato de 1953 entre el Estado español y la Santa Sede confirmaban un arquetipo de escuela monopolizado por la moral católica, de la que deriva la idea de privilegio de la Iglesia católica. Sin embargo, aquella primera versión de la enseñanza religiosa fue oficialmente superada y, desde 1979, la enseñanza de las religiones nunca ha sido obligatoria en el sistema educativo.

b. Adoctrinamiento vs. currículo

Otro de los estereotipos es el adoctrinamiento y la referencia a los dogmas. Se sugiere una imagen esotérica y poco racional del saber religioso que erosiona la percepción de la calidad académica de la ERE y su profesorado. No faltan quienes proponen “la escuela para aprender y las iglesias para rezar”, de ahí su impugnación de la religión en la escuela por la falta de rigor académico. Nosotros hemos explicado en otros lugares la transición del catecismo al currículo escolar con el consiguiente rigor pedagógico. Fue la Iglesia alemana en 1974, y la española en 1979, las que inspiraron este avance.

c. Política vs. pedagogía

La legislación de la enseñanza de la religión invocando imperativos legales ajenos a la escuela alimenta otro estereotipo que impugna de nuevo la ERE. La LOMLOE ha puesto de manifiesto, otra vez, esta percepción con otra disposición adicional muy parecida a la de la LOGSE de 1990: se reducen las enseñanzas de religión al escrupuloso cumplimiento de los acuerdos con las confesiones religiosas. Este reduccionismo político evita cualquier planteamiento pedagógico sobre el saber religioso y oculta sus contribuciones a la educación integral, su auténtico fundamento.

d. Los datos de la realidad

Como hemos visto, los estudios del Observatorio de la Religión en la Escuela, publicados en su web (ore.fundacion-sm.org), revelan indicadores que permitirían superar estos estereotipos y ponen de manifiesto la contribución educativa de la ERE. Indicamos solamente algunas evidencias: alta satisfacción del **alumnado**, que aprecia sus aprendizajes en valores (85%), en tolerancia (82%), en diversidad cultural, lo que

experimentan en las propias clases ya que más de la mitad comparte aulas con estudiantes de otras religiones; notable satisfacción de las **familias**, que eligen la asignatura para mejorar la formación de sus hijos (73%) y que la recomiendan para creyentes y no creyentes por sus contribuciones educativas (83%); alta cualificación profesional de los **docentes**, la mayoría con doble titulación universitaria (75% en secundaria), mayoría comprometida socialmente con la justicia (71%) y obteniendo la mejor valoración del alumnado (51% en los centros públicos). Finalmente, merece la pena destacar los resultados que muestran la positiva valoración de los **antiguos alumnos**, que hoy reconocen el impacto formativo de aquellas clases en su desarrollo personal (79%) y profesional (66%) y que, entre otras aportaciones, afirman que aquella formación les hizo más sensibles hacia los más débiles de la sociedad (77%) y desarrollaron su pensamiento crítico (67,5%).

4. Un nuevo tiempo para la clase de religión (y versión 3.0)

Esta historia de la enseñanza de la religión, en las dos versiones que hemos descrito, reclamaba con lógica nuevos tiempos. Con responsabilidad anticipatoria, era necesario inspirar una renovación de la clase de Religión, abriendo caminos a la vida y movilizándolo su diálogo con numerosas iniciativas emergentes, tanto en el ámbito educativo como sociocultural y, por supuesto, con una Iglesia en salida. Los primeros pasos para los nuevos tiempos apuntaban a una ERE en salida, como un nuevo atrio de los gentiles capaz de transformarla en un espacio inclusivo de todos y para todos.

Por nuestra parte, percibimos que estamos entrando en un nuevo tiempo para la ERE, **una tercera versión** de la enseñanza de las religiones. **Clase de Religión 3.0** es la expresión que simboliza estos nuevos tiempos. La Pedagogía de la Religión se ha abierto a dialogar con todo lo que está aconteciendo en la educación internacional y local, y con todo lo que está pasando en la Iglesia, porque en esta nueva versión de la enseñanza de las religiones nada de lo humano nos es ajeno. Con esta apertura se ha contribuido a ensanchar su relato y fundamentos en contextos de democracia y pluralidad, de diversidad cultural y religiosa; y se ha inspirado una actualización en los mapas que vertebran sus aprendizajes esenciales. Necesitábamos enriquecer una narrativa de una ERE más pedagógica y menos jurídica, y era urgente renovar la arquitectura de su propuesta formativa; ambos objetivos se han conseguido con fidelidad creativa, manteniendo su esencia y dando respuesta a los desafíos del momento presente.

Lo que caracteriza este nuevo tiempo es, sobre todo, un renovado relato más pedagógico sobre la enseñanza de las religiones. Se cuida lo esencial de su identidad y naturaleza, se mantienen los argumentos jurídicos y se ensancha su narrativa visibilizando las contribuciones educativas. Se fortalece así la definición de una clase de Religión que se sitúa visiblemente en el marco escolar. Y se identifican las contribuciones educativas que se derivan de su fuente epistemológica, la teología, y de las otras fuentes del currículo escolar, la psicopedagogía y la sociología.

La didáctica de la religión ha propuesto una nueva geografía para identificar y estructurar los aprendizajes esenciales de las clases de Religión en el sistema educativo. La versión 3.0 es una enseñanza de la religión centrada en la formación integral del alumno, que contribuye visiblemente al desarrollo de los estudiantes en sus edades escolares para crecer y construirse como personas, en línea con nuestra mejor tradición humanista y educadora. La clase de Religión 3.0 contribuye así al humanismo, a un nuevo humanismo, en línea con nuestra mejor antropología teológica. En síntesis, el nuevo mapa de las contribuciones educativas de la ERE se articula en tres territorios de aprendizajes esenciales:

- Acoger el legado de nuestra cultura en un sentido amplio, lo que es, lo que la ha

hecho surgir, lo que nos ha hecho ser, y asumir el compromiso de su mejora.

- Comprender la responsabilidad de aprender a vivir en sociedad, de habitar el planeta, cuidando los valores humanizadores y la formación cívica y ética necesaria.
- Cultivar el sentido de la vida y el proyecto vital, personal y social, en el que las creencias y los ideales son necesarios para nutrir las raíces de la personalidad humana.

Este nuevo tiempo reclamaba disponer de un nuevo mapa para identificar con acierto los aprendizajes esenciales que, seleccionados de nuestra tradición cristiana, proporcionan los nutrientes necesarios para una educación personal íntegra y sólida, emocional y cognitiva, con sentido y valores. Se trata, en definitiva, de aprendizajes culturales, sociales y éticos, vitales y de sentido que sabemos pedagógicamente que pueden ser invisibles, pero que son esenciales para despertar la dignidad y mejor versión de todos y cada uno de nuestros estudiantes. Una vez que se dispone de un mapa, es más fácil la elección de contenidos y métodos que nuestra historia e identidad nos proporcionan.

a. Nuevo currículo de Religión Católica

El nuevo currículo de Religión Católica para la LOMLOE, elaborado por la Conferencia Episcopal Española en un proceso participativo y sinodal, está en línea con esta versión de Clase de Religión 3.0. Creemos que tanto el proceso como el resultado de este nuevo currículo confirman los nuevos tiempos y constituyen una aportación significativa a la Iglesia y a la educación que dará mucho fruto en el futuro. Era un desafío decisivo para la viabilidad de la enseñanza de la religión y, afortunadamente, la Iglesia ha respondido con altura de miras; porque no solo ha dado respuesta a las urgencias de esta reforma educativa, sino que también ha preparado el futuro de la enseñanza de la religión en la escuela.

Antes de describir algunas novedades del nuevo currículo, es oportuno recordar nuestra posición crítica con el tratamiento que la LOMLOE ha impuesto sobre las enseñanzas de religión: a pesar de la nueva pedagogía de la religión, esta reforma ha mantenido sus viejas políticas; no ha asumido ningún planteamiento educativo sobre el saber religioso; y se ha quedado, una vez más, en un escrupuloso cumplimiento de los acuerdos del Estado con las religiones. Una oportunidad perdida, sin duda.

Los diálogos han existido y se han manejado escenarios mejores, pero el Ministerio de Educación no ha estado a la altura de los nuevos tiempos, como evidencia lo legislado sobre la ordenación académica de la ERE y la ausencia del mínimo planteamiento educativo sobre el hecho religioso.

Para explicar el currículo de Religión es necesario indicar que está afectado, en buena medida, por lo que está pasando en el contexto internacional de la educación, además de lo que está sucediendo en la Iglesia universal, como confirmaremos al final. Este currículo de Religión se ha visto obligado a dialogar también con el nuevo marco curricular general de la LOMLOE, con las competencias clave de la Unión Europea (UE) y con el perfil de salida que se ha establecido para las etapas del sistema educativo. Lógicamente, el currículo de Religión ha asumido la estructura y forma que el Ministerio de Educación había fijado.

Estos diálogos se han realizado con lealtad, desde la propia identidad y naturaleza de la enseñanza escolar de la religión, sin renunciar a ninguno de sus fines formativos, y manteniendo su peculiaridad epistemológica, es decir, teológica. Como resultado, un

nuevo currículo en línea con las finalidades propias de la escuela, que responde a los desafíos de la sociedad del s. XXI y que permite desplegar íntegramente la identidad y naturaleza de la clase de Religión Católica. Su nueva estructura, coincidente con las otras áreas y materias, es la siguiente:

- La introducción describe el sentido y la legitimidad de la Religión Católica en el sistema educativo por sus contribuciones formativas. La narrativa pedagógica ha sido tan suficiente que no ha sido necesario mencionar los Acuerdos Iglesia-Estado.
- En lugar de objetivos, propone competencias específicas de Religión Católica que hacen referencia a conocimientos de carácter cognitivo, instrumental y actitudinal, y contienen sugerencias a situaciones de aprendizaje que favorecerán su adquisición.
- Establece criterios de evaluación relacionados con las competencias específicas que están formulados en aprendizajes competenciales y vinculados a los descriptores del perfil de salida que marcará la evaluación de cada etapa escolar.
- Presenta lo que hasta ahora definíamos como *contenidos*, que ahora se denominan *saberes básicos*. No se trata solo de un cambio nominal, se trata de centrar el aprendizaje en lo esencial de cada materia.
- Por último, describe algunas orientaciones metodológicas y para la evaluación que proponen situaciones de aprendizaje que los centros educativos podrán programar con autonomía en proyectos propios de forma disciplinar o globalizados.

b. Competencias específicas de Religión

La principal novedad de este currículo de Religión es que ha expresado sus intenciones educativas, por primera vez, en seis competencias propias que se mantienen a lo largo de todas las etapas educativas. Merece la pena proponer aquí una aproximación a esta novedosa propuesta que revela los objetivos formativos de la clase de Religión Católica.

Desarrollo personal, proyecto vital y dignidad humana

Una primera competencia está centrada en el crecimiento personal del alumnado, su libertad y responsabilidad, cuidando las experiencias de sentido. Integra las dimensiones psicoemocionales y cognitivas. Los saberes básicos que se proponen derivan de la visión cristiana de la persona y la antropología teológica, con ellos se contribuye a la configuración de la identidad personal, el despertar de la dignidad y autonomía, y la construcción del propio proyecto vital con sentido.

Esta competencia específica de Religión Católica está vinculada explícitamente con la competencia clave de la Unión Europea denominada personal, social y de aprender a aprender, y sus contribuciones educativas afectan positivamente a la adquisición de las otras.

Desarrollo social y relaciones con el entorno

Esta segunda competencia específica contribuye al desarrollo social del alumnado, sin descuidar la autonomía personal, y propone la comprensión cristiana de la dimensión relacional y una cosmovisión cristiana de la sociedad. Sus saberes básicos emanan básicamente de la enseñanza social de la Iglesia, con ellos se contribuye a que el alumnado aprenda a vivir con otros y desarrolle sus pertenencias sociales y culturales, y se comprometa con una ciudadanía global con sentido.

Esta competencia de Religión vincula la dimensión social con la identidad personal y se relaciona con la competencia clave ciudadana de la UE. La propuesta formativa es aprender a vivir con otros como condición y enriquecimiento del propio proyecto vital desarrollando habilidades de convivencia.

Sensibilidad en la inclusión y la fraternidad

La tercera competencia específica complementa el desarrollo personal y social del alumnado subrayando propuestas propias del mensaje cristiano, en concreto, se vincula al Reino de Dios como proyecto de plenitud para la vida humana. Los saberes básicos que se proponen trascienden la antropología y la sociología para alcanzar la teología, explicando la propuesta del proyecto de Dios para la humanidad desde la vida y el mensaje de Jesucristo. Esta competencia específica de Religión Católica asume y culmina las competencias clave personal y la ciudadana de la UE. Lógicamente, está relacionada con otras competencias a las que contribuye, porque las creencias y convicciones movilizan la motivación y la responsabilidad.

Interacción con el patrimonio social y cultural

Otra competencia específica del currículo de Religión plantea la formación de los alumnos en la acogida crítica del patrimonio cultural de nuestra historia y del presente, la comprensión de sus lenguajes, expresiones y su significado. Se plantea como formación de la sensibilidad estética, de la expresión en diversos lenguajes de las ideas y creencias propias. Sus contenidos forman la toma de conciencia de la identidad cultural y la responsabilidad de mejorarla en contextos de pluralidad e inclusión.

Esta competencia está vinculada con la competencia clave en conciencia y expresiones culturales de la UE y contribuye a las otras. La propuesta es la formación con las posibilidades de la cultura, para comprender la historia de la humanidad y su legado, y para expresar y participar crítica y creativamente en la diversidad cultural.

Cuidado de la interioridad y la experiencia religiosa

Esta competencia específica del currículo de Religión trata de cuidar el crecimiento interior de los alumnos y contribuir al despertar espiritual y la experiencia religiosa. Se propone cultivar las preguntas existenciales y la búsqueda de respuestas para emprender proyectos vitales con sentido. Los contenidos que se necesitan en esta competencia proponen el diálogo de las respuestas del cristianismo con otras religiones.

Esta competencia está relacionada explícitamente con las competencias personal, ciudadana y cultural de la UE. Las aportaciones de esta competencia complementan la

configuración del proyecto vital y un desarrollo de la vocación humana con sentido. Sin duda, es una aportación propia de la clase de Religión que no hacen otras materias.

Jesús de Nazaret y la comunidad eclesial

La sexta competencia específica del currículo de Religión está centrada en ayudar a los estudiantes a disponer de una síntesis del mensaje cristiano, reconociéndolo en la cultura y en la historia. La propuesta de una síntesis propia, con su identidad y pertenencia, es necesaria para facilitar el diálogo con otros saberes y completar así una comprensión de la vida, de la historia y del mundo. Los contenidos que se necesitan explican los conocimientos esenciales del Credo de la Iglesia y la tradición cristiana.

Las aportaciones de esta competencia, tal como se articulan en la teología, capacitan para el diálogo con las distintas racionalidades y saberes. Con ellas se contribuye al desarrollo de las competencias clave de la UE y al perfil de salida de la formación básica enriquecido con las aportaciones propias de la antropología cristiana.

c. Clase de Religión 3.0: un nuevo diálogo de la Teología con la Pedagogía

Este nuevo currículo de Religión Católica es fruto de un laborioso diálogo entre la Teología como fuente epistemológica, que garantiza su enfoque confesional, por ello es un servicio eclesial, y las otras fuentes del currículo, psicopedagógicas y sociológicas, respondiendo al método escolar en la ERE, por ello es formación humana. El resultado es un audaz equilibrio que supera la clásica preponderancia teológica en la articulación curricular. Ahora, el currículo es aparentemente más pedagógico, por tanto, visiblemente en línea con las finalidades educativas de la escuela, en línea con la nueva narrativa de la ERE más pedagógica.

Entendemos algunas posiciones críticas sobre si el currículo de Religión Católica debería subirse a este tren de las competencias y si la teología debería dialogar con la psicopedagogía o la sociología. La respuesta fácil era dejar que pasara este tren y mantener intacta la narración doctrinal ya conocida de un currículo cognitivo. Aunque era más complejo, valoramos el atrevimiento de diálogo que –como hemos escrito en otro lugar– permitirá que la clase de Religión no pierda el tren de la historia. Con esta aportación se garantiza la viabilidad de la enseñanza de la religión en futuros currículos todavía más competenciales y menos disciplinares.

5. En diálogo con los signos de los tiempos

En resumen, lo que más caracteriza a este renovado relato pedagógico de la enseñanza de la religión, coherente con los nuevos tiempos, que hemos denominado Clase de Religión 3.0, es su apertura al diálogo con todo lo que está pasando desde su propia identidad y naturaleza. Para evidenciar esta conclusión, vamos a enumerar los escenarios sociales y eclesiales con los que esta renovada ERE ha dialogado y en los que se han revelado numerosas sinergias que incrementan significativamente sus propios fundamentos.

a. En diálogo con iniciativas internacionales de la educación

Este nuevo tiempo para la enseñanza de la religión converge con numerosas iniciativas que están emergiendo con fuerza en la educación supranacional y que calificamos como oportunidades para re-humanizar la escuela. Estamos ante la oportunidad de un giro antropológico en la educación que podría revertir ese pragmatismo economicista en el que la educación había entrado en las tres últimas décadas. **Nuccio Ordine** denuncia cómo el utilitarismo ha invadido los centros educativos y cómo el escaso interés por los bienes del espíritu ha pasado de ser una debilidad pedagógica a ser una fragilidad antropológica.

El nuevo currículo de Religión ha sido diseñado teniendo en cuenta esas tendencias humanizadoras de la educación que aquí solo vamos a enumerar y que merecen ser apoyadas desde nuestra visión cristiana:

- La UE ha creado el Espacio Europeo de Educación, que debe ser una realidad en 2025 y, para ello, ha actualizado su descripción de las competencias clave en 2018 con un claro enfoque personal y ciudadano que no estaba presente en su primera propuesta de 2006. Esta decisión ha condicionado la LOMLOE, pero va más allá de esta reforma y necesariamente permanecerá en futuras reformas educativas.
- La OCDE está repensando sus evaluaciones PISA y sus prioridades, cuyos primeros estudios internacionales han sido ya publicados como competencia global y competencias emocionales. Sin duda que estas nuevas evaluaciones que ahora emergen como esenciales impulsarán un equilibrio más humanista de la educación, priorizando el desarrollo personal, social y cultural de los estudiantes.
- La UNESCO ha publicado recientemente un nuevo informe de referencia mundial, con el horizonte puesto en 2050, bajo el título de *Los futuros de la educación*. A sus conocidas propuestas humanistas sobre el aprender a ser, sumó otra perspectiva más social sobre la educación como un bien común y, ahora, añade otra propuesta sobre la educación inclusiva, participativa, solidaria y sostenible.
- Naciones Unidas aprobó la Agenda 2030 y su compromiso con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, cuyo objetivo 4.7 está centrado en la educación. Su apuesta por hacer realidad los derechos humanos de todas las personas, de erradicar la pobreza y la injusticia, y de contribuir a la inclusión de todos en una ciudadanía global inspira las prioridades de los currículos escolares.

Este impulso humanizador que se percibe en estas y en otras propuestas –por ejemplo, la educación intercultural en Europa o la educación de una ciudadanía global– revela una sugerente convergencia con el humanismo propio de la ERE y somos responsables de aprovechar las sinergias resultantes. El currículo lo ha tenido en cuenta.

b. En diálogo con una Iglesia en salida

Este nuevo tiempo para la enseñanza de la religión también está en línea y ha sido inspirado por el momento eclesial que se sintetiza en la expresión “en salida”. Ciertamente, se puede afirmar que estamos ante un currículo de Religión en salida. Las propuestas de la Iglesia expresadas en *Evangelii gaudium*, *Laudato si'* y *Fratelli tutti* han consolidado lo que algunos calificaron inicialmente como expresiones coloquiales de un papa argentino; ahora ya constituyen categorías antropológicas y teológicas del magisterio eclesial que, con la propuesta del Pacto Educativo Global, estamos llamados a transformar en pedagógicas. Pues bien, el nuevo currículo de Religión Católica se ha

dejado afectar e iluminar por estas categorías y las ha incorporado a su selección de competencias y saberes propios. Por ejemplo, conceptos como la cultura del encuentro, la fraternidad universal, salir a las periferias, ecología integral y el cuidado de la Casa común están incorporadas en el currículo. También los compromisos y prioridades del Pacto Educativo Global: poner a la persona en el centro, la voz de los propios alumnos, las familias, la dignidad y los derechos humanos, la cooperación y la paz, entre otros, han sido incorporados al currículo, promoviendo ese antropocentrismo moderno de una nueva alianza entre la humanidad y la naturaleza. El currículo también es sensible al diálogo interreligioso, que ha adquirido una renovada fuerza en este tiempo eclesial, con el que se reclama la urgencia de superar la intolerancia y los integrismos religiosos para comprometernos definitivamente en la cultura del diálogo y de la paz, para que las religiones sean puentes entre pueblos y culturas, y todos seamos artesanos de la fraternidad humana.

En definitiva, una vez mostradas las sinergias entre la enseñanza de la religión y la vida en este nuevo tiempo, evidenciadas sus concordancias, correlaciones y analogías con las emergentes tendencias educativas y las categorías eclesiales del momento, concluimos afirmando que **la versión 3.0 de la ERE mejora la educación y humaniza** el mundo porque contienen creencias y valores que nutren lo humano y lo elevan hasta lo divino.



POR TU PALABRA

“¡Qué bueno es Dios para el hombre recto, el Señor para los rectos de corazón!” Comentario al salmo 73 (72)⁸⁸

Carlos Rey, SDB

Queridos lectores

Hechas las presentaciones en mi anterior artículo y expuesto el fin que pretendo con mi retorno a la revista FORUM, he escogido el SALMO 73 (72) para presentar mi primer comentario bíblico.



Una experiencia de vida

Este Salmo habla de una cuestión que suele surgir con fuerza en la vida del cristiano, suscitando preguntas y dudas sobre si tiene sentido y merece la pena ser fiel al camino de Dios: es la constatación, tan frecuente, de que a los malos, prepotentes y sinvergüenzas les va muy bien, mientras que a los buenos les sucede todo lo contrario, a pesar de que la Biblia afirma muchas veces, y así nos lo enseñaron, que Dios premia a los buenos y castiga a los malos. Esto, que parece lógico, no es ni mucho menos evidente.

El autor inicia el salmo con una declaración solemne:

¡QUÉ BUENO ES DIOS PARA EL HOMBRE, EL SEÑOR PARA LOS RECTOS DE
CORAZÓN!

¿Qué es esta afirmación? ¿Un punto de partida o de llegada? El tono de admiración que utiliza y el desarrollo posterior del texto dejan bien claro que es la conclusión de un prolongado y nada fácil proceso por el que ha pasado. No afirma, sin más, que “Dios es bueno para los rectos de corazón”, sino que, sorprendido por lo que ha descubierto, da a sus palabras un tono muy concreto: el de quien se admira al constatar la bondad de Dios: ¡QUÉ BUENO ES DIOS...!

⁸⁸ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

Aunque nos suena bien, lo que proclama el salmista no es nada evidente. Lo vemos en el día a día, sobre todo si estamos pasando por alguna situación en la que Dios parece no existir, haberse ausentado o no ser bueno... Sin embargo, este hombre demuestra estar muy convencido de ello y lo deja muy claro ya al inicio. ¿Por qué será? ¿Qué ha vivido para ser tan tajante? ¿Qué ha visto o comprobado? ¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

El Salmo refleja el largo y complejo proceso por el que ha pasado. Describimos brevemente sus fases o etapas.

1ª fase: el choque con la realidad

El salmista es un creyente que, según cuenta, se cuestionó mucho ante la realidad con que se encontró y estuvo a punto de “RESBALAR O DAR UN PASO EN FALSO” al sentir envidia de la “PROSPERIDAD DE LOS MALVADOS”.

En su infancia le habían enseñado que Dios premia a los buenos y castiga a los malos, algo que parece lógico porque, ¿cómo Dios, siendo justo, no va a privilegiar a los buenos y dar su merecido a los malos?, pero la experiencia de la vida le ha mostrado que a los orgullosos y sinvergüenzas les va muy bien, tienen y disfrutan de todo. Esto despierta en él preguntas y pone en jaque los esquemas mentales y religiosos en los que se ha apoyado hasta ese momento, al punto de sentir la tentación de tirarlo todo por la borda y cambiar su modo de vivir para imitar e ir detrás de los que realmente progresan, tienen poder y disfrutan.

Y no le faltan motivos, a juzgar por el modo como viven estos personajes: no se privan de nada, están sanos, fuertes y gordos y no saben lo que es la pobreza ni el sufrir. Son orgullosos, violentos y no cesan de tramar artimañas. Sonríen con malicia, son altivos y se creen los dueños de cielo y tierra. Además mucha gente les sigue y no se preocupan de Dios porque creen que ni se entera ni se da cuenta de lo que hacen. En definitiva: no les falta de nada, se sienten seguros de sí mismos y se ríen de los demás y de Dios, por eso concluye: “ASÍ SON LOS MALVADOS, TRANQUILOS Y ACUMULANDO RIQUEZA”.

La descripción que hace el salmista de estos hombres es riquísima en detalles. Nos preguntamos: ¿tengo yo esa misma experiencia? ¿He conocido personas así o lo he sido yo mismo en algún momento de mi vida? Lo que describe puede darse en personas superricas y con mucho poder, pero también en el modesto ámbito familiar, social, empresarial o político en el que nos movemos. En todos los casos lo que define a estas personas es su actitud orgullosa y prepotente ante la vida, los demás y con Dios.

2ª fase: las preguntas

La experiencia se impone sobre lo aprendido y suscita interrogantes: si la realidad es así, si a los malvados les va tan bien... ¿de qué sirve ser bueno y fiel a ciertos principios y valores? ¿Qué sentido tiene renunciar a lo apetecible y luchar contra las malas tendencias?

El salmista se siente impulsado a dejar todo lo que hasta ahora consideró valioso para ser como ellos e imitar su prepotencia, su sinvergüencería, su falta de principios éticos y su no poner límites a los propios deseos y prácticas para alcanzar el triunfo, la buena vida y el disfrute de los placeres del cuerpo y los sentidos.

Es lo que ilustra la figura que ilustra este comentario: una persona enterrada bajo una montaña de dinero con una sonrisa maliciosa de quien parece decir: “AQUÍ ME LAS DEN

TODAS. YO A DISFRUTAR Y LOS DEMÁS QUE SE FASTIDIEN”. Representa la felicidad tal como la concibe el mundo, pero las cosas no siempre son así.

Una famosa periodista que solía entrevistar a personajes famosos del deporte, el espectáculo o la política decía: “En las entrevistas son todo alegría, sonrisas y felicidad, pero cuando están lejos de las cámaras revelan una profunda tristeza, angustia e infelicidad.” ¡Qué verdad es! Bajo las mejores apariencias siempre hay un mundo real mucho más gris e incluso negro que ocultar.

3ª fase: la línea roja

Este hombre ha sentido la tentación de ser como ellos y a punto estuvo de resbalar y dar un paso en falso. ¿Qué le retuvo? la fe de la comunidad religiosa a la que pertenecía: el pueblo judío. Si hubiera dado ese paso, dice, “HUBIERA TRAICIONADO LA RAZA DE TUS HIJOS” (los de Dios). A punto de caer por el precipicio, se agarró a la fe de su gente y esto le salvó del desastre.

No cayó, pero esto no basta. Necesita resolver bien la situación en que se encuentra y eso implica responder a las preguntas que se ha hecho, entender la realidad que ha conocido y encontrar un nuevo sentido a su modo de vida, que ha quedado en cuestión, dejándole sin apoyos. Es urgente que encuentre UN FUNDAMENTO MÁS HONDO a su vida creyente.

Está en una encrucijada: vivía siguiendo unos principios religiosos y esforzándose por ser fiel a la fe recibida, pero el choque con la vida real y el ver que otros viven muy bien sin Dios, le ha removido y ha provocado en él una profunda crisis que casi le lleva al despeñadero. Gracias a sus raíces religiosas y a su pertenencia a un pueblo creyente ese peligro ha pasado, pero ahora se encuentra ante los dos caminos, colgado entre cielo y tierra y sin base firme donde apoyarse y caminar. Tiene que salir de esa situación de incómoda incertidumbre en la que se encuentra y esto le impulsa a buscar.

4ª fase: la búsqueda de una respuesta racional

El recurso al que acude para encontrar una explicación a que a los prepotentes y malvados les vaya muy bien, es apelar a la razón y dar mil vueltas a la cabeza buscando una respuesta lógica a lo que ve. Pero no funciona: “ME PUSE A PENSAR PARA ENTENDER ESTO, PERO ME PARECIÓ MUY COMPLICADO”.

5ª fase: Dios que ilumina

Lo que el salmista dice a continuación va más allá de sus posibilidades y le introduce en otro nivel: el de la acción de Dios. “HASTA QUE, ENTRANDO EN EL SANTUARIO DE DIOS, COMPRENDÍ CUÁL SERÍA SU FINAL”.

¿Qué significa esta frase? ¿Qué sentido tiene? ¿Es algo mágico? No, absolutamente: es Dios actuando en la vida del creyente y llevándole a un nivel de comprensión al que nunca podría llegar por sí mismo; es UNA ILUMINACIÓN, UN DON DEL ESPÍRITU SANTO que le abre a ver la realidad al modo de Dios.

Comprende entonces que estas personas, que tanta felicidad y seguridad derrochan, ni son tan felices ni están tan seguros como parece, sino que su misma forma de vida les lleva a la ruina, que en poco tiempo caen de su pedestal, que en un abrir y cerrar de ojos,

como si de un sueño se tratara, nadie se acuerda de ellos. ¿No es así con personajes de la política, el deporte, el espectáculo... que hasta hace poco se daban de importantes, estaban en lo más alto y cuya fama parecía eterna? ¿Dónde están ahora? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Por qué ya nadie habla de ellos? Él lo dice de otro modo, con un lenguaje propio del creyente que ve a Dios actuando en la historia: “LOS PONES EN EL RESBALADERO, LOS EMPUJAS HACIA LA RUINA; EN UN MOMENTO QUEDAN HECHOS UN HORROR, DESAPARECEN CONSUMIDOS DE ESPANTO, COMO EN UN SUEÑO AL DESPERTAR. ASÍ, SEÑOR, CUANDO DESPIERTAS, BORRAS HASTA SU IMAGEN”.

6ª fase: la vida en retrospectiva

Iluminado sobre la verdad última de los acontecimientos, no solo ve con lucidez el destino de los prepotentes y malvados, sino que echando la vista atrás, percibe también el riesgo que corrió ante la tentación, en la que estuvo a punto de caer, de ser como ellos: “CUANDO MI CORAZÓN SE AVINAGRABA (¡qué frase tan expresiva!), Y ME TORTURABA MI CONCIENCIA (referencia a su lucha interna), ERA UN ESTÚPIDO, NO COMPRENDÍA NADA; ERA COMO UN ANIMAL ANTE TI”.

Así es: todo intento racional por entender el misterio del mal, además de inútil, es estupidez, pues este solo se ilumina desde la mirada de Dios, que es don de Dios; y la respuesta al mismo solo puede ser el mismo Dios, pero esto solo se ve a posteriori.

Este será el punto de llegada del salmista.

7ª fase: Dios el único fundamento

Concluido su proceso y transformado por dentro, el salmista hace dos afirmaciones de gran importancia:

- QUE DIOS ESTÁ CON ÉL, LE TOMA DE LA MANO Y LE LLEVA HACIA UN FINAL FELIZ. Después de haber pasado por caminos tortuosos: el choque con la vida real, hacerse preguntas sin respuesta, sentir tentaciones que casi arruinan su vida e intentar entender por sí mismo, ve que todo ha sido un proceso en el que lo determinante fue cuando Dios le iluminó sobre la verdad más honda, y por ello más real, de la historia y los acontecimientos.
- QUE AHORA, TRANSFORMADO Y CONFIGURADO POR DIOS, ya no halla gusto en las cosas de la tierra y aunque su cuerpo y su mente envejeczan, Dios permanece como su fundamento eterno e inmutable: “TÚ ERES MI ROCA, MI HERENCIA... PARA MÍ LO MEJOR ES ESTAR CON DIOS, YO HE PUESTO MI REFUGIO EN EL SEÑOR PARA PODER NARRAR TODAS SUS ACCIONES”.

Conclusión

Hasta aquí, queridos lectores, el comentario a este salmo. Ahora repasa tu vida, y responde: ¿te has sentido reflejado en él? ¿Has vivido de algún modo lo que el salmista cuenta? ¿Has buscado en alguna fase de tu vida fundamentar tu vida en el poder, la fama o los bienes materiales? ¿Conoces a alguien cuya postura ante la vida se ajuste a esta descripción? Y sobre todo, ¿tienes la experiencia de haber sido iluminado por Dios para percibir el vacío de todo esto y que Dios es tu único fundamento, tu roca, tu herencia para siempre? Si lo es, agradece. Si no lo es pídele que lo sea un día.

Carlos Rey

Artémides Zatti, enfermero del corazón⁸⁹

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas salesianos, ¡buenos días y bienvenidos!

Saludo al Rector Mayor y a los miembros del Consejo general, a los cardenales y a los obispos salesianos —son tantos—. Estoy contento de acoger a los peregrinos venidos de Boretto, pueblo natal de Artémides Zatti, y a los que vienen de Argentina y de Filipinas. Saludo a los miembros de la Familia salesiana provenientes de numerosos países del mundo, de modo particular a los salesianos coadjutores. Y un saludo especial a la persona que recibió la gracia de la curación por intercesión del beato, que mañana tendré la alegría de canonizar. Quisiera recordar su figura desde cuatro puntos de vista.

Zatti, inmigrante

En primer lugar, como *inmigrante*. Los salesianos llegaron a Argentina en 1875 y en los inicios desarrollaron su apostolado en Buenos Aires. En Buenos Aires no fueron al barrio más importante, fueron a la Boca, donde estaban los comunistas, los socialistas, los “comecuras”. Allí fueron los salesianos, y en otros lugares, sobre todo en favor de los inmigrantes italianos. Artémides conoció a los salesianos en Bahía Blanca, donde había llegado en 1897 junto con su familia. Lamentablemente, muchos inmigrantes perdían el valor de la fe, absorbidos por el trabajo y los problemas que encontraban. Pero los Zatti, gracias a Dios, fueron una excepción. La participación en la vida de la comunidad cristiana, las relaciones cordiales con los sacerdotes, la oración común en su hogar y la frecuencia de los sacramentos no disminuyeron. Artémides creció en un óptimo ambiente cristiano y, gracias a la guía del padre Carlo Cavalli, maduró su opción por la vida salesiana.

⁸⁹ Discurso surante la audiencia a los salesianos con motivo de la canonización del beato Artémides Zatti (Aula Pablo VI, 8 de octubre de 2022).

Zatti, pariente de los pobres

Un segundo aspecto es la “parentela”, él fue “*pariente de todos los pobres*”, esta es la familia de Zatti. La tuberculosis que lo afectó a la edad de veinte años parecía que debería haber puesto fin a todos sus sueños, pero, gracias a la curación obtenida por intercesión de María Auxiliadora, Artémides dedicó toda su vida a los enfermos, sobre todo a los más pobres, a los abandonados y a los descartados. Los hospitales de San José y de San Isidro fueron un recurso sanitario valioso y único, especialmente para atender a los pobres de Viedma y de la región de Río Negro; el heroísmo de Zatti los convirtió en lugares de irradiación del amor de Dios, donde el cuidado de la salud se volvió experiencia de salvación. En esa pequeña porción de tierra de la Patagonia donde transcurrió la vida de nuestro beato, volvió a escribirse una página del Evangelio: el Buen Samaritano encontró en él un corazón, unas manos y una pasión, principalmente para los pequeños, los pobres, los pecadores y los últimos. De este modo, un hospital se convirtió en la “Posada del Padre”, signo de una Iglesia que quiere ser rica de dones de humanidad y de gracia, morada del mandamiento del amor a Dios y a los hermanos, lugar de salud como signo de salvación. Es verdad que esto entra en la vocación salesiana: los salesianos son los grandes educadores del corazón, del amor, de la afectividad, de la vida social. Son grandes educadores del corazón.

El hospital y las casas de los pobres, que visitaba noche y día desplazándose en bicicleta, eran la frontera de su misión. Vivía la donación total de sí a Dios y la consagración de todas sus fuerzas al bien del prójimo. El trabajo intenso y la disponibilidad incansable para atender las necesidades de los pobres estaban animados por una profunda unión con el Señor, mediante la oración constante, la adoración eucarística prolongada y el rezo del rosario. Artémides era un hombre de comunión, que sabía trabajar con los demás; con las religiosas, los médicos, los enfermeros. Y con su ejemplo y su consejo formaba a las personas, forjaba las conciencias, convertía los corazones.

Zatti, salesiano coadjutor

En tercer lugar, lo vemos como *salesiano coadjutor*. Recordamos el hermoso testimonio que dio en 1915 en Viedma, con ocasión de la inauguración de un monumento a la memoria del padre Evasio Garrone, salesiano misionero y considerado por Artémides como insigne benefactor. En esa circunstancia hizo esta declaración: «Si estoy bueno y sano y en estado de hacer algún bien a mis prójimos enfermos, se lo debo al padre Garrone, Doctor, que viendo que mi salud empeoraba cada día, pues estaba afectado de tuberculosis con frecuentes hemoptisis, me dijo terminantemente que, si no quería concluir como tantos otros, hiciera una promesa a María Auxiliadora de permanecer siempre a su lado, ayudándole en la cura de los enfermos y él, confiando en María, me sanaría. CREÍ, porque sabía por fama que María Auxiliadora lo ayudaba de manera visible. PROMETÍ, pues siempre fue mi deseo ser de provecho en algo a mis prójimos. Y, habiendo Dios escuchado a su siervo, SANÉ». Creí, prometí, sané. Tres palabras escritas allí.

Esta vida que había recuperado ya no era más su propiedad, siente que era totalmente para los pobres. Los tres verbos «creí, prometí, sané» expresan la bendición y el consuelo que se derramaron en la vida de Artémides. Vivió esta misión en comunión con sus hermanos salesianos. Era el primero en estar presente en los momentos comunitarios y con su alegría y simpatía animaba la fraternidad.

Zatti, intercesor por las vocaciones

El cuarto y último rasgo que quisiera evidenciar es el de *intercesor por las vocaciones*. Esto yo lo he experimentado. Les cuento una experiencia personal. Cuando era Provincial de los Jesuitas de Argentina conocí la historia de Artémides Zatti, leí su biografía y le confié a él la petición al Señor de santas vocaciones a la vida consagrada laical para la Compañía de Jesús. Desde el momento que empezamos a rezar, por su intercesión, aumentaron considerablemente los jóvenes coadjutores; y eran perseverantes y muy comprometidos. Y de esa forma di testimonio de esa gracia que recibimos.

Y a este respecto, deseo subrayar la importancia de la vocación de los hermanos. Lo he visto en la Compañía de Jesús y sé que igualmente se puede decir de los salesianos. Los hermanos tienen un carisma especial que se alimenta en la oración y en el trabajo. Y hacen bien a todo el cuerpo de la Congregación. Son personas de piedad, alegres, trabajadoras. En ellos no se ven “complejos de inferioridad”. No. Son maduros, no se sienten acomplejados por el hecho de no ser sacerdotes, ni aspiran a ser diáconos. No. Son hermanos; no desean promociones; hermanos, porque toda la riqueza está allí. Son conscientes de su vocación y la quieren así (cf. *Carta a don Cayetano Bruno*, 1986).

A ustedes queridos hermanos cooperadores, gracias, gracias. Que también ustedes puedan estar siempre agradecidos por el don de esta llamada que, dando un peculiar testimonio de vida consagrada, pueda ser propuesta a los jóvenes como forma de vida evangélica al servicio de los pequeños y de los pobres.

Gracias a todos ustedes, hermanos y hermanas, por venir a celebrar la canonización de Artémides Zatti. Los bendigo de corazón, también a aquellos que no pudieron venir por la edad o las condiciones de salud, o las condiciones de los bolsillos. Los bendigo a todos. Y les pido, por favor, que recen por mí. Gracias.

Artémides Zatti, Sanador sanado⁹⁰

Cardenal Leonardo Sandri

¡Excelencias Reverendísimas, Su Excelencia Señora Embajadora de Argentina ante la Santa Sede, Reverendos Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, Hermanas y hermanos en el Señor!

1. Cada Celebración Eucarística es la participación a la acción de gracias de Jesús al Padre que ofrece su vida por la salvación del mundo. Hoy, sin embargo, nuestro encuentro es también la ocasión propicia para presentar nuestra gratitud al Señor por nuestra patria, Argentina, por Italia y por la Congregación Salesiana ya que este hermano nuestro fue elevado ayer por el Papa Francisco a los honores de los altares: ¡Artémides Zatti es Santo!

Lo sentimos cercano porque su historia, al menos el inicio, es similar a la de muchos de nosotros, incluida la familia del Santo Padre y la mía. En efecto, siendo todavía un niño, junto a sus padres, salió de Italia y se embarcó como emigrante hacia Argentina, instalándose en su caso en Bahía Blanca. Es significativo que, por designio de la Divina Providencia, fuese canonizado junto al apóstol de los migrantes, San Juan Bautista Scalabrini: dos hombres de Dios que en diferentes contextos supieron “ver” a los hermanos a su alrededor y participar de la compasión del Señor, el Buen Pastor, hacia cada uno de ellos y sus necesidades internas y externas.

2. Admirables son las coincidencias que el Señor pone en nuestro camino: el hecho de que ayer mismo, durante la canonización, la liturgia del día nos ofreció aquel pasaje del Evangelio que narra la curación de diez leprosos de los cuales sólo uno -un samaritano- regresó a donde estaba el Señor para agradecerse, reconociendo en Él la fuente de la vida nueva que le ha sido dada. El Papa Francisco habló de san Artémides Zatti como un “santo ejemplo viviente de gratitud”. Nuestro nuevo santo, una vez curado de la tuberculosis que había contraído mientras asistía a un sacerdote salesiano, hizo voto a María Auxiliadora de que si se curaba consagraría su vida al cuidado de los enfermos, una promesa que mantuvo hasta el último momento de su existencia. En efecto, la razón de su existencia fue la caridad. San Artémides no fue pues hijo de un determinado programa político o gremial, de una ideología o de una visión laica asistencialista. Él nunca negó estos ámbitos de la caridad, por el contrario, sin embargo, intentó llegar a la raíz de las relaciones entre los hombres: ser destinatarios del cuidado de Dios, Padre de todos y llegar a ser signo de su luz, como acabamos de escuchar en el libro del profeta Isaías: *“entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor... pedirás ayuda y te dará «Aquí estoy».*

⁹⁰ Homilía del cardenal Leonardo Sandri, prefecto del Dicasterio para las Iglesias Orientales con ocasión de la Celebración Eucarística de Acción de Gracias para la Canonización de san Artémides Zatti. Roma, Iglesia Nacional Argentina, lunes 10 de octubre de 2022.

Incluso antes de ser un “sanador”, san Artémides Zatti se reconoció a sí mismo como una persona curada y fue siempre consciente de ello, viviéndolo en profundidad y con plena gratitud. Su testimonio y la luz que reflejaba su mirada eran capaces de desarmar hasta a los más escépticos e incrédulos. Como dijo un médico del hospital al que fue llamado a dirigir: “*cuando veía al señor Zatti mi incredulidad vacilaba*” u otro que afirmaba: “*Creo en Dios desde que conocí al señor Zatti*”.

3. Notamos también en sus acciones el eco del pasaje del Evangelio de Lucas que acabamos de escuchar, el del Buen Samaritano: en el camino hay un herido que se topa con dos males. El mal de los que le golpean, es decir, de los maleantes y la de la indiferencia de los que pasan por encima o, peor aún, de quienes desvían sus pasos para alejarse de ese hermano necesitado. Esta doble dimensión del mal que brota del corazón humano podría suscitar en nosotros muchos interrogantes. En efecto, muy a menudo estamos tentados a identificar *a priori* a los que son “malos”, sin antes partir de nosotros mismos y de todas aquellas actitudes y pensamientos, quizás más ocultos o sutiles, que nos hacen no menos culpables que los protagonistas negativos del pasaje del Evangelio. Lo que importa, sin embargo, hoy y siempre, es por lo menos no ocultar la luz de aquellos que, sin perderse en juicios y oposiciones, se dedican a responder al mal con el bien, amando y sirviendo, haciendo visible y experimentable la misericordia del Señor con hechos y gestos concretos hacia los que sufren y están necesitados. Exactamente eso hace el Buen Samaritano, un extranjero que, a razón de la mentalidad de la época, era considerado un hereje que había sido excluido de la promesa del Señor a Abraham. Sin embargo, es él el único que, entre los pasantes, se inclina a sanar a los heridos, derramando sobre sus heridas el aceite de la consolación y el vino de la alegría evangélica. Y no sólo eso, sino que también es él quien carga ese cuerpo malherido, primero sobre sus hombros y luego sobre su montura -por lo que se vio obligado a ir a pie- y lo lleva al albergue para que fuese cuidado. Cómo no recordar el episodio citado ayer por el Papa Francisco, según el cual se dice que alguien vio a san Artémides Zatti cargando sobre sus hombros el cadáver de uno de sus asistentes.

4. Si tuviésemos que elegir una imagen que resumiera al nuevo santo, creo que la más fiel es la de él con su bicicleta: el vehículo que lo conducía por los caminos para llegar a pobres y ricos, con la bolsa de medicinas en una mano y en la otra el rosario. Por un lado la ciencia humana con sus descubrimientos para erradicar las enfermedades y, por el otro, la súplica de un hijo a su Madre para obtener toda gracia. He aquí la síntesis de un hombre, de un religioso, de un santo. Que su intercesión nos guíe e inspire a cada uno de nosotros en el cumplimiento de la misión diaria que se nos pide. Pidamos ser capaces de agradecer el don de la vida, oremos por todos los salesianos, especialmente los hermanos coadjutores, y también por los médicos y enfermeras para que sepan cuidar a los enfermos con la misma humildad y disponibilidad sin fronteras. La existencia de san Artémides Zatti fue la de una santidad heroica en la vida cotidiana, “al lado de nuestra puerta” como le gusta decir al Papa Francisco, de una bondad genuina y contagiosa, sin provecho y sin interés y por tanto fecunda. Uno de sus familiares, un fraile franciscano que en estos días también está en Roma, me dijo que, como resultado del encuentro con él, más de diez hombres y mujeres eligieron seguir al Señor como religiosos, religiosas y sacerdotes. Dirijamos nuestro pensamiento hacia Argentina y, en concreto, hacia la ciudad que lo vio presente y obrante, Viedma. Unámonos al Obispo Monseñor Laxague quien afirma que: “*estamos viviendo un tiempo en donde está resurgiendo el Zatti vivo porque hay muchos signos de su presencia. Hay personas que se han sentido muy cuidadas por él... Ojalá que Zatti nos despierte a todos que lo mejor que le puede pasar a una persona es ser santo y ser santo es hacer el bien*”. San Artémides Zatti, ruega por el Papa Francisco, por Argentina, por los Salesianos y por nosotros. Amen.



HISTORIAS DE PROBADA JUVENTUD

Difícil de creer y asimilar

Todos los centros de enseñanza son sensibles al tema de la falta de alumnado. En estos ambientes con demasiada facilidad se afirma que es 'porque no hay niños'. Parece así que la "culpa" es de los niños. Pero leí hace unos meses que la cuestión es otra; el problema es "que no hay madres", que no hay padres.

"Hoy en día la gente tiene perros en vez de hijos". Esta expresión, cada vez más repetida en conversaciones informales, queda demostrada con los datos de los censos de población. Y es que, en la ciudad en que vivo por cada niño menor de diez años hay dos perros.

Según el Registro Gallego de Identificación de Animales de Compañía, en mi ciudad, hay un total de 50.945 mascotas censadas. Por otra parte la base de la pirámide poblacional de la ciudad continúa estrechándose. Hay 2.800 menores de quince años menos que en 2012, lo que demuestra que las crisis económicas y los problemas de acceso a la vivienda han frenado el deseo de tener hijos. A esto se suma, lógicamente, la falta de ayudas sociales.

La cifra de nacimientos se ha desplomado hasta contabilizar solamente 10.015 niños con menos de 4 años, un 25 % menos que hace una década.

Entre los 5 y 14 años encontramos 26.260 niños (724 más que hace diez años), pero que hoy día representan poco más de la mitad de los canes de la urbe. De esta forma vemos cómo las urgencias veterinarias y pediátricas empiezan estar igualadas.

Solamente el grupo que incluye a los mayores de edad crece respecto al año 2012 pasando de 12.716 jóvenes a 13.651 entre los 15 y 19 años.

En síntesis podemos decir que hay, en estos momentos, 50.945 perros censados, (se dice que en el país hay 168.000 perros sin hogar), frente a 51.623 personas en 2012 y que se han reducido a 49.926 en 2021. ¡En mi ciudad hay más perros que niños/adolescentes/jóvenes menores de 19 años!

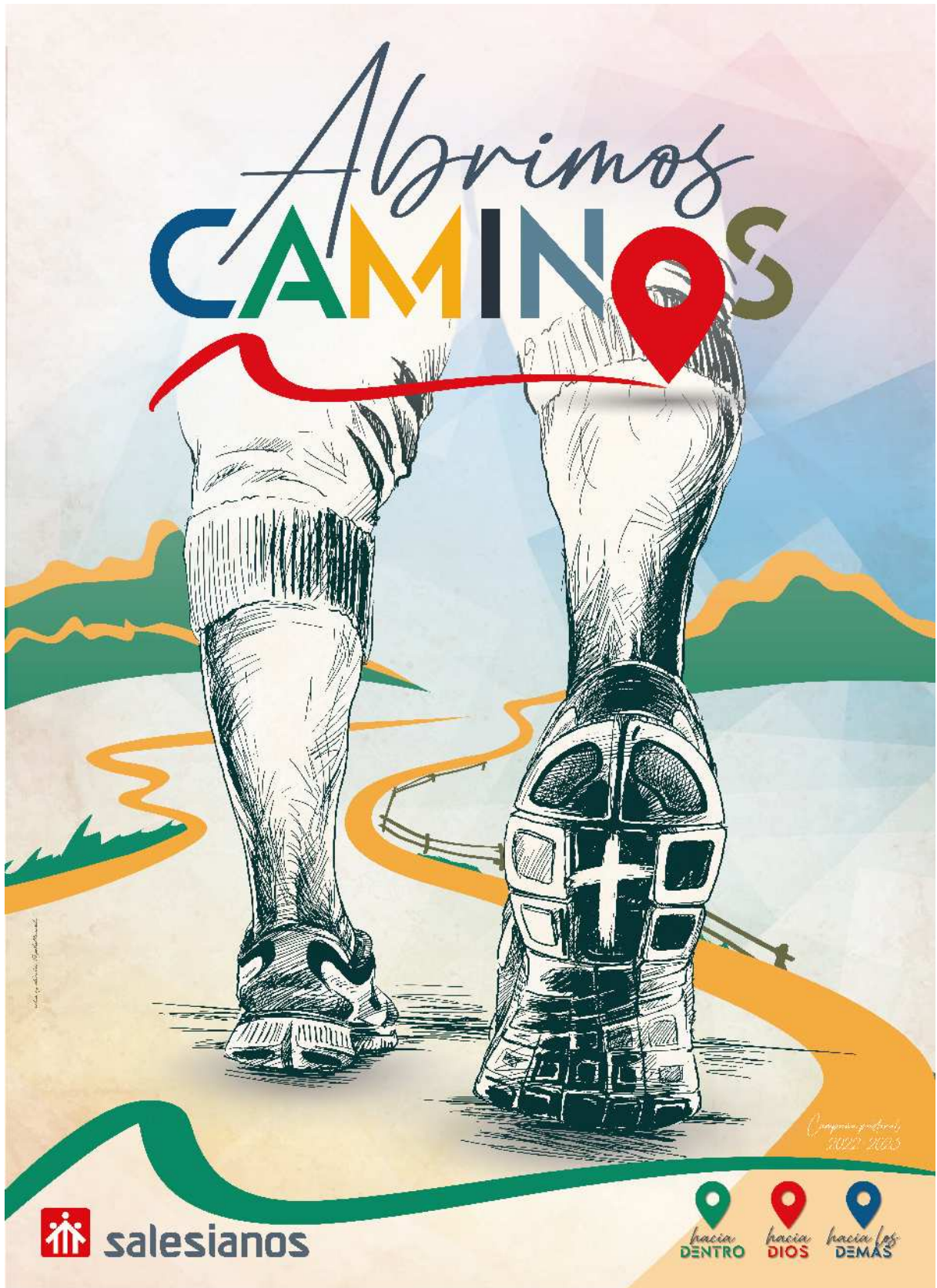
Lo dicho de Vigo es más sorprendente a escala nacional. Resulta que España suma quince millones de mascotas, más del doble que niños menores de 15 años. En España el número de perros registrados ha aumentado un 38% en los últimos tres años, con 9,3 millones de canes en el país. Los hogares españoles suman 15 millones de mascotas frente a 6,6 millones de niños menores de quince años.

Los datos aportados que se refieren a la ciudad aparecen en el Faro de Vigo del 21 de mayo de 2022 y los que atañen a España en el Faro del 20 de julio de 2022.

Cuando escribo estas cifras un temblor y un grito me recorre de pies a cabeza. Cada vez somos más los habitantes de **probada juventud** que los que entran por la puerta de la esperanza para hacer posible la otra juventud. Y, ¿a quién achacar la culpa de todo esto? ¿A los canes? El problema no es que no haya niños, sino que no hay padres.

Isidro Lozano

Abriremos CAMINOS



salesianos


hacia
DENTRO


hacia
DIOS


hacia los
DEMÁS

*Campaña pastoral
2022-2023*